

HOJAS SUELTAS

© 2009. Mariano Blasco Valle

© 2009. Casa Eolo, S.L.

Publica y edita:

Casa Eolo, S.L.

Pedro Arnal Cavero 22

22001 HUESCA (España)

www.casaeolo.com

www.casaeolo.es

e-mail: eolo@casaeolo.com



Reservados todos los derechos.

Esta obra se puede descargar en www.casaeolo.com en las condiciones establecidas en dicha página.

HOJAS SUELTAS

A Eva, Laura y Lorenzo, porque siempre están...

NOTA DEL RECOPIADOR

En el cajón de una mesa carcomida, en el estudio donde vivo, encontré no hace mucho tiempo 405 cuartillas numeradas consecutivamente. Ninguna de ellas estaba fechada, pero se adivina que el hombre que descargó allí su alma no es lejano a nuestro tiempo. Esos “negativos”, escritos a lápiz, no me pertenecen, pero tampoco tienen dueño. Revelarlos y sacarlos del anonimato ha sido mi función. Por razones de estructura editorial sólo han podido nacer las primeras 215 y aunque, para hacerlas comercialmente más atractivas, podrían haber sido ordenadas de otra forma o haberse eliminado pasajes considerados de “menor interés”, en homenaje a los dedos que en su día las escribieron, las he transcrito tal y como las encontré. Únicamente me he atrevido a corregir algunos lapsus ortográficos que, con seguridad, el autor hubiera deseado no aparecieran.

Si ustedes, amables lectores lo solicitan, tal vez, algún día, las restantes páginas vean también la luz. Hasta entonces no puedo ni quiero calibrar su calidad literaria. Si en algún momento los dicterios que contienen pueden ser excesivos yo los valoré en su contexto y me parecieron más, una expresión de sinceridad, que un defecto. Sólo puedo afirmar que tras su lectura ha pulsado en mí un diapasón inquietante. La vibración de encontrarme ante una vida que, en su sencillez, resume la de los que murieron y moriremos sin ser barnizados por la purpurina del éxito.

Hoja 1 (Escrita por ambas caras con letra minúscula, como queriendo aprovechar el papel)

El patio interior, mi patio, resplandece como una sábana tendida. Su cal nunca se abre a las sirenas de las ambulancias. Mi patio suena a ruido de tortilla, a impropiedad, a chillido de madre enojada, a canción de travestido pero, aunque esté en el centro de la ciudad, nunca gime como la calle. Por las tardes mi patio está manchado de sangre y he querido pintarlo pero su brillo, ese brillo que traslada los sueños, dura poco, dura mientras el sol lo ilumina en su breve trayecto.

Alfredo, el colega que vive y trabaja en los sótanos, sí lo ha pintado pero no ha robado su encanto. Ha pintado sus macetas, el carmín de los geranios, sus cremas pero no ha captado la ambiciosa quietud de mi patio. No se lo he dicho porque Alfredo es muy sensible. La verdad es que si no fuera tan terco podría triunfar o, al menos, procurarse una vida holgada con la pintura pero insiste en su caos. No desea abandonar la infeliz búsqueda del artista; Alfredo es el último bohemio de la ciudad fabril, su existencia sólo tiene sentido sobre un camino que intuye quimérico. Alfredo no desea lo fácil. Si aceptara lo asequible se daría de frente con la vulgaridad y para él lo que está hecho no tiene interés.

Cuando me llama desde el portalón sé que quiere mostrarme su último hallazgo, pero siempre veo la misma pintura, la de ayer, la que haría si viviera tres veces. A Alfredo le impulsa la búsqueda. Reivindica el derecho a sentirse nuevo, necesita rebozarse en la quimera de crear. Mi trabajo tiene otra excusa, sólo sobrevivir, no morir por inanición. Alfredo pinta *“Estructuras ingravidas en gris” “Dólmenes y espirales en cadencia continua”*, cuadros de gran formato que, concebidos “a la cazalla” son acabados entre calambres de bíceps. Pinta superficies monocordes

encerradas en tablillas negras que hacen las veces de marco. Yo le digo que hace “almas en pena” y él me contesta que su alma es así. Cuando tiene hambre, entonces hace obras “de trueque”. Elabora fachadas viejas copiadas del natural; marinas imaginadas (porque nunca ha estado en el mar) bodegones que devoraría si los tuviera. Su especialidad son las viñas otoñales y dice que viaja a los pueblos para encontrar paisajes pero sé que va a comprar vino porque rara vez lo veo sin los ojos opacos. En su taller reserva el mismo espacio para la cama que para la bodega. En una gran esquina descansa el tinto embotellado y lo guarda en tanta abundancia que cuando descorcha las botellas de la última fila las de la primera son de “peleón”. Con ayuda del anís, con el orujo y con el tinto Alfredo consigue levantarse todos los días para lavar la amargura que supone el “*tampoco se venderá*”. Con el anís, con el orujo y con el vino Alfredo lava la aflicción que produce observar la orilla cada vez más lejana. Cuando hablamos de Joyce (jamás pudo terminar Ulises) juntamos vaso tras vaso y si le contradigo su nariz adquiere el tono que antecede a la blasfemia. Sus venillas enrojecen, traga con ruido y enciende otro cigarrillo. Sé que está a punto de estallar, no tolera que cuestionen su estructura vital, pero me respeta, sabe que si me cabreo tendrá que hablar con el aire...

Es hábil. Antes de llegar a la pelea corta el diálogo sacando un lienzo desahuciado. Lo coloca en vertical, se aleja, arquea las cejas y me pregunta...

-¿Qué te parece? ¡Eh!

Yo nunca me emborracho hasta el punto de contestar la verdad.

-Interesante... -respondo-

-¿Interesante? ¿Sólo interesante? ¡Fíjate joder! ¡Es sublime!

Luego sonrío reprochando mi ignorancia y vuelve a meter el cuadro entre

las panzas verticales de sus repetidos obeliscos. Yo bebo en silencio. Nunca le he pedido que mienta cuando son mis botellas las que menguan.

Hace tiempo que dejé de mostrarle mis obras, no porque las despreciara sino porque, las alababa muy mal. Alfredo siempre encuentra en mis pinturas precisamente, lo que no quieren expresar... Además, sus crónicas de tutor compasivo me molestan. Por otro lado hace tiempo que mis posibilidades expresivas también han menguado, como a él, la fortuna no me ha tocado. No tengo nada nuevo que mostrar. Tal vez por eso nos soportamos, porque escupimos al alimón en pos del triunfo...

Yo lo tengo claro. Si ese final nunca llega me resignaré al destino, asumiré el fracaso y desapareceré con mi obra; ¡Esto será más liberación que tortura! Pero Alfredo ¡No! Alfredo está convencido de que el mundo rota equivocado. Los galeristas despreciativos no son más que hijos de puta envidiosos y los jurados que, rutinariamente rechazan sus obras, tendrán un día que suplicar la dedicatoria de algún dolmen gris...

Alfredo es delgado y tiene las manos huesudas pero sin callos. Viste como pinta, de marrón y negro. No le conozco abrigo. Una cazadora le sirve para distinguir invierno de verano. Su ropa parece eterna pero no es sucio. Usa gafas redondas de baquelita negra y las cuelga en la nariz sobre una cicatriz lateral que no sé cómo se hizo. El pelo abundante y ensortijado le resta años pero la barba cana se los añade. Le conozco de hace tiempo y sólo vi sus muelas el día que se carcajeó al conocer que le habían robado tres cuadros. Tampoco le he visto llorar excepto, ese día, cuando el dueño de la galería le preguntó si estaban asegurados... Es socarrón pero se enfadó cuando añadí que no recuperaría los lienzos... “porque el ladrón los emplearía para pintar algo que valiera la pena...”

De su cara sólo los párpados delatan alguna emoción. Cuando Alfredo es

visitado por Baco le traicionan, se entornan y tiene entonces que alzar la barbilla para mirar al que le habla. Cuando está bebido, puede ser peligroso. Su carácter cambia. Es como si el alcohol produjera en él un efecto contrario al deseado. El vino no diluye sus problemas, no le engaña aupándole en una fingida grandeza; al revés, los defensivos cendales tendidos frente a la incomprensión se deslizan y, de repente, emerge el fracasado. En esos momentos tiene que buscar algo o alguien donde defecar su odio. Si estoy receptivo le sirvo de bacinilla pero cuando presiente que no le escucho, entonces murmura, se acerca tambaleante hasta el mueble marmolado y mira los candelabros que consiguió a bajo precio.

-¿Sabes? Ya podría haberlos vendido por el doble de lo que pagué...

Siempre alardea de sus candelabros.

-Sí, Alfredo... Sí.

- Tres mil pesetas me costaron y valen... Al menos cincuenta.

-Sí, Alfredo... Sí.

Luego blasfema y sigue bebiendo. No me da pena. ¡Que se joda! Si su dolor fuera insoportable no repetiría tantas veces el ritual de embriagarse. Si lo hace es porque en el fondo le gusta, porque le sirve para arrancar los despojos del alma hasta un nuevo atasco.

Sin embargo, cuando está sobrio, es agradable. Nunca está quieto. Le encanta provocar a la vecindad. Riega la maleza salvaje que crece frente a su portalón y no lo hace por delicadeza, lo hace para que doña Laura, la del quinto, le reproche que los mosquitos suben a picarle hasta su dormitorio...

-¡No se queje señora mía! Al menos le “pica” alguien... -le responde-

Por la misma razón alimenta a los gatos. Sabe que a los vecinos les jode que

los tejaroques se llenen de felinos pero arroja huesos o patatas sobrantes para que, desde los edificios colindantes, acudan como tigres tras el balido de una cabra. Por las noches, como no tiene qué tirar, deja a su gata sacar el culo y se organiza una tuna de maullidos que impide dormir al vecindario.

-¿Pero es que la gata no tiene derecho a gozar? -Argumenta-

Todos se alían contra él y acuden a mí para que medie... Yo intento hablarle para que varíe su conducta pero se ríe, el cabrón sólo se ríe...

Siendo el penúltimo idealista, Alfredo no se ha privado de la tuberculosis. Una tarde de nubes globosas me llamó gritando entre toses. Pensé que se había atragantado y bajé veloz los escalones. Le encontré sentado, como si estuviera posando para un retrato romántico. Con una pierna extendida y la otra flexionada, con un brazo yerto y el otro apretando un pañuelo ensangrentado, era la imagen viva del tísico novelesco.

El médico dijo que se curaría pero no las tuve todas conmigo. Alfredo perdió los escasos mofletes que poseía y se tornó macilento. Pensé que me quedaba sin vecino. Como carecía de seguro ingresó en el Provincial. Iba a verle. Al principio el ambiente resultaba desagradable. Estaba tan incómodo que tras un corto saludo ponía excusas para salir disparado. Allí las camas se enfilaban de ocho en ocho y contra el alto techo retumbaban las toses produciendo ecos cavernosos. No podía soportar el concierto de gargantas esputando, ni tampoco el tintineo metálico de las escupideras; pero, día a día, me fui acostumbrando. A la semana adquirí fuerzas para conversar con el aburrido interno pero éste hizo de la charla un monólogo...

-¿Sabes?... Aquí muriéndome se ve todo de forma diferente. La vida no vale nada...

-¡Ya! Pero tú no te mueres...

-¿Me has traído algo de vino?

-Sabes que no dejan...

-Ya lo sé... Pero... ¿Me has traído vino o no? ¡Coño!

-¡No!

-¡Mal amigo! Te han comprado... ¿Verdad? ¡Que ganas tengo de volver a casa! No me dan tabaco y la comida es mala... ¡Joder mala! Es putrefacta. Además, me aburro, quiero leer pero me canso...

-Ten paciencia ya sabes que el tiempo lo cura todo...

-Sí claro... Hasta las ganas de respirar, pero la verdad es que si no actúan los antibióticos, por la comida no me curo... ¡Hablando de comida! ¿Le has dado de comer a la gata? ¡Pobre gatita! Seguro que se la han follao esos cabezones atigrados ¿La has encerrado?

-¿Yo?

-¿No la has encerrado? Cuando vuelva más bichos... ¡Seguro!

- Eso no es malo. Si la cosa sigue así no nos faltará comida...

-¡No jodas! ¿Serías capaz de comer gato? ¡Otra cosa!...Antes de escupir sangre esperaba que viniera un cliente. Estaba interesado en un paisaje; ese que tiene un ciprés, un río y dos casas adosadas. Sácale lo que puedas. El cuadro no es malo...

-No te preocupes seré un buen marchante.

-¡Acércate! ¡Disimula hombre! Mira... Ahí... A la izquierda... Ese sí que está cascando ¿Lo ves?

Observé al vecino y en efecto tenía mala cara.

-Le han traído dos veces la unción... ¡En fin!

Luego se quedó mirando al techo y repitió...

-¡Sácale cincuenta verdes! ¡Ahhhh...! ¿Cuándo volveré a casa? ¡Quiero volver a casaaa...!

Y ese día, el día en el que estaba dispuesto a aguantar las horas que fueran

necesarias, se quedó dormido. Su nariz aleteaba moviendo la cicatriz contra el blanco de la almohada. Miré sus cuencas hundidas y tuve otra vez la sospecha de que me quedaba sin vecino.

Contra mi pronóstico, y a los cuarenta días, le dieron de alta. El pantalón le hacía frunces sobre el estómago y aunque lo intentara disimular le temblaban las rodillas.

-¡Vamos! Que me espera el mundo.

-¿No sería más prudente esperar algunos días?

- ¡Quédate tú! ¡No te jode! Estoy fuerte como un roble.

-Si tú lo dices... Pero te veo muy delgado.

-¡No voy a estar delgado! Si casi me matan de hambre.

Cogí su maleta (porque él quiso levantarla pero no pudo) y antes de que nos marcháramos comentó...

-Espera ¡Hombre! Que la gratitud siendo abstracta puede hacerse material...

Se acercó a Sor Juana y la besó en los labios. La mujer no dijo nada; se sonrojó, sólo se sonrojó. Probablemente hacía tiempo que no la besaban (tal vez nunca la habían besado) Su cara contrastó con el blanco de la cofia y con la bandeja en las manos, siguió sin volverse hasta que desapareció. Sentí vergüenza pero aún fue mayor cuando Alfredo comentó que no lo hacía ni por morbo ni por agradecimiento, sino para observar la reacción de la religiosa.

-¿Quién sabe mejor si estoy curado? Si llega a poner cara de asco es que me había mentido ¿No crees? ¡Venga! ¡Vámonos!

Hojas 2 y 3 (Escritas también por ambas caras)

Me extrañó que a esas horas sonara el picaporte. Asomé la cabeza y oí que preguntaban por “el pintor” Tiré de la cuerda que abre el portal y esperé unos instantes pero nadie subió a mi piso. Con curiosidad me dirigí al balcón interior y desde él pude ver a un “gentleman” ensombreado que golpeaba con elegancia la puerta de Alfredo. No hubo respuesta. El hombre sacudió impaciente el guante de cabritilla, miró a su alrededor y, tras otro intento sutil de nudillos, cerró el puño para aporrear la madera. Esta vez la puerta se abrió.

Vivir en el bloque exterior me permite controlar las visitas que acuden al estudio de Alfredo. Él está más introducido en el mercado, no en vano lleva muchos años “baqueteando galerías” así que, cuando alguien aparece dejo transcurrir cinco minutos e invento una excusa para visitarle... Esa vez, cuando me vio, no puso buena cara. El elegante era un cliente que, con los brazos cruzados, adoptaba una pose dubitativa ante las manchas del “artista recomendado”.

-¡Interesante! ¡Sí! Muy interesante... Fuerza tienen, pero...

Alfredo parecía una máquina de quitar y poner cuadros. Tras media hora de indecisiones el comprador eligió una “*Espiral, en movimiento continuo, sobre duda cósmica*”

-¿Cuánto vale? -Preguntó-

-¿Valer? Vale millones, pero costar... Se lo dejo en cincuenta mil...

El silencio dejó crujir las vigas del estudio.

-¡Está bien! Me lo quedo. No puedo regatear a un artista ¿Acepta un

cheque?

El colega no disimuló la expresión. A él le valía un cheque, monedas de cinco duros e incluso un trueque... Pero se estiró y respondió.

-Sí claro... Preferiría efectivo pero entiendo que andar por este barrio con esa cantidad...

El hombre sacó un talonario y buscó un lugar para sentarse. No lo había. Alfredo acercó presuroso un taburete y tras soplar el polvo pasó la mano a modo de bayeta. El comprador se sentó, extrajo una pluma de oro y se puso a escribir. Cuando bandeó el cheque, mi vecino tenía la expresión de un zorro antes de morder a la gallina.

-¿Quiere ver algún carboncillo? Quedan muy bien y los tengo a buen precio...

-No gracias. Hoy he cumplido con el mundo de la pintura. ¿Podría hacerme llegar el cuadro a mi domicilio?

-Por supuesto... Por supuesto.

Antes de que el encopetado hiciera mención de salir miré al compañero y quise darle a entender que yo también comía. Alfredo interpretó mi llamada y me echó un cabo.

-Aquí mi amigo también es pintor. Tiene el estudio en el piso de arriba y se sentiría honrado si usted quisiera ver su obra.

-Bueno... La verdad es que tengo prisa pero si está cerca...

El caballero miró el reloj y por fin se decidió.

-¡Está bien! Pero sólo cinco minutos...

¡Cabrón! -pensé- ¿Cinco minutos? Ha gastado treinta para ver esta mierda y conmigo quiere emplear cinco minutos. Estarás hasta que me compres un cuadro ¡Cornudo!... (Esto también lo pensé ¡claro! porque externamente sonreí indicándole el camino)

Ahora era Alfredo el que, burlón, me observaba quitar y poner lienzos. ¡Nada! No le gustaban ¡Muy tópicos! ¡Hiperrealistas! Prefería lo abstracto...

Me duele mucho no vender, pero más me jode que la gente siga el dictado de la moda. Mi pintura es consistente, pintura con pasta, con cuerpo, pintura de siempre, pero el “pueblo” se ha vuelto de goma, prefiere las aguadas, las manchas, los cuadros que hacen juego con el color de los muebles... Me imaginé la borrachera que tendría que coger para soportar el éxito de mi colega. Cuando Alfredo vende se infla, se siente triunfador, se desmarca por unos momentos de nuestro mutuo fracaso y esto destroza nuestra relación. Él lo sabe, pero goza hundiéndome en la mierda; me refrota sus ventas. Le conozco, necesita hacerlo para sobrevivir, luego, cuando pasen unos días, volverá a la realidad pero mientras dure el espejismo tendré que soportar su endiosamiento.

Ya no quedaba nada por mostrar, al menos, en la tendencia que el comprador pretendía. Iba a rendirme cuando el hombre arqueó las cejas; avanzó tres pasos, se inclinó y señaló un cuadro parcialmente cubierto por una hoja de papel manchada por aceite de sardinas.

-¿Y eso?

Era un desnudo antiguo. Un cuerpo femenino cortado por el cuello con las piernas en tonos naranjas y un inquietante vello púbico hecho de brillos violetas.

-¡Magnífico! ¡Potente! ¡Sublime! ¿Tiene más?

Vi que Alfredo se incomodaba y eso me excitó.

-¡Pues no!...-contesté- Tenía... ¡Sí! Pero los vendí... (mentira)

-¡Lástima!. Comprendo... Comprendo... ¿Y no piensa hacer más?

-Sí ¡Claro! Pero ya sabe lo que cuesta una modelo (Otra mentira. No puedo pagar modelos)

-¿Cuánto pide?

No podía ser menos que Alfredo.

-Sesenta mil

-¡Me lo quedo! Pero necesito diez más...

Unas agujetas me traspasaron las mejillas...

-¿Die... ez?...¿Dice usted diez?

-¡Sí! Diez o doce siempre que tengan la misma calidad...

El amante del arte interpretó mi sorpresa como gesto de imposibilidad.

-Ya sé... Ya sé. Las modelos cobran mucho pero yo mismo le enviaré una a mi costa ¿Qué me dice?

-¡Coño! (No podía decir otra cosa)

Paseé como si tuviera dudas y fue tan buena la interpretación que me arriesgué a escuchar...

-Está bien... ¡Déjelo! Lo entiendo. Es mucha obra...

-¡No! ¡No! ¡Acepto! ¡Acepto! -corté tajante-

-¡Estupendo! Los necesito antes de tres meses...

-¡Tres meses!

-Claro que... Si no es posible...

-¿Tres meses? ¡Cómo no va a ser posible! Y... ¿Para qué quiere usted tantos cuadros? (Pregunta inoportuna. Bastaba multiplicar cincuenta por diez...)

-Para exponerlos ¡Claro! No se lo había dicho. Poseo una galería...

Fue el colmo. Alfredo no pudo evitar llevarse las manos a la cabeza. La borrachera iba a pagarla yo.

-¡Los tendrá! No se preocupe... Los tendrá.

-¿Hace falta que hagamos un contrato? -Añadió mi ángel de la suerte-

-¡Por favor! Somos caballeros -Repliqué galantemente-

-Entonces de acuerdo. Le mandaré con prontitud una modelo y ya recibirá noticias mías.

Cuando se marchó otro cheque ondeaba en mi mano, pero había una diferencia, no pidió que le enviara el cuadro, se lo llevó bajo el brazo. ¡Cargar con mi obra no le incomodaba!

Esa noche pagué el orujo. Alfredo logró limar la envidia y al final se relajó. Soñamos codo con codo, sin amargarnos mutuamente. Había motivo para la felicidad. No sólo había vendido un cuadro, había conseguido una sala.

-¡Mañana! Aunque me duela la cabeza... ¡A trabajar! ¡No! ¡No! Mejor cuando venga la modelo, de lo contrario daré a entender que invento los desnudos...

-¡Cabrón! ...¡Y encima con modelo! ¿Podrías dejarme subir el caballete y la compartes conmigo?

-¡Ni hablar! No es posible. Sabes que si pinto acompañado no me concentro, además... ¿Qué vas a pintar? “*Pechos en espiral cadentes sobre horizonte inclinado*”... ¡Ja!

Alfredo se levantó oscilando y salió sin despedirse. Cuando me cercioré de mi mala leche ya había sonado la puerta. Pensé que había sido un borde pero no me conmoví ¡Era una broma! ¡Joder! ¡Tenía derecho a retozar con el éxito! ¡Además! Por las veces que me ha pasado sus ventas ante las narices... Pero... ¡No! “*La alegría nunca puede procederrrr de la triztezaa de oto...*” -me dije- Intenté bajar para pedirle perdón pero sólo pude tumbarme vestido y viajar hasta Barcelona, exponer en Madrid y firmar autógrafos en Nueva York... Luego todo se hizo negro.

Hojas 4, 5 y 6 (Escritas por ambas caras)

Aproximadamente uno ochenta, blusa transparente, pechos sin necesidad de sujeción y cuerpo delgado, muy delgado. Así era la modelo prometida.

-¿Es usted el pintor?

Si me hubiera preguntado por el fontanero también hubiera dicho que sí.

-Me han contratado para posar...

Me quedé parado y ella entró decidida. La penumbra de la escalera desapareció de su cara y pude verla. Nariz larga, ojos negros, boca rugosa y ¡Dios mío! ¡Qué piernas! ¡Dios mío! ¡Qué piernas!

-¿Es aquí donde debo posar o no?

-Correcto, correcto. Pase señorita, pase...

La seguí con la mirada y ella notó dónde la dirigí. Me empezaron a sudar las manos era la primera vez que contaba con una modelo.

-¿Usted dirá? Creo que son desnudos ¿No?

-En efecto, en efecto...

-¿Dónde puedo cambiarme?

Le hubiera pedido que nunca cambiara pero parecía tener prisa y no había tiempo para bromas.

-Espere un momento por favor...

Entré en el dormitorio y cuando confirmé que sobre la cama no había ropa sucia le invité a que pasara. No tardó ni un minuto. Salió enfundada en un batín largo, que debía traer en el bolso, y preguntó dónde se colocaba...

¡Yo qué sabía! Le señalé el sofá, trasladé el caballete y cuando todo estaba preparado se aflojó el cinturón, dobló metódicamente la seda estampada y se recostó desnuda.

No adoptó ninguna postura, me miró esperando que le indicara cuál era la

que prefería y le hubiera pedido cuarenta diferentes pero no me atreví ni a acercarme.

-¡Evolucione usted señorita! ¡Evolucione! -Comenté con falsa seguridad-

Y ella solita se puso de costado, de espaldas, con las manos tras la nuca...

El bote de los pinceles cayó al suelo. Mientras lo recogía creí escuchar una risita. Abrí un tubo de negro y estrujándolo derramé tanto como para pintar un túnel a tamaño natural. Me seguían sudando las manos e instintivamente me oculté tras el lienzo. ¡Ya está bien! -me repetí- ¡Ni que fuera la primera mujer que ves desnuda! ¡No! No era la primera pero como esa ¡Sí! ¡Qué piernas!...¡Dios! ¡Qué piernas! Ensalivé y pregunte tímidamente...

-¿Quiere tomar algo?

-No gracias, preferiría terminar cuanto antes.

-¡Sí claro!... Lo entiendo. Le pagan por horas ¿No?

-¡Exacto! Una hora por día; durante diez días.

El amarillo de cadmio me pareció pálido frente al reflejo de su carne. El rojo parecía marrón contra el de su labio inferior. Intuí que los brillos de las curvas tendría que hacerlas con vidrio. Destapé un bote de trementina y también se derramó. La mujer empezaba a impacientarse. Respiré hondo y me quedé mirando al suelo ¡Venga! ¿Eres un profesional... o no?

Ladeé el cuello y observé más tranquilo. Ella asumió que estaba listo y se quedó inmóvil, mirando al vacío.

Recorrí entonces toda su extensión y paseé por esas ingles unidas a un torso perfectamente proporcionado. Subí luego hasta el ombligo, redondamente ofensivo, y cuando me deslicé por el vello del pubis se estropeó todo. Ahora

me sudaba la frente. Manché el pincel, lo restregué sobre el lienzo y se me partió entre los dedos. Tras el chasquido, la muchacha, volvió la cara.

-¿Sucede algo?

Metí la cabeza otra vez tras la tela y silbando contesté con falso disimulo.

-¡Nada! ¡Nada! ¡Cada vez hacen peor el material!

Cuando volví a salir de mi escondrijo entorné los párpados y puse el dedo índice como punto de mira para adecuar las proporciones (gesto que nunca suelo hacer porque siempre mido a ojo) Era el momento de detenerme en sus pechos. Aquellas bolitas tersas culminaron la tragedia... ¡Dios mío! ¡Tenía una erección! Sentí vergüenza. Si se daba cuenta no sabría dónde meterme...

Durante cinco minutos no pude dar un trazo firme. Todo era imposible medir, encajar, mezclar... Al final no pude sino fingir suficiencia y comentar desesperado...

-¿Es usted tan amable de esperar un momento?

Me dirigí al retrete. Sin echar el pestillo me lavé la cara. Hubiera preferido agua fría pero salió caliente. El espejo me avergonzó ¡Malditas hormonas! ¡Claro! Acostumbrado a pintar melocotones y jarras... La única manera de salir adelante era apagar el fuego que me abrasaba, tenía que acabar con el bulto que me angustiaba; así que, me puse en faena y, cuando la pesadilla estaba a punto de esfumarse, se abrió repentinamente la puerta...

-¡Me lo imaginaba! ¡Mirón! Tú tienes de pintor lo que yo de abadesa...

-¡Señorita! ¡Por favor! ¡Señorita! ¡Yo...!

La modelo se metió en el dormitorio. Tras unos segundos salió de nuevo vestida y se marchó dando un portazo.

Dicen que la castidad es una virtud pero a mí, su obligada custodia, estaba

a punto de arruinarme una exposición, la venta de diez cuadros y todos los sueños de la noche anterior. Volví frente al espejo y ahora, con rabia, terminé lo que había empezado... Para una vez que vislumbraba el éxito algo tan bajo como un calentón me lo estropeaba, pero... ¡hacía tanto tiempo que no veía una mujer! Y, además, ¡una como ésa! Si no lo remediaba estaba acabado.

Pasaron dos horas y el lienzo sólo tenía rayones. Me enfrenté a él y perdiéndome en sus límites intuí unas piernas cortadas. Un resto de carmín, colocado allí por azar, me pareció un ombligo. Tomé el tubo de amarillo y lo mezclé con abundante bermellón, luego añadí una triza de azul y surgió un inexplicable verde-gris que sirvió para manchar el fondo. Con ocre oro, tierra de siena y laca rubia fui recomponiendo la imagen que aún danzaba en mis retinas. Sentí un sabor metálico y me alegré, cuando ese sabor aparece, significa que todo va bien. El color tomaba textura, se hizo pasta, se dejó mezclar, se deslizaba sumiso. La experiencia me había dicho que, cuando las mezclas ganan untuosidad, se va por el buen camino. Extendí, borré, alisé y raspé. Manché con los dedos, con el trapo y hasta con la nariz. Tras veinte minutos febriles ¡allí estaba! Como una aparición, como una revelación, como surgido de la nada. Allí estaba el desnudo, fuerte, armónico con un dibujo insinuado pero con peso. ¡Sí! Me gustaba. Cogí otro lienzo y otro y otro... A las cuatro de la madrugada me dolían las rodillas y sentí hambre. Mordiqué un pedazo de pan sin dejar de mirar las pinturas y luego encendí un cigarrillo sentado entre los trapos mojados. Había hecho tres cuadros; todos magníficos, o al menos eso me parecía, suspiré y cuando el filtro no quiso quemarse lo arrojé arqueando el pulgar; luego, me quedé dormido sobre el suelo.

Hoja 7 (Escrita sólo por una cara)

El óleo se va mal de la ropa. La camisa y el pantalón que llevaba la primera noche se han convertido en dos cuadros abstractos. He optado por usarlos como uniforme de trabajo. Ya veré con qué salgo a la calle.

En diez días he logrado terminar el encargo pero los pintores desconfiamos de la obra que fluye fácil y, cuando nos satisface, escondemos los cuadros para no retocarlos pero sobre todo, para mirarlos en lo que son, sin la compasión que añade el esfuerzo de haberlos creado recientemente.

Creo que ha pasado suficiente tiempo. Estoy impaciente. Hoy voy a sacarlos de su encierro y a colocarlos a distancia para alejarme dándoles la espalda, como en un duelo a pistola. Estoy angustiado. Lo dado por bueno puede venirse abajo, la satisfacción del momento puede convertirse en desencanto y entonces no hay nada que hacer excepto borrarlos.

¡Los he visto! ¡Ahí están! Son de verdad buenos. No ha sido la ilusión de varias noches esforzadas. Me parecen sublimes.

Camino impaciente en círculo y vuelvo a mirarlos, me gustan ¡Sí! Me gustan. Cierro los puños y me golpearía la espalda si llegara.

Antes de enviarlos tiene que verlos alguien. Sacaré el anzuelo (una botella de vino) y llamaré a Alfredo. Necesito su opinión.

Hoja 8 (Escrita sólo por una cara)

Alfredo ha subido acelerado. Ha intuido por qué venía y antes de comenzar se ha cobrado la opinión con dos vasos de tinto. He ido volviéndolos, uno tras otro y he observado su expresión.

-¿Qué te parecen? ¡Eh!

-No son malos... Pero el fondo se come las carnaduras...

-¿Seguro?

-¡Sí! ¡Lléname otro vaso!... Además, a éste le falta movimiento... Por cierto ¿tienes algo de comer?... Esos pliegues llaman demasiado la atención... ¡Oye! No está malo el jamón... ¿Sabes?

Alfredo continuó destruyendo, comiendo y bebiendo. En alguno, el dibujo era inconsistente... En otro las pinceladas sucias... En el más alejado sobraba el jarrón... Cuando el plato quedó liso y la botella contuvo dos dedos sentenció...

-¡En fin! En general valen... Pero te voy a ser sincero... No es lo mejor que has hecho ¿Son bocetos? ¿No?

-Sí claro. -contesté sonriendo-

-¡Bueno! Si son bocetos... Pueden valer... Pero tendrás que retocarlos.

Agradecí sus críticas y cuando cerré la puerta me mordí los puños. Salté como un crío tras sacar un diez en matemáticas. Ahora estaba convencido ¡Eran buenos! Cuando Alfredo desprecia tu obra significa que es buena. Esa noche no trabajé ¡Eran buenos! ¡Eran buenos!

Hoja 9 (Escrita por las dos caras)

La modelo le dijo al dueño de la galería que me había comportado como un profesional. La muy zorra, si hubiera contado la verdad, se habría quedado sin sueldo y a mí me pareció una postura inteligente porque, su contrato nada tenía que ver con el furor sexual del artista, y además, no me puso en evidencia frente al pagano.

No podía creerlo. Invitaciones en papel cartón y a todo color. El título: **“INHIBICIONES LÚMPICAS”** *“El desnudo hecho arte”*

Debajo mi nombre en letras góticas. Hasta hubo un aperitivo el día de la inauguración.

Invité a todos mis allegados y me di cuenta de cuán escasos eran. Mandé un tarjetón a mi exmujer (y a su maridito) pero no vinieron. De los amigos sólo acudió Alfredo, el resto ya tenían otros compromisos.

Aquella tarde, la de la inauguración, fue especialmente excitante. La galería era seria, con el suelo de madera, de esos que avergüenzan a los zapatos sucios. Señoras elegantes colgando del brazo a sus regordetes maridos, intelectuales preguntando el precio, despistados atraídos por el bullicio, parejitas que no tenían dinero para besarse en el cine... ¡Muy de provincia! Alfredo se puso una pajarita azulona y antes de saludarme se había comido ya media bandeja de canapés bien “apretados” con Oporto.

-La verdad es que con marco ganan -me dijo- Menos mal que los retocaste a tiempo...

A las siete sólo habían comprado un cuadro. No me preocupaba, sabía que

el primer día era difícil y, además, ya los había cobrado por adelantado; pero... ¡No! No era cierto. Estaba ofendido. Cuando aquellas adiposas despreciaban a alguno de mis hijos, me crispaban; y también me ofendían los mirones que, sin apenas detenerse, disimulaban ante mis cuadros para no desbordar su contenida lascivia. Parecían tener miedo, miedo a zambullirse en esas carnes provocativas ¿Puede la belleza infundir temor? Lo ignoro, pero esos mezquinos, instalados en un falso pudor, parpadeaban para controlar su voluptuosidad como púberes ante su primer desnudo.

El público era indigno. ¡Sí! Hubiera querido coger a mis críos y llevármelos a casa pero ya no me pertenecían. Por otro lado, si lo hubiera hecho, los habría modificado... *Ese rojo debía contrastar más con el azul...* Alfredo tenía razón “*ese pliegue sobraba o al menos había que suavizarlo...*” Pero ya era tarde! Allí estaban, como Cristos colgados, para ser escupidos o adorados.

Cuando la galería cerró nada había cambiado. El dueño desapareció sin despedirse y la señorita de sonrisa eterna intentó consolarme afirmando que aquello era normal. Tuve la impresión de que los abandonaba, de que al quedarse solos iban a llorar. Los miré por última vez y antes de que apagarán las luces les dije con el pensamiento...

“Mañana os comprarán... ¡Ya lo creo! Mañana acudirán seres nobles y os llevarán a sus hogares para estar calentitos sobre sus chimeneas...” Pero no fue así...

Hoja 10 (Escrita sólo por una cara)

Hoy mi patio está callado. No canta boleros ni grita disgustos de madre, tampoco ríe. Está triste. Hace una semana que acabó la exposición y sólo se vendieron dos cuadros. Alfredo viene a menudo y trae vino. Me mira de soslayo e intenta consolarme pero noto su conmiseración y la desprecio.

-¡Vamos hombre! ¿Crees que esos vejetes podían apreciar tu arte? ¡Salidos! ¡Eran unos salidos! De buena gana se hubieran llevado alguno de tus desnudos pero sus esposas no se lo permitían ¿No te diste cuenta de sus ojillos libidinosos mirando “tus” pechos?

-Sí, Alfredo, sí, pero esos panzudos son los que tienen la pasta y no los jóvenes que se paraban frente a “mis” muslos encarnados.

-¡Bueno! ¿Tú no habías cobrado ya? ¡Además! Piensa que la obra está hecha... Es de la humanidad entera...

-¡De qué humanidad so borde!

-¿De qué humanidad va a ser? ¡De la nuestra! Un día esos cuadros los perseguirá algún ministerio de cultura...

-¡Vete a la mierda! Para entonces estaré muerto...

-Puede, pero serás feliz en la tumba ¿No? ¡Ja, Ja!

Me incomodé y Alfredo lo notó...

-No sufras “*Cuando está de moda el trigo difícil se vende la cebada*” ¡Anda! Liba, liba conmigo buen amigo...

Y siguió riendo. Estaba pagando el haberme negado a compartir la modelo.

Yo, en el fondo, sabía que los cuadros no eran malos y esa convicción me tranquilizó. Las críticas fueron dispares. En un periódico resultó que mi obra...”*expresaba la música contenida del hombre amarrado ante la belleza femenina*” pero, en otro, mis desnudos, eran...“*la expresión de un arte degenerado que no hacía sino exaltar la lujuria y confirmar la crisis general de valores que...*

Con todo no fue un fracaso. Había soñado con el éxito instantáneo pero no fue un fracaso. El mecenas colocó paulatinamente los cuadros y al final todos encontraron un hogar adecuado.

Con el dinero pude vivir de reservas durante ocho meses y hasta me sentí “rico” aunque intuí que, “con ese género tan pervertido” jamás iba a llenar otra galería.

Durante ocho meses me pude levantar sin la necesidad apremiante de vender y eso significó mucho. Pude trabajar con libertad y experimentar nuevos caminos, además, aún desconocía que la eficaz propaganda propiciada por el escándalo me iba a proporcionar retos futuros.

Al cabo de un mes cerré el capítulo de mi primera exposición y resurgí. Me dije que Alfredo tenía razón... “*cuando está de moda el trigo difícil se vende la cebada*”

Hojas de la 10 a la 48 (Escritas todas por una sola cara. Con letra uniforme y tinta similar. Aparecen agrupadas por una pequeña pinza metálica)

Aquella tarde acudió al estudio un caballero elegante. Tras observar alguno de mis trabajos, el hombre, de unos sesenta años, me pidió presupuesto para un retrato. ¿Retrato?

El retrato es para mí un campo poco explorado y, además, agotador. Me da miedo, y no por las exigencias de la paleta o el dibujo, sino por la dificultad que supone satisfacer los deseos del cliente. Un cuadro gusta o no gusta ¡Y vale! Se lo quedan o lo rechazan, pero un retrato... Siempre hay que luchar para que se lo lleven...

Me alejé para observarle pero pronto me confesó que no era para él sino para su hija y que, además, quería regalárselo por su cumpleaños. Entonces el miedo aumentó. Las mujeres, no sólo buscan el parecido, deben “quedar guapas”. Algún idiota dijo que “no hay mujer fea” pero yo aseguro que las hay y entonces, el artista debe esgrimir la habilidad de un cirujano para limar los defectos sin mermar la semejanza. *¿Yo tengo esa nariz? ¿Mis labios no son más carnosos?...* ¡En fin! He tenido que hacerlo pocas veces pero son un tormento. A los varones es más fácil complacerles. Basta con otorgarles un porte de nobleza. Todos pican. Fondo negro, camisa blanca, pies clavados al suelo y una mano nervuda sujetando algo relacionado con su profesión. (Si ésta es prosaica -prestamistas, comerciantes, recaudadores de impuestos- queda el recurso de que se agarren la solapa)

Los hombres se ahogan pronto en el parecido. Las mujeres ¡No! Las mujeres desean aparecer etéreas, angelicales, intangibles pero a la vez “dueñas marmóreas”. Las mujeres son más complejas por eso preciso sondearlas, aprehenderlas, estudiarlas, y no para analizar las cualidades de

su alma (dudo que la tengan) sino, para intuir cómo desearían ser vistas en lugar de como se ven. Si esto se logra el cuadro las halaga y siempre es aceptado, de lo contrario, ya puede ser una obra maestra... Por eso, durante los primeros contactos, permito que posen a su aire. Les encanta. Cuando me coloco frente a ellas hago como si las dibujara y se sienten atendidas, exaltadas, únicas entre todas las mujeres, entregadas al momento previo de su inmortalidad...

Pero estas sesiones duran poco. Ninguna tiene tiempo disponible para posar, así que termino empleando fotografías que también hago yo. He descubierto que nadie reclama los negativos... ¡Claro! Unas fotos no es lo mismo...

Por otro lado prefiero hacerlo así, con el modelo en vivo no trabajo a gusto, no puedo rascarme, tengo que contener los eructos y hasta se ofenden si fumo.

El caballero que solicitó mis servicios pretendía darle una sorpresa a su hija. Me costó convencerle de que sin conocerla difícilmente podría pintarla y que por lo tanto, si iba a posar, la sorpresa sería, cuando menos relativa.

-¡Claro, claro, tiene razón! Pero un regalo sin sorpresa... No sé, no sé...

Temí que se echara atrás así que añadí con presteza.

-¡Hombre! La sorpresa estará en el resultado...

-¡Cierto! No lo había pensado. ¿Y cuánto cobraría?

¡Qué pesado! Tuve que improvisar. Le comenté que al igual que en la pintura industrial el precio oscilaba según la superficie. Como el hombre

pusiera ojos de sorpresa añadí...

-¡Está claro! De cuello a pelo veinticinco. De ombligo a pelo cincuenta. De pies a pelo cienmil...

-¡Toma! ¿Y ese salto?

-Por el vestido. Supongo que querrá ponerle vestido ¿No?... Pues el vestido sube el precio...

-¡Ya!

-Son los pliegues ¿sabe?

-¡Ya!

-Los añadidos se cobran aparte...

-¿Añadidos? No entiendo...

-Por ejemplo, un perrito diezmil, un conejito veinte, un caballo cincuentamil...

-¿Y por qué un perrito diez y un conejo veinte?

-¡Hombre! Porque se me dan mejor los perros y, además, los conejos suelen escaparse...

-¿Sí?

La verdad es que me hubiera importado un comino que el imbécil se hubiera marchado pero no sólo se quedó, sino que muy pensativo me preguntó si era obligatorio poner algún animalito. Le dije que no, que si lo estimaba conveniente lo añadiría yo pero que entonces estaría incluido en el precio...

-¡Claro está! Siempre que no desee una pantera o un cocodrilo... -añadí-

-¡No! ¡No! Un perrito estará bien.

No pude contener la carcajada. El hombre se incomodó...

-¿He dicho algo gracioso?

-Verá... Es que no sé si un perrito le irá bien a su hija.

-¡Bueno! Elija usted el bicho que acompañe a la niña...

-Pierda cuidado que saldrán los dos.

El cliente no cogió la broma.

-¡De acuerdo! Entonces quiero uno de cuerpo entero y con animalito.

Le hice entrar al cuarto almacén y le mostré un lienzo de 1,80 por 70.

-¡Sí! Este tamaño quedará bien en la pared donde debe colgar.

¡Joder! Imaginé el salón que debía tener para que el cuadro no rozara el suelo y me arrepentí de no haberle pedido doscientasmil. Luego añadió.

-¿Y en caso de que el resultado no fuera de mi entera satisfacción?

-¡Buena pregunta! (De nuevo tuve que improvisar)

-Haremos lo mismo que el Greco. Usted paga por adelantado el 15% y luego, si no le gusta, pues... ¡Quemamos juntos el cuadro!

Esta vez el caballero rió enseñándome dos muelas de oro. Antes de que terminara la carcajada continué.

-Verá usted. Yo me hago responsable de la técnica y del oficio. Para juzgar

un cuadro hace falta tenerlo y para tenerlo hay que hacerlo, y para hacerlo es necesario respirar, comer y sobre todo comprar el material. ¿Me sigue? Con ese 15 % yo respiro, como y adquiero los óleos... ¿Comprende?

-Lo entiendo, lo entiendo... Espero que nos guste a todos y, si como ha dicho, es inevitable que conozca a la modelo... No queda mucho tiempo ¿Cuándo puede venir Marina?

-¿Marina es su hija?

-Sí.

-¡Vamos a ver! ¿Usted quiere un retrato o una marina?

De nuevo, o no entendió o no le hizo gracia el chiste. Ni sonrió.

-¿Venimos este miércoles?

Me hubiera gustado tener a mano una agenda para consultarla y hacerme el interesante pero mis días estaban más libres que el asesino de Fuencarral así que asentí.

-Por mí vale el miércoles.

-¡Pues el miércoles! ¿A las doce?

-Bien. A las doce.

Me extendió la mano y le lancé el mensaje de que precisaba extender algo más. El contratante cogió la indirecta y de pie escribió un cheque por valor de quince mil pesetas. Luego se fue y cuando quedé a solas tuve el presentimiento de que algo interesante me iba a suceder.

Los siguientes párrafos siguen perteneciendo al grupo de hojas unidas por una grapa metálica (De la 10 a la 48)

Cuando está nublado mi patio se vuelve gris, pero gris de pintor malo, hecho con blanco y negro. Los gatos se tumban aburridos y lamen sus lomos mientras las vecinas recogen la ropa tendida. Paulatinamente el estudio se llena de oscuridad y no puedo trabajar. Son momentos para observar el apagón exterior, para ver como lloran los cristales. Luego todo se hace negro y me atemoriza un rayo. Pongo música para silenciar el trueno pero las notas transmiten más inquietud. Una soprano de vinilo, ajena a mi soledad, anima los fantasmas. Los sueños abandonados, las mujeres que amé, los familiares muertos, los amigos que ya no lo son, se convierten en alambres de espino que rasgan...

¡Es curioso! En esos instantes jamás surge un destello alegre. Nunca, en ese mar de angustia, evoco algo bien hecho, algo que me haga sentir orgulloso, ni siquiera aquella renuncia consciente que tanto dolor produjo por no herir a un tercero...

Llamaron a la puerta. No esperaba a nadie. Levanté la aguja del giradiscos y me aseguré de llevar todos los botones abrochados. La lámpara de la escalera estaba fundida. Contra la negrura del rellano sólo pude distinguir dos perfiles. Las figuras se adelantaron y entonces reconocí al caballero que me había encargado el retrato. Le acompañaba una muchacha.

-Sé que habíamos quedado el miércoles. Perdone nuestro adelanto pero mañana salgo de viaje y pensé que hoy podría conocer... Esta es Marina...

Mi estudio fue en tiempos un expositor de muebles y, aunque nunca los

enciendo, tiene el techo repleto de fluorescentes. Accioné los interruptores y la sala se iluminó con destellos blancos. Marina alzó la barbilla sorprendida, como si estuviera viendo fuegos de artificio; luego, tras un breve saludo cruzó los brazos e inspeccionó con disimulo las paredes repletas de cuadros.

Llevaba un impermeable transparente, debajo una falda azul muy corta y un jersey de lana roja ajustado a la cintura. Su padre se descubrió ofreciéndome el paraguas mojado. No supe qué hacer con el paraguas así que, a falta de paragüero, lo apoyé sobre una esquina.

La futura modelo siguió inspeccionando las paredes mientras se quitaba el impermeable.

-Tomen asiento, tomen asiento...

Marina volvió a cruzar los brazos.

-¿Tiene frío señorita? ¿Si quiere cierro el balcón?

-No gracias. Estoy bien.-Contestó-

Era la primera vez que le oía hablar. Su voz no encajaba con el resto de su aspecto. Sin ser ronca era más adulta que sus aparentes maneras.

-¿Una cerveza?

-¡No! ¡Por Dios! -Respondió el padre rápidamente- La niña no bebe alcohol.

-Pues lo siento pero no tengo limonada...

-Es igual. Tampoco bebo limonada. -añadió ella con una sonrisa-

La “niña” no era tan niña. A primera vista me fue difícil precisar su edad pero en sus ojos no refulgía ya la inocencia. Aproximadamente uno setenta de estatura, piernas rectas y zapatos de tacón. ¿Veinte? ¿Veintidós años?

Dejé de mirarla y me dirigí al padre.

-Iba a servirme un vaso de vino ¿Le apetece?

-Siempre que sea bueno...

¡Ya empezamos! El vino siempre es bueno -hubiera deseado decirle- Puede ser de su gusto o no, puede ser adecuado o inadecuado pero siempre es bueno de lo contrario no es vino...

-¡Claro! No tengo malo... -contesté- ¿Rioja o...?

-Rioja, por favor.

Mientras abría la botella Marina seguía inspeccionándolo todo con aire de cándida ausencia.

El hombre sorbió de la copa y comentó.

-¡Excelente! ¿Cosecha del año...?

-Lo desconozco -repliqué molesto-

A mí las cosechas no me importan. Si el vino me agrada me da igual cuándo lo parieron, me pasa lo mismo con las personas, si me gustan no reparo si han nacido en el 48 ó en el 55... El caballero vació la copa de un trago y en ese momento terminó de perder mi consideración. Sería rico, tendría una gran mansión pero no sabía beber vino.

-¿Empezará hoy el retrato?

-¡No! Claro que no.

-¿No?

-Verá... Primero suelo hacer unos bocetos. Con ellos intento “asumir a la modelo” Luego hago unas fotos que me sirven de referencia para lograr un acabado correcto y por fin...

-¡Perfecto! Pues empecemos con los bocetos...

Tuve que hacer un esfuerzo para contenerme. Iba a espetarle que yo trabajaba cuando me salía de los cojones; que si había elegido ser pobre era porque no aguantaba patrones y que si seguía pulsándome la naveta iba a pintar a su hija Don Diego Rodrigo da Silva “alias Velázquez”. Pero me

callé. Necesitaba el dinero y devolver el anticipo era imposible, lo había gastado. Además, si el retrato agradaba a Marina también gustaría a su señor padre y a su prima y a su tía y a la vecina... pudiendo todas arder en deseos de pasar bajo mi pincel.

-¡No! Hoy no empezaremos -Sentencié-

Don Armando, que así se llamaba el padre de tan precioso capullo puso mala cara. Sostuve su mirada y cuando el ambiente empezó a enrarecerse una rumba lastimera, de esas que hablan de trágicos amoríos se coló por el balcón.

“Po que mas dejao mujé... Si tanto ti amo” “Po que mas dejao... que ti mato...”

Era “Julio” Un gitano travestido (cosa rara) sin oído (cosa más rara) que hacía con la garganta ruidos similares a los de un gallo cuando se le capa.

Ambos rieron. Me disculpé y cerré los portalones. Luego metí a Vivaldi en el ambiente.

-¿Decía usted don Armando?

-No, nada, que si era posible empezar hoy...

Volví a servirle otra copa y no respondí. Algo había que hacer así que me dirigí a la “niña” y le rogué que se sentara en el sillón filipino.

-¡Por favor! Ladéese señorita...

-Llámeme Marina... Al fin y al cabo si me va a retratar bueno será que me tutee ¿No?

Aparecieron más dudas. Esa niña era tonta o se lo hacía. No podía apostar pero me pareció adivinar cierto sarcasmo en su oferta.

-Como quieras pero gírate un poco... Así, así. Eso es, de perfil...

El sillón filipino es envolvente. Lo empleo para desarmar a las niñas tontas que embutidas en su alta corona suelen sentirse reinas polinésicas. Es un

sillón que empequeñece a quién osa posar sobre él. Plásticamente es inadecuado. El mimbre entretelado se hace protagonista del cuadro y el personaje se diluye entre los adornos como un pavo real. Sin embargo, me sirve para clasificar en primera instancia el deseo interior de las modelos.

a) Se sienta erguida apoyando los codos y dejando las manos laxas = *“Futura reinita que es necesario mimar”*.

b) Se sienta de lado, como deseando escapar = *“Vergonzosita que precisa paciencia y dulzura”*.

c) Se deja caer despreocupada = *“Incluso puede haber plan”*

d) Si deja la cabeza ladeada o la sujeta con la palma de la mano = *“Gilipueñas soñadora”* ¡Le va el rosa!

La “niña” logró despistarme. Mientras su padre miraba adoptó la primera postura pero cuando don Armando nos dio la espalda separó las piernas tensando la falda.

Reflejamente miré entre sus rodillas y ella sonrió cruzando otra vez las piernas. Lo dicho, o era tonta o era borde.

Vivaldi acabó el concierto y a pesar de haber cerrado el balcón el gitano plañidero se coló otra vez aprovechando el silencio...

“Po que mas dejao mujé... Si tanto ti amo” “Po que mas dejao...que ti mato...”

Volvieron a sonreír. Cogí un cuaderno, acerqué una silla y me puse frente a Marina simulando excesiva profesionalidad. Empecé a rayar sobre la hoja y mientras repasaba ese rostro volví a preguntarme su edad. Luego comenté...

-Me gustaría hacerte algunas preguntas. ¿Te importa?

-Según... -Respondió estirando el cuello-

-¿A qué te dedicas?

-¿Es necesario saber eso para pintarme?

- ¡Niña! -Recriminó don Armando- Si te lo pregunta será por algo...
- Bueno... No del todo pero... Imagínate que eres enfermera, podría intuir que el blanco es de tu agrado ¿no?
- ¿Y eso?
- Porque una enfermera suele vestir de blanco...
- ¡Sí! ¿Cómo las que trabajan vestidas de verde?
- ¿Las enfermeras visten de verde?
- ¡Pues claro! Algunas... Se llaman instrumentistas y trabajan en los quirófanos.
- Lo ignoraba. Está bien. Supón que me dices que eres... No sé ¡Bombero! Es lógico pensar que te encuentres cómoda con el rojo.
- ¿Y si soy matemático? ¿Qué color debería gustarme?
- Sin reflexionar, contesté que el negro y la niña de los cojones rió entrecortadamente.
- Soy médico -añadió-
- ¿Médico?
- Sí, desde el año pasado ¿Te extraña?
- Miré a su padre y éste afirmó con cara orgullosa.
- ¿Qué edad tienes?
- ¿También eso es necesario para retratarme?
- Si no quieres contestar...
- Veintitrés.
- Aparentas menos...
- Gracias, pero dime... ¿Cuál es el color que debe gustarle a un médico?
- No sé, pero el rojo seguro que no le repugna.
- Ni el verde bilis, ni el amarillo diarrea, ni el blanco hueso...

Me levanté incómodo y di la vuelta al disco. Cuando volví a sentarme zanjé la cuestión con un -¡Ahora no te muevas!-

Perfilé el contorno de la cara y observé que era una elipse cortada por el mentón saliente. Parecía un corazón estirado. El cabello, abundante, huía de la frente haciendo bucles para acabar detrás en una hueca melena. La nariz, como elemento separador de las mejillas, surgía desde unas cejas bien cuidadas. Un pliegue corto levantaba levemente el labio superior teñido de rosa y debajo, el inferior, surcado por estrías verticales parecía impotente para contener su carnosidad. Marina los mojé instintivamente y pude reparar en sus dientes. Eran perfectos pero los dientes no importan, nunca se pintan. Los dientes son huesos y el retrato debe ser carne. Además... O esgrimes que los has captado en un instante o descubres que te has inspirado en una fotografía. En conjunto, la “no tan niña” era atractiva. No tendría que operarla para mejorar sus rasgos pero algo fallaba en mi boceto...

Don Armando realizó la cruel maniobra que suele definir al mirón. Se colocó respirándome en la oreja y afirmó...

-¡Oiga! ¡Que no se parece!

Sentí deseos de darle una hostia pero no era momento para el placer. Sólo comenté...

-Ahora no tiene que parecerse. Cuando el dibujo es sólo línea no se busca el parecido, eso se consigue con el volumen. Lo que pretendo es hacerme con sus rasgos, observar sus gestos, sus tics... De este modo, si logro fijarlos, tanto ella como sus conocidos hallarán elementos que evoquen distintas facetas de su existencia... ¿Entiende?

-¡Ya!

Se había tragado la mentira. La verdad es que ya debía parecerse pero no había captado su semblante. Algo se me escapaba. ¡Sí! Era la mirada Esas pupilas inmóviles no reflejaban emoción. Marina se defendía, su armadura era la opacidad de unas córneas que debían brillar de otro modo si era la mujer que intuía. Don Armado siguió resoplando detrás de mí.

-¿Sabe usted don Armando?

-¡Dígame, dígame!

-No se ofenda, pero dibujar es como... (iba a decir cagar pero me hice el fino) como... ¡afeitarse! ¡Eso! Como afeitarse. ¿Comprende? Lo mismo que asearse o lavarse los dientes; actos que sin saber la razón nos gusta hacer en la intimidad. Y usted disculpe pero creo que me explico...

-¡Claro, claro!

La música dejó otra vez de sonar y el vecino volvió a la carga, esta vez, con una canción que los tres conocíamos.

“Ojo verdee, verdee como la arbaacaa... Verde como er trigo verdeeee...”

Tras una hora de alternar cante español con piezas clásicas se despidieron. No había sacado nada en claro, excepto que la niña no tenía de tonta ni un pelo. Quedamos para el día siguiente, a la misma hora, y cuando supuse que ya habían llegado a la calle ¡No pude más! Abrí el balcón, me aferré a la barandilla y con todo el volumen que pude grité...

-¡Julio! ¡Maricón! ¿Quieres dejar de dar el coñazo? ¡Llevas tres horas martirizándome!

Julio sacó la cabeza. Llevaba una barba de doce horas y el pelo recogido con rulos rosas.

-¡No me sale de la minga! ¡Paece mentira que tú, siendo artista, no aprecie el arte! ¡Rubens! ¡Más que Rubens!

La voz atiplada se fue haciendo cada vez más gruesa y al colofón le salieron pelos. Con un ronco bramido sentenció...

-¿Te molesto? ¡Pues cámbiate de casa o vete a Fransia...!

¡Además, si soy maricón en tu culo campeón!

No pude contener la carcajada.

-¿De qué te ríe “ajqueroso pintamona”? ¡Ya vendrá a pedime pretao!

Y cerró la ventana sin romper de milagro los cristales.

Las hormonas habían podido con los remilgos ¡Sí! Me hizo gracia. La vocecita del Julio se esfumaba con la mala leche...

Permanecí un rato en el balcón. Había dejado de llover y el aire húmedo olía a tierra de maceta. Miré otra vez hacia el patio y observé el cielo estrellado en porciones cortando los tejados cercanos. No se oían voces sólo el tintineo de la vajilla cenando. Mi patio era otra vez una isla entre sirenas. Sentí un escalofrío y alenté sobre los cristales; cuando se azogaron, sin saber la razón, escribí con el dedo... Marina...

Continúa el grupo de hojas numeradas de la 10 a la 48

A la tarde siguiente preparé la iluminación antes de que llegaran los clientes. Hice café y compré refrescos sin alcohol. Consciente de que no es bueno “estirar el cuento” decidí abandonar los bocetos y pasar directamente a las fotos. La modelo valía la pena. A poco que me esforzara podía salir un buen cuadro.

Llegaron puntuales. Tras saludarles no quise perder tiempo y le rogué a Marina que ocupara un taburete alto.

-¿Pero...? ¿La va a pintar sentada?

Empezó don Armando a importunar.

-No. No la pintaré sentada... Ahora sólo voy a sacarle fotos.

-¡Ah!

Planté el trípode y empecé a mover el objetivo. Marina se acercaba y se alejaba prisionera en el interior de la cámara. Logré enfocarla y para asegurar suficiente luz acumulé sobre ella todos los focos que tenía.

-Aguanta... Es sólo es un momento...

Lo normal es que, cuando nos apuntan con una cámara nos comportemos como si invadieran nuestra intimidad. En realidad ocupan nuestro espacio vital y eso nos incomoda. Los pueblos primitivos creen que les están robando el alma; tal vez la turbación que sentimos sea un atavismo, un residuo cultural. Pero Marina ni se inmutó. Actuaba como una profesional.

-Una, dos, otra ¡no te muevas! Ladéate, así, así... ¡Quieta!

Su padre, inmóvil, parecía haber aprendido la lección; no se inmiscuyó. Tras unos minutos apagué las lámparas y ofrecí un descanso al “original”. Don Armando aprovechó el momento para hablar.

-¿Ya está?

-No, todavía no.

-Es que debería ausentarme...

-Pues auséntese, auséntese...

-¿No le importa?

-En absoluto.

-Entonces... ¿Vuelvo en una hora?

-Vuelva usted cuando quiera don Armando. -insistí harto-

Le acompañé y cuando al volver reanudé el trabajo me cercioré de que había olvidado cargar la cámara. Marina se había sentado en el sillón filipino y antes de que pudiera disimular comentó...

-Está vacía ¿verdad?

-¿Cómo te has dado cuenta?

-No he dicho nada pero me he fijado que cada vez que girabas la patilla el cilindro no rebobinaba.

-¡Joder! Perdón... ¡Jolines!... Te debo una.

-Puedes decir joder con toda tranquilidad. Papá se ha ido ¿no?

-Está bien, diré joder, pero en cualquier caso tendremos que empezar de nuevo.

-Es igual, me divierte posar y probablemente, cuantas más sesiones hagas, más elevarás el precio del encargo ¿No?

-Pues no. El precio ya está acordado.

-Mal hecho. No sé cuánto le cobras pero deberías haber esperado, cuando a mi padre le gusta un trabajo no escatima en hacerlo suyo. Podrás sacarle los cuartos.

-Pero yo no quiero sacarle los cuartos. Me conformo con hacer un buen cuadro y el precio que acordamos me pareció bien.

-¿Cuánto?

- No suelo comentar lo que cobro por un retrato.
- ¡Que honrado!
- No te entusiasma el regalo ¿verdad? -pregunté-
- Pues... Si he de ser sincera... ¡No! Es un regalo para mi padre, no para mí.
- No te falta razón. ¿Hubieras preferido una pulsera o un anillo...?
- ¡Que va! ¿Otra pulsera u otro anillo? ¿Sabes qué deseaba? -Negué con la cabeza-
- Pues un perro. ¡Sí! Un perro, pero mi padre no concibe que pueda querer un perro.
- ¿Tu padre no tiene perro?
- ¡Claro! Por docenas, pero él los posee, los usa, los emplea para cazar.
- ¡Entiendo! Así que... ¿Tu querías un perrito para mimarlo?
- He dicho un perro, no un perrito. Usas el diminutivo refiriéndote a un caniche o a un chihuahua; yo quería un mastín. ¿Te parece que un mastín es un perrito?
- No, de ninguna manera, pero ya que tu padre los tiene por docenas... ¡Adopta uno!
- ¿Adoptar uno de sus sabuesos? ¡Dios mío! Los tiene enjaulados para hacerles trabajar... Igual que a todos sus empleados.
- ¿Tu padre enjaula a los empleados?
- ¡No te rías! Quiero decir que mi padre le busca utilidad a todo. El que trabaja está a su servicio no trato especial.
- Yo trabajo para él y conmigo es muy atento -Dije sin meditar-
- ¿Que tú trabajas para mi padre? ¡No! Tú eres algo especial. Si le conocieras no dirías eso. Él te ha elegido para una función sublime, para inmortalizar sus genes porque... ¿no lo sabías? Soy su única descendencia.
- ¿Hija única?

-Exacto. Hija única. ¿Es un delito?

-Más que un delito, digamos... una tentación...

-¡En serio! Si tu actividad no fuera especial jamás te hubiera soportado la impertinencia de ayer ¿Recuerdas? Cuando le echaste la bronca por mirar mientras dibujabas.

-¿Se ofendió?

-No sé. Creo que sí, pero se aguantó. Si te hubiera encargado unos murales para las cuadras o un fresco para la piscina, seguro que te hubiera despedido. Pero pintar a su hija... Por cierto, me gustó mucho eso de la intimidad al asearse... ¡Ja!

Marina se estiró ruidosamente. Cruzó las manos por detrás de la nuca y luego continuó.

-¡De verdad! Me gustó mucho. Hacía tiempo que nadie se atrevía a decirle algo así. De no tenerte en especial consideración se hubiera marchado pero ¡no! No eres su empleado... Digamos que sólo alquila tu habilidad.

Me acerqué a la nevera y saqué un refresco. Cuando lo iba a servir pregunté.

-¿Quién os recomendó mi estudio?

-Le dio tu dirección un galerista. Le dijo que no había visto unos pinceles que trataran la piel como los tuyos y le vendió tres cuadros con tu firma, tres desnudos que, por cierto, no le salieron tirados...

-¿Quieres el refresco de naranja o de limón?

-Prefiero un güisqui

-¿Pero no dijiste que...?

-¿Acaso yo dije algo? Lo dijo mi dueño. No me permite beber, ni fumar ni...

-¿Ni?

-Ni nada.

Marina pareció incomodarse. Abandonó el filipino y paseó por el cuarto como una mosca que busca la salida. Yo aproveché el momento para poner dos vasos de Bourbon.

-¡Helo aquí! Pero, por favor, no preguntes de qué cosecha es...

-¡Ja! Ya noté que te supo mal la pregunta. Mi padre no entiende de vinos pero siempre hace poses.

-Me di cuenta, me di cuenta.

-¿Oye? ¿Siempre has sido pintor?

-No.

-¿A qué te has dedicado?

-La verdad es que he hecho de todo.

-¿De todo...? ¿De todo...?

-Bueno... Casi de todo, incluso, aunque no lo creas, empecé primero de medicina.

-¿No digas?

-Sí

-¿Y lo dejaste?

-Sí

-¿Por qué?

Me hubiera gustado contestarle la verdad. Que no continué porque no contaba con un “papito” que pagara las matrículas pero fui prudente, había despechado al pagano y eso era soportable pero, si enfadaba a la modelo, podía perder el encargo.

-Abandoné porque los cadáveres me producían asco y pesadillas.

-¿Asco? ¿Pesadillas? ¡No me lo creo!

-¿No lo crees? El primer día que levanté un glúteo para acceder al nervio... ¿Cómo se llamaba...?

-¿El Ciático?

-Sí, el Ciático, bueno... Pues esa carne estriada me recordó la ternera guisada que hacía mi madre. Estuve diez meses sin probarla.

-¡Vaya chorrada! ¿No?

-Para mí no fue una chorrada. Pero lo que no pude asimilar fue la visión de ese cadáver que habiendo sido persona se deshilachaba a medida que nos ensañábamos con él.

-¿Y eso te hizo abandonar?

-¿Te parece poco? Cuando acabó el curso parecía una red...

-¿Y qué?

-Eso no fue todo... Cuando le dieron la vuelta vi su cara. Me miraba con ojos de pasa y... Desde ese día pensé que eran los míos. Sentí que yo mismo me estaba escudriñando ¿Qué quieres? Perdí la alegría, no podía dormir. Si intentaba elevarme leyendo a Platón, no conseguía aislar lo noble de esos músculos torturados, si escuchaba a Chopin no oía sino el crujir de sus huesos; todo era formol y mierda, incluso el amor me pareció formol y mierda. Así pasé todo el curso y no volví a intentarlo (Todo eso era verdad pero también me negaron una nueva beca)

-Te entiendo. A veces pasa, pero tanto tiempo... Es algo pueril ¿No?

-Puede... -añadí tras colocar el carrete-

-Lo que sucedió es que eras un inmaduro. Todavía no sabías que incluso los pensamientos más excelsos necesitan una buena digestión.

-Tal vez... Visto desde ese punto...

Le di la razón como si su argumento fuera brillante y luego añadí.

-Además, por aquel entonces descubrí algo sublime, algo incorpóreo, algo a lo que dedicarse por entero... ¡Sí! Descubrí el arte.

-¿Y para hacer arte no es preciso digerir bien?

Con el gesto le solicité que volviera al taburete y empecé a sacar fotos.

Cuando llevaba cinco, la niña volvió a la carga...

-¡Responde! ¿Te has quedado sin argumentos?

-Espera... No te muevas. Mira a la derecha... Así... ¿Te han dicho que no eres fea?

-Siempre me han dicho que era guapa.

-¿Guapa? Tampoco es eso... Digamos que simétrica.

-¡Responde! ¿Crees que el arte no precisa una buena digestión, que no suda, que no huele...?

-Pues claro... Hasta jode pero nunca muere, no se deshilacha...

-¿Que el arte no muere? El arte también muere y enferma. No puedo creer que dejaras la carrera por estos argumentos. No tienes pintas de pusilánime. Dime la verdad ¿Cuál fue la razón?

-Gírate... ¡Quieta! No cierres los ojos...

-¿Me vas a contestar?

-¡No!

-¿Te rindes?

-No me rindo porque no hay pelea. Lo que quiero transmitirte es emocional y aunque te dé razones no podrás asumirme.

-¡Inténtalo!

Me di cuenta de que estaba añadiendo complejidad a la sandez y no podía salir del aprieto pero hice un nuevo requiebro.

-Tal vez no me creí con fuerzas para llegar a ser médico.

-¿Cobardía?

-Si tú lo dices, pero más bien lo llamaría falta de fe. Pensé que era innecesario destripar un muerto para aprender a curar.

-Otra chorrada. Gracias al cadáver se puede aprender por dónde pasa ese

nervio que, cuando se inflama, origina dolor impidiendo hacer arte. Ese nervio que si te hace sufrir te curaría para que pudieras generar lo sublime...

Se lo había puesto fácil. Satisfecha, engulló el Burbon de un trago. En su suficiencia no apreció que para mí el tema estaba acabado y quise concluir.

-Tienes razón pero vamos a dejarlo o terminará doliéndome el ciático...

Marina no aceptó mi retirada. Quería regodearse. Supo que estaba atrapado e intentó hilar de nuevo...

-¿Asumes pues que el muerto ya no es persona? ¿Aceptas que el doliente sí lo es? ¡Contesta!

-¡Vale!

-Pues... De los primeros se sirve un médico para atender a los segundos. A ellos me debo yo, y a ellos te deberías tú si hubieras tenido valor para seguir...

La hubiera abofeteado. Me mordí el labio inferior y antes de levantarme para ahogarla intenté defenderme desde el suelo.

-¿Y no sería más lógico que te hubieran enseñado a aliviar el dolor sin necesidad de destripar un cadáver?

-¿Hablas en serio? ¿Y si hubiera querido ser cirujano? ¿Cómo hubiera aprendido a reconocer los órganos para no dañarlos cuando...

Ni siquiera acabó la frase. Era otra victoria. Extendió el brazo y puso el vaso para que se lo rellenara. Dio otro sorbo y antes de que volviera a la carga la detuve.

-Pero no eres cirujano... ¿Verdad?

-Pero puedo serlo, o al menos puedo intentarlo. Además, si Leonardo o Vesalio hubieran pensado como tú, el Ciático sería aún un enigma y la vesícula no existiría, ni el bazo, ni el corazón...

-¿Y existen?

-¡Vete a la mierda!

Era la primera vez que oía salir de su boca un exabrupto y no quedó mal. Pensé que entendía mi burla, que quería zanjar la cuestión... ¡Pero no!

-¿Claro que existen!

-¿Estás segura? Yo creo que existen hombres y mujeres con bazo y con vesícula...

-Las dos cosas. Yo los he visto “in situ” y flotando en botes llenos de formol.

-¡Mira a la cámara!

-Por la misma razón ¿Existe el arte? O existen dedos que pintan y manos que esculpen...

-¡Mira a la cámara! Por favor.

Seguir razonando para defender lo indefendible me pareció absurdo. Ni quería comentar mi estrechez monetaria ni mi impotencia para racionalizar el asco producido por el formol. Tampoco quise decirle que me pareció un pecado gastar un trozo de la vida metido en aquella cripta mientras reverdecía el parque bajo el sol; no quise confesar la preferencia que sentí por beber vino junto a los amigos frente a la clase de anatomía donde debía anotar, entre náuseas, si la arteria renal pasaba por encima o por debajo de la vena. Seguramente ella concluyó que abandoné porque era un vago pero no me importó. Este diálogo de besugos servía para que se aupara mentalmente y estuviera cómoda mientras conseguía lo único que necesitaba, las fotografías.

-¿Y tienes consulta?

-No. Bueno... Estoy... Cómo decirte... De pasante, pero un día la tendré.

La mano con la que sostenía el vaso tembló ligeramente. ¡Tocada! Había golpeado donde dolía. La niña no trabajaba. Defendía esas propuestas pero

luego dormía en casa. ¿El título era un adorno más, una imposición de papá? No se lo pregunté, la dejé beber y ¡Cómo tragaba la doctora! La balanza se había equilibrado. Marina creyó que iba a entrar a saco pero hice un breve silencio y ella también se calló.

-Marina... ¿Cuál es tu color preferido?

-¿Otra vez? ¿Es que hay colores? -respondió irritada- Creía que hasta el negro se ilumina dependiendo del tono que esté a su lado. ¿No es así?

¡Sorpresa! ¿También había estudiado la teoría de los colores complementarios?

-Eso... ¿Lo has leído o es cosecha propia? -Pregunté-

-Es la teoría del color ¿Sabes? Soy aficionada a la fotografía. Por eso me he dado cuenta de que te faltaba el carrete... ¡Ja! Por eso y porque el tambor no giraba.

-¡Respóndeme! Cuál es tu color preferido.

-¡Uy! Que se enfada el genio...

El güisqui empezaba a hacer efecto.

-El azul, es el azul.

-¿Qué azul?

-No sé. El azul, toooodos los azules...

-¿Y tu flor preferida?

-¿Mi flor preferida? ¡La flor perdida! ¡Vamos hombre! Déjate de tonterías. ¿Acaso me vas a pintar envuelta en una túnica azul y una rama de caléndula en las manos que lime mi gesto acíbar...

¡Maldita niña pija! Metí otro carrete y disparé una y otra vez sin hacer más comentarios. Ella variaba la postura sin pedírselo y sólo se oyeron los clics.

Cuando se acabaron las 24 exposiciones afirmé con sequedad.

-¡Se ha terminado!

-Me parece perfecto, estaba fatigada.

Se levantó y la acompañé hasta la puerta. Antes de salir añadió.

-Esperaré al jefe abajo, así ventilaré el aliento y no sabrá que he bebido. Ha sido un gozo. ¡Hazlo bien! Si me sacas fea mi padre no te perdonará y yo tampoco...

Y se fue.

Esta vez me senté yo en el sillón de mimbre. Me encontré incómodo. La corona entretejida se había impregnado de su perfume y al inhalarlo me recriminé no haber sido sincero con ella. A pesar de llevarle 20 años, la niña había dado la talla, había intentado ponerse a mi altura incluso por encima de mí. Me había equivocado. No era una pija vocacional. Pensé que Marina deseaba estar lejos de todo lo que la oprimía pero que no le resultaba fácil. Me pregunté si se había cabreado... Tal vez no había tenido la habilidad de separar la superficialidad real de la fingida ¡Jodida cría! Al menos era valiente. Se había retorcido como una culebrilla...

Revelé las fotos esa misma tarde. El exceso de conversación se notaba, eran malas. De todas, sólo una servía y eso, si lograba cerrarle la boca. Coloqué los focos, puse el gran lienzo sobre el caballete y antes de exprimir los tubos de óleo me quité los pantalones y cogí una camisa vieja. Pintar es uno de los pocos trabajos que se puede hacer en calzoncillos. Cerré las ventanas y sólo el motor del frigorífico se comió el silencio. Como

tantas veces estaba frente al blanco intimidante. Sentí otra vez la inquietud y el placer de presagiar que algo iba a surgir de la nada. Para un pintor es el momento más difícil. Atacar la nada, atreverse a romper la inexistencia. Se siente miedo y ansiedad. Es una circunstancia cruel porque nunca sabes si valdrá la pena el sufrimiento. Me temblaban los dedos, era un desafío por encima del dinero o de la fama. Hacerlo bien significaba disminuir el sentimiento de inutilidad que me torturaba. Miré la foto y allí estaba la niña de cuerpo entero. Tenía que darle peso, tenía que “hundirla” en el suelo y eso sólo se consigue jugando con las sombras. Esta vez, contra mi costumbre, no encajé con carboncillo. Perfilé directamente con amarillo diluido y el color trajo a mi mente el de las caléndulas. Marqué el tamaño de la cabeza y le di al cuerpo, no ocho, sino nueve medidas. Estilicé la silueta alargando las piernas y limé las curvas de los hombros. Luego manché el fondo con violeta y añadí carmín a las sombras. ¡El dibujo era perfecto! La silueta salía del blanco como una intuición. Las manos me dejaron de vibrar. Inspiré profundamente. Había llegado el segundo momento cruel que hay que pasar cuando se hace un cuadro. En estos instantes apetece darlo por terminado. Ahora es la indecisión la que manda. Me serví un largo vaso de vino y encendí un cigarro. Fui al retrete y el espejo me dijo que tenía la boca manchada con óleo. Llevaba la frente como un indio en pie de guerra y no sólo la cara, también los calzoncillos llevaban colorines, estaba claro que debía pintar en pelotas.

Cuando salí no me atrevía a mirar hacia el lienzo, pasé por delante de él y llegué hasta el aparato de radio. Al conectarlo salieron voces amigas que me tranquilizaron. Me sentí mejor. Luego volví a enfrentarme al destino. Mezclé azul celeste con una pizca de esmeralda y agregué un poco de blanco. Diluí la mezcla y la extendí desde el cuello hasta lo que deberían ser

los tobillos. Me gustó. -¡Toma túnica azul! -Pensé-

Luego, con ultramar, figuré varios pliegues y también me gustaron. Mis rodillas reclamaban. Eran las doce de la noche y estaba cansado. Dos diablillos internos se pusieron a discutir...

-¡Sigue, sigue! ¡Estás en racha!

-¡No hagas caso! ¡Duerme! ¡Trabajas mejor cuando has descansado!

-¡Sigue, sigue! Mañana me habré ido y serás otra vez un pintor mediocre.

-¡Duerme, duerme! Yo no te dejaré...

Limpié los pinceles. Exprimí el tubo de ocre, el siena, el carmín, el rojo y... A las cuatro de la madrugada abrí los balcones... Luego me venció el sueño.

Trabajé durante cinco días durmiendo y comiendo cuando me lo ordenaba el cuerpo. Al despertar, tras la última noche, las bombillas todavía encendidas, no pudieron contra la luz que entraba por el balcón. Las voces de la radio otra vez habían persistido pero ya no eran amigas. La desconecté y cuando fui a apagar las lámparas... ¡Allí estaba! Real, provocativa con los brazos desnudos y unas ramas de caléndula entre las manos, con su recta nariz y sus labios carnosos insinuando una sonrisa entre cínica y placentera. Sus ojos eran sus ojos y su mirada su mirada. Los pies, presionando el suelo, daban majestuosidad al conjunto que destilaba a la vez, candor y picardía.

-¿Lo ves niña? He logrado limar tu gesto acíbar... -comenté en voz alta-

Nunca había pintado así. De entre un mar de pinceladas surgía una armonía coherente. A pesar de los mil matices todo era uniformidad. El parecido no era sólo fotográfico, estaba viva, era auténtica, era ella y no sólo un retrato.

Pasé varios días mirando el cuadro, ni siquiera limpié la paleta porque, en

su caos, transmitía la misma sensación que el original. Hubiera deseado no tener comprador y quedármelo pero una tarde el cliente llamó a la puerta y esta vez acudió solo.

-¿Está terminado?

-Lo está.

-¿Puedo verlo?

-¡Puede!

Don Armando se topó con su hija. Observé su expresión. Se quitó el sombrero y lo sujetó entre las manos. Los párpados, totalmente abiertos descubrieron más claro en sus ojos. Luego, recorrió en vertical la figura y posó la mirada sobre los pies desnudos de Marina.

-¿Descalza?

-¡Sí! Para mí es... ¡como una niña descalza!

-¡Me gusta! ¡Me gusta! En verdad es bueno y eso que no entiendo mucho...

-Créame, don Armando, a ella también le gustará.

-Estoy seguro... Y no sólo a ella sino a mi mujer y a sus primas y a doña... Va a tener trabajo, mucho trabajo... ¡Ya lo verá!. ¡Sí! ¡Sí! ¡Me gusta!

-¿Vendrá Marina a verlo?

-¿Antes de su cumpleaños? ¡No! ¿Recuerda? “*El resultado será la sorpresa*”. Además... Está de viaje. Esa niña consentida se ha vuelto a esfumar ¿Sabe? Lo hace con frecuencia pero siempre vuelve. ¿Me ofrece usted un vino?

-Claro

Había una botella empezada.

-¿Y adónde ha ido?

-¡Amigo mío! Cuando Marina desaparece nadie sabe dónde está; ni cuánto tiempo estará. Sólo se sabe que tarde o temprano vuelve ¿Dónde? Estambul, Atenas, París... Espero que esta vez tenga la delicadeza de acudir

a la fiesta de su cumpleaños. Por cierto; es la semana que viene y cuento con su presencia...

-¿No es una fiesta familiar?

-Sí, pero usted casi es de la familia. Ha conseguido que la fiera esté quieta más de cinco minutos. ¡Ja! ¡Ja!

Don Armando, sin dejar de observar a su hija, volvió a tragarse el vino de un golpe. Luego, retrocedió tropezando con la mesita y vertió un bote de trementina. Sin excusarse, avanzó hacia el sofá, depositó el sombrero sobre él y dejó la copa en el suelo. Una vez sentado sacó de la cartera un talonario de cheques.

-¡Me gusta! ¡Me gusta! ¡Amigo! Suelo recompensar el trabajo bien hecho. Ahí tiene.

La cantidad era superior a la acordada pero, no me hizo ilusión, yo quería el cuadro.

-¿Y si le dijera que no lo vendo? -comenté-

-¿Qué?

-Si le dijera que deseo quedármelo...

-No se lo recomiendo ¿Recuerda lo que acordamos?

Lo recordé...

-Descuide, era una broma.

Don Armando sabía que no lo era y antes de dar opción a la discusión añadió...

-Por cierto la fiesta es de etiqueta...

-¿De etiqueta? ¿Qué quiere decir?

-Pues eso... Que debe vestir convenientemente.

-¡Pero don Armando! A los artistas se nos permite la licencia de ir como queremos ¡Por eso somos artistas! ¿No ve usted que vestir al contrario que

los demás es para nosotros norma? ¿Desconoce que los artistas somos los bufones de los señores? ¿Cómo vamos a vestir igual que ellos?

Estaba irritado. No tuve valor para insistir que quería el cuadro y eso me hizo ser grosero.

-¡Venga usted como quiera pero venga! Será suficiente que acuda limpio...

Empecé a entender a Marina. Terminada la obra era ya otro asalariado. Luego, displicente, tomó el sombrero y antes de marcharse lanzó la última orden...

-¿Cuándo lo traerá a casa?

-¿Qué?

-¡Ah! ¿No lo traerá usted?

-¿El cuadro? ¡No señor! ¡Claro que no! Yo los pinto no los transporto...

-Entonces mañana vendrán a buscarlo.

-Como quiera, pero le aconsejo que lo deje unos días. Aún está tierno...

-¿Tres serán suficientes?

-Puede...

-¡Tres! Tienen que ser suficientes.

Cerró él mismo la puerta. Miré el cheque y en verdad me sentí su obrero. Por primera vez no celebraba una venta y más, una de ese grosor. Sólo tenía tres días con sus noches para estar cerca de Marina. En otra ocasión hubiera salido a celebrar el triunfo pero me quedé mirándola hora tras hora. Esta vez no quise llamar a Alfredo, no me importaba su opinión.

Para acudir a la fiesta compré una chaqueta mostaza y un pantalón a juego. Me anudé un pañuelo y lo arrebuqué entre el cuello de la camisa. Estaba verdaderamente hortera pero ya se sabe ¡Los artistas!... Dudé de si debía llevar algo, no sé, una botella, una caja de bombones... y menos mal que no lo hice porque sino me hubiera comido tres kilos de ridículo.

El “chaletito” del padre de Marina resultó ser una jodida mansión. El servicio de portería, uniformado como para desfilas, no quería franquearme el paso. Menos mal que un adlátere de mayor grado, vestido de negro, les dijo que don Armando me había disculpado de la etiqueta.

Así, con disgusto de los “criados” pasé a un vestíbulo tipo de “Lo que el viento se llevó” El mayordomo me condujo a la biblioteca y secamente pidió que esperara. Tras unos minutos apareció don Armando tendiéndome la mano.

-¿Así visten los artistas?

-Más o menos, los hay más extravagantes, ahora que si desentono...

-¡No por favor! ¡No! Es usted muy dueño.

-¡Exacto! En realidad los artistas vestimos como queremos porque no tenemos dueño ¿No le parece?

-Puede ser... Nunca he intentado adquirir un artista.

-¿Y si lo hiciera lo enjaularía?

-¿Cómo?

-Nada, nada...

Don Armando puso cara de extrañeza y señaló la puerta añadiendo...

-Tenga la amabilidad...

El salón de baile estaba coronado por dos lámparas de araña. Pensé que debían estar bien amarradas porque, de caerse alguna, hubiera aplastado a los abueletes que, vestidos de pingüino, sostenían largas copas entre las

manos. Con sus cabellos canosos y sus ademanes pausados parecían hacer una ofrenda satánica, la verdad es que tuve que luchar para no escaparme. Entre estos venerables ancianos vi a Marina sonriente. Vestida de azul turquesa, con los hombros desnudos y la falda ahuecada, parecía una fantasía decimonónica; pero estaba bella. Se disculpó con elegancia y saliendo del grupo se acercó.

-¿Te gustan mis pintas? -me adelanté-

-¿Te gustan a ti?

-¡Sí! Aunque creo que estoy algo... Digamos disonante.

-¡Ya! Pero seguro que te encanta desafinar.

-Por supuesto, y eso que me he puesto un pañuelo muy discreto, tenía otro a lo "fauve" más irritante...

-¿Y a ti, te agrada como voy yo?

-¿Debo decir la verdad?

-¡Claro!

-¡Pues no! Me parece que has fisgado en el baúl de la abuela.

-¡En efecto! Este vestido era de mi abuela. Llevarlo es un favor que le hago a mi padre a cambio de unas facturas que llegarán pronto.

En ese momento los músicos se agruparon y a un gesto del director llenaron la sala de vals.

-¿Bailas? -me preguntó-

-No sé bailar.

-¡Es igual!

Un caballere te con granos en la cara, que parecía llevar una escoba metida por el culo, se aproximó entreabriendo las manos...

-“Señorita Marina ¿Me concede este baile?”

Uy... ¡por Dios!. -Pensé- "*Siñorita mariiiiita*" ¿me concede este baile?

Marina me entregó su copa y abrazada al pollo empezó a trazar círculos. La verdad es que no lo hacían mal. Tuve la sensación de que todos me miraban y sorbí del champagne que me supo a carmín de fresa. Cuando lo acabé no esperé al siervo que paseaba con la bandeja. Me acerqué a la mesa donde estaba el resto de los pájaros bobos y sin dirigirme a ellos saqué una botella de la cubitera ¡Dios mío! ¡Cómo se ofendieron! Las restantes copas dejé que me las pusieran. Nunca pensé que quitar trabajo pudiera sentar tan mal.

Marina volvió a mi lado pero sólo permaneció un instante; tras el estirado acudió un gordete y tras el gordete un bajito y luego un calvo... ¡Todos querían bailar con Marina! y con todos bailó ella; y lo hizo sin borrar la sonrisa aunque, entre revolución y revolución me mirara con cara de aburrimiento. Cuando llevaba media botella de "don Perignon", como si el monje me hubiera infundido valor, sentí un impulso repentino. Dejé la copa, me adentré entre los danzantes y decidí rescatar a la niña. Pagué cara la osadía. El baile siempre fue una laguna en mi formación, tal vez porque los curas decían que era pecado. Por más que me concentrara en el "un-dos" la cabeza mandaba "tres-cuatro" y cuando rozaba los zapatos de mi pareja rectificaba bruscamente para no pisarla ¡Dios mío! Parecía un flamenco cambiando la pata de apoyo. Al principio nadie se fijó pero a medida que desplegaba mis macabros pasos empezaron a cercarnos las miradas.

-¡Vamos a dejarlo! -Comenté implorante-

-¡Ah no! Hasta que no termine el vals ¡No! Es de mala educación dejar a una señorita a mitad de pieza...

-¡Marina! Te lo ruego... -volví a suplicar-

Y Marina comenzó a reír con la boca abierta mientras aceleraba el ritmo. Las revoluciones concentraron las burbujas en mi estómago y éstas, puestas de acuerdo escaparon en forma de eructo. Marina me miró y dejó de reír.

-¡Sucio!

-Perdona, la culpa es tuya. Esa es la vía más cercana pero si sigues rotándome el gas tendrá que escapar por otro sitio...

Volvió a sonreír y siguió girando a más velocidad. El jovencito empalado ocultaba la nariz tras un pañuelo que supuse perfumado. Me miraba con desprecio, diciéndome con los ojos... ¡Patán! ¿Quién será este patán? Por eso, cuando pasamos a su lado le espeté.

-¡Maricón!

-¡Uy! -Exclamó doblándose hacia atrás-

Por fin la música cesó. No solté a Marina hasta que se paró el suelo y luego, con todos, aplaudí hacia la orquesta. Tras unos segundos don Armando ascendió a una tarima.

-Señoras y señores. ¡Por favor! ¡Por favor!

La concurrencia se apiñó en silencio.

-Tal día como hoy, exactamente a esta hora, la diosa Fortuna tuvo a bien darme la mayor alegría de mi vida...

-¿Le tocó la lotería? -añadí en voz baja-

Marina me dio un codazo.

-“¡Sí! Señoras y Caballeros. Mi hija Marina, la extensión de mis genes, vino al mundo en la habitación del piso superior...

-¡Es cierto! ¡Le tocó la lotería! -volví a comentar impertinente-

Marina se apartó y dejó de mirarme.

-“Como ustedes saben mi hija se caracteriza por el don de la volatilidad...

Sonaron aplausos y risas.

-“Por eso, la he condenado a estar siempre, aunque no quiera, al lado de su padre...”

Todas las miradas se dirigieron hacia la homenajeadada.

-¡Sí! “Ya que no la veo ni en pintura...”

Dos ujieres deslizaron las cortinillas que cubrían el cuadro y allí apareció Marina descalza. Cuando arreciaron los aplausos se acercó y pasó su mano por mi cintura. Mirando al suelo balanceó la falda como si de verdad fuera tímida y entonces sentí un pellizco en el brazo. Supe que era su manera de decir que le gustaba.

No sé por qué, en esos momentos pensé que los pintores solemos ver nuestros cuadros sin “encuadernar” Pero éste, lo estaba y a conciencia. El marco era magnífico, cumplía su función. Delimitaba el retrato sin hacerse protagonista, sin comerse el lienzo, ubicándolo en el espacio para separarlo del resto del mundo. El retrato ganaba entre esas maderas repujadas y de nuevo sentí no haber podido romper el contrato.

-¿Les gusta? -gritó don Armando-

Aumentaron los aplausos

-¿Les parece bueno? Pues quiero presentarles al artífice de la obra, al artista, ¡Helo ahí! -y me señaló-

Las caras se volvieron hacia mí y Marina se apartó para aplaudirme también. Miré instintivamente alrededor y observé que el maricón se retorció de envidia. Como los halagos gustan más cuando sufre un semejante sentí más placer.

-¡He ahí al artista! -repitió don Armando-

-¡Que hable! ¡Que hable...! -Soltó un gilipollas-

-¡Que hable! ¡Que hable...!-bramaron los presentes-

¿Hablar? Rellené la copa con rapidez y la ingerí de un trago

-¡Que hable, que hable!- repetían-

-Está bien, está bien... -grité aceptando la invitación-

Me acerqué al estrado y noté que don Armando se ponía nervioso. El muy ladino reaccionó a tiempo. Con un gesto ordenó al director que empezara la música y como por resorte, ese pueblo enardecido que esperaba solícito mi verbo, se puso a girar antes de que pudiera abrir la boca. Don Armando dejó de sudar...

-No le hubieran entendido... No le hubieran entendido -Comentó-

-Pero... Si usted no sabe qué iba a decir.

-Es igual, son todos millonarios... No le hubieran entendido.

Y el cabrón me ofreció otra copa.

La gloria se había acabado. Siguió el baile y las señoronas que no podían danzar por culpa de sus grupas me rodearon haciéndome preguntas absurdas. ¿Y cómo lo pintó? ¿Y con qué? ¿Y dónde tiene el estudio?

Cuando pude liberarme me acerqué a Marina que estaba contemplando el retrato.

-¿Te gusta?

-¡Sí! Mucho.

-¿Qué es lo que más te gusta?

-No sé... Me gusta todo... Al final me colocaste la caléndula ¿eh?

-¡Claro! Para limar tu gesto acíbar...

-¡Gracioso! ¿Por qué me pintaste descalza?

-Porque no lo pude hacer desnuda...

-¿Y por qué no pudiste?

-Porque tu padre no se hubiera quedado el cuadro y porque no te logré imaginar así.

-¿Seguro?

-¿Seguro qué? Que tu padre no se quedaba el cuadro o que no te podía imaginar desnuda.

-Lo segundo.

-No. No te podía imaginar...

-De habérmelo pedido hubiera posado.

-¿Desnuda?

-¡Claro!

-Pues... Mañana mismo...

-¡No! Mañana no... Algún día, algún día posaré para ti...

Cesó el baile y empezaron a acercarse las señoras que podían transportar las nalgas y también las morenas y las rubias y tras ellas sus caballeros regordetes interesados en conocer cuánto costaba pasar a la posteridad colgado de una pared. Busqué con la mirada a Marina pero había desaparecido. No la volví a ver en toda la noche.

Hoja 49

A partir de esta hoja, numerada como la 49 se acaba el grupo aunado con el cierre de metal. Ahora siguen con numeración independiente y la letra, escrita a lápiz, es más irregular.

Las últimas semanas han sido de pesadilla. Con la cadencia de una obesa cada dos días mi estudio parecía una romería. He fingido tomar apuntes de medio cuerpo, de cuerpo entero e incluso me han encargado un retrato a partir de fotografía y careta mortuoria. Pero todo ha sido un espejismo. Las primeras damas ya apuntaron solapadamente que la calle les parecía peligrosa. Otra llegó más lejos.

-¡Dios mío! ¿Cómo tiene usted el estudio en zona tan marginal?

-Porque es céntrico señora mía, porque es céntrico y tiene “glamour”. Pero... No se inquiete. Aquí sólo hago los bocetos ¿Sabe? Tengo más talleres. Uno para los perfilados, otro para los sombreados y un tercero donde acabo la obra haciendo los retoques...

-¿Y están mejor situados?

-¡Claro!

-Entonces... ¿Por qué nos hace venir a éste?

-¡Ah! Porque siempre se comienza con los bocetos. ¿Entiende?

-¡Bueno! Pero...

Y pensé, pero muy, muy por dentro... ¡Váyase a tomar por el culo!

Un pellejo longilíneo quería que le añadiera kilos. Otra, con el bigote rasurado, deseaba que la retratara echada sobre un sofá. Me costó media hora convencerla de que, salvo desnudos, no se solían hacer retratos de “personas decentes recostadas sobre un diván”. A pesar de todo y luchando contra mi mala leche intenté contentarlas a todas.

La que se había quejado por la mala ubicación del estudio quedó encantada cuando le añadí entre las manos un hermoso ramo de adelfas. (Toda ella parecía una adelfa) La huesuda vio sus caderas redondeadas y a la bigotuda le metí tanto rosa en las mejillas que parecía una Purísima ¡Sí! Todas quedaron encantadas pero sabía que mi capacidad para sublimar no iba a durar mucho tiempo.

Lo del militar desaparecido fue más complejo. Aquella encantadora viuda quería que pintara a su difunto montando a caballo, con una espada en la mano y si era posible gritando “¡A mí la Legión!” Para esta empresa contaba con su careta mortuoria y una foto deslustrada. No me creí capaz de añadir a esa escayola un cuerpo que, a su vez, pusiera las piernas sobre un caballo enjaezado (Goya tampoco hubiera aceptado el encargo) Como la señora quedó muy triste, recordé a Alfredo y apunté la posibilidad de que otro profesional atendiera su petición, ¡y acerté! Alfredo aceptó el reto.

El muy cachondo argumentó a la viuda que el formato no debía ser grande (No contaba en ese momento con telas grandes) -“*De este modo podrá colocarlo en la cabecera de la cama, junto al Cristo de su devoción...*”-A la dama le pareció buena la idea.-

Sobre apenas un metro cuadrado copió el corcel del príncipe Baltasar Carlos, luego le “pegó” el torso del general Palafox (con sable y todo) y al final, reproduciendo fidedignamente la careta blanca la injertó “tal cual” sobre los entorchados del insigne defensor de Zaragoza. Como remate, una leyenda en letras doradas salía por la boca del espantajo: “*A mí la Legión...*”

La clienta quería denunciarlo. Exigió la cantidad dada a cuenta pero ante la negativa del autor tuvo que conformarse con recuperar la escayola de su amado.

Alfredo aprovechó el lienzo cubriéndolo con “*espirales en cadencia perpetua*” y no dio más importancia al asunto.

La ubicación de mi estudio y este numerito, propagado de boca en boca, terminó por conseguir que el picaporte golpeará a intervalos cada vez más largos.

La putada de Alfredo, la basura de la calle y la supuesta violencia que mi barrio transpira me dejaron sin clientela a pesar de que mis retratos, sin ser tan logrados como el de la “niña descalza”, eran mejores que los realizados por los académicos del lujoso pasaje central.

Todo volvía a ser normal, pero algo había cambiado. Una extraña sensación de ansiedad dominaba las horas del día y cuando apagaba la luz o cerraba los ojos la angustia se acrecentaba porque no conseguía recordar el retrato de Marina.

Hoja 50

Papel amarillo. Líneas escritas con diferente medio. La letra varía de tamaño según los párrafos.

Han pasado los días y he llamado a Marina varias veces pero en todas las ocasiones una amable voz me repite:

-“La señorita ha salido de viaje sin destino conocido”

Hoy he comprado un bastidor de las mismas medidas y quiero repetir la obra pero aún permanece blanco. ¡Es extraño! No puedo recordar las facciones de Marina. Se han esfumado, se han diluido como un terrón de azúcar en una piscina. El sillón filipino tampoco huele a ella y ha perdido el calor de su piel. Por más que lo intento sólo logro evocar unos cabellos huecos que se hacen larga melena.

Por lo menos tengo algo de dinero y antes de que también se desvanezca aprovecharé para comprar material y pagar mis deudas. Con el resto podré vegetar tres meses, tres meses que dedicaré a mirar el lienzo y esperar un milagro; poder retratar otra vez a Marina.

¡Mierda! ¡Mierda! ¡Qué me pasa!

La voz cortés repite la misma cantinela.

“La señorita Marina sigue de viaje”... “¡No! No sabemos cuando volverá” “Sí, le diré que usted ha llamado”.

Hojas de la 51 a la 56. Recuperan el formato y la caligrafía iniciales.

Hoy ha venido Germán. Germán es un latinoamericano que usa su voz cavernosa para ganarse la vida cantando en la calle con una guitarra pegada a la piel. Ocupa las esquinas ricas de la ciudad para cambiar monedas por melodías. Lo hace bien, muy bien, pero a sus 42 años es otro fracasado en busca de compañía. Tuvo una oportunidad pero el disco no se vendió. Viste chaqueta de pana que tiene mil brillos pero cuida como nueva, pantalones a juego y botas de ante. Su barba blanca es de envidia pero más codicio sus ganas interminables de ser feliz. Nació en Córdoba, en la Córdoba de Argentina, y aunque por allí no se cantan tangos le pasa lo mismo que al español con las Sevillanas, está obligado a cantarlos aunque su especialidad sean las Milongas.

Siempre que viene al estudio saquea la nevera (un día se la comerá) pero luego me regala, un “... *barrio plateado por la luna*” o un “... *caminito que el tiempo ha borrado*” y a mí me gusta, me gusta tanto que le daría la cena tres noches seguidas, lo malo es que cuando se instala no hay quien lo eche...

-“¡Sabés! ¡Está mal la calle! Siempre me dan las monedas los mismos individuos. ¿No los mandarás vos? ¿Eh?”

-Te aseguro que no.

-¡Ah compañero! La verdad es que hace unos años sentía que ganaba el pan pero hoy me da vergüenza. Ché... Parecé que me den limosna... Cualquiera día me escapo a...

-¿Adónde?

-¡Cómo qué adónde; ¡Al mío río de la plata!

Y Germán da otro mordisco mientras se nublan sus ojos recordando al “suyo Río de la Plata” y yo tengo la impresión de que jamás estuvo allí.

-¡Aguanta un poco hombre! Son malos tiempos...

-¡Ya lo sé! ¡Ya lo sé! Pero es que van pa milenios... ¡Escuchad! ¿Podría dormir acá?

No respondo.

-¡Mañana mesmo me huyo!

Sigo sin responder. La última vez que dijo eso estuvo tres semanas. Entonces vuelve a rasgar las cuerdas y es como si sacara una varita mágica.

*-“Yo nací en Montevideo,
donde se endulza la mar,
los tranvías del Reducto
que en mi infancia vi pasar...”*

-Os juro que sólo una noche...

*-“Árboles de Prado Chico,
¿Con qué duendes jugarán?
El arroyo Miguelete les da gorriones y paz...”*

Germán sabe que cuando pinto odio a los mirones, por eso se marcha a una esquina lejana. Aprovecha entonces para componer. A mí me gusta su eco ausente. Si he de ser sincero no molesta en exceso. Hasta que no dejo los pinceles permanece quieto, sin iniciar conversación. No se lo he dicho pero me gustaría tenerlo así, siempre así, como un fiel perrito inteligente que sólo se levanta cuando el dueño lo llama. Además, Germán tiene otra virtud, trae amigas a casa. Yo nunca logro seducirlas pero metido en el juego repaso citas, hago chistes, formulo sentencias y me estímulo mentalmente. Germán sí triunfa.

-¡Boliche! Si se da el caso... ¡Me dejás la cama unas horas!...

La última vez que hechizó a una mujer lo hizo, ¡cómo no! Con la guitarra.

Cantó una melodía de caramelo y, antes de terminarla acercó los labios a la oreja de Rosa...

-¿Viste mi niña? Hay palabras que debieran tener labios para ser besadas...
¿No os parecé?

La presa parecía fácil pero le salió resposdona.

-¡Sí! Es hermoso, algo así dijo Renard... ¿No?

-¡Ah! ¿Eso dijo Renard?

-Sí ¿Has leído a Renard?

-¡No! Pero por ti lo leería...

-Te dejaré el libro.

-Gracias, pero ya que está en vuestro cerebro ¿no sería más fácil que me lo pasarais envuelto en besos?...**(Risitas de complacencia)** **(No hay nada más efectivo que decirle a una mujer que, además de cerebro, tiene labios)**
Germán asestó el último golpe.

-“Que bonitos ojos tenés...”

Estaba disparado. Me fui al otro cuarto pero no abrí lo caja de los óleos. Pensé que del sofá iban a salir pronto gemidos perturbadores y me tendría que dar una vuelta ¡Pero no! Germán siguió y siguió cantando. Tras casi una hora de actuación cesó la música. Presumí que por fin la posición había sido tomada ¡Pero tampoco! El juglar apareció pidiéndome agua...

-¡Pucha! Esta necesita más días. ¡Estoy seco! No hace más que mirarme con ojos de embeleso. ¿Me prestás un dinero para llevarla a cenar?

Me reí. La intelectual quería un romance y un romance no es un polvo. Los romances precisan cenar entre velas... ¡Ja!

Cuando me quedé solo salí al patio. Todas las ventanas se habían apagado. Busqué un sonido para cambiarlo por el silbido de los oídos pero no lo encontré. Otra vez me sentí abandonado. Todos se habían ido. Me puse una

camisa limpia y salí a la calle. Anduve horas y bares hasta que las piernas me devolvieron a casa. Germán no había regresado. Me acosté y sucedió lo que creía olvidado. Unos pies descalzos, de niña mimada, me pisaron la nariz, luego las copas hicieron su efecto y más que dormir entré en coma.

Germán apareció a las dos del mediodía.

-¿Sabés hermano? La muchachita tenía casa y bien puesta por cierto...

-¡Ya! E intuyo que más cómoda que ésta ¿No?

-¡Bueno! Casi, casi... Además, no es cuestión de incomodar al amigo ¡Ya ves! Me pidió compañía y yo... ¡Cucho como gritó cuando la hice mía! ¡Creo que le gustó demasiado! Entendélo amigo, no os abandono, solo que...

Se colgó la guitarra del hombro y antes de cerrar la puerta añadió.

-Buscaros una mujer ¡ché! Con ellas todo parece menos mierda. Oírlas respirar nos consuela. A su lado parece que la vida no tiene truco. ¡Nos vemos viejo!

Al instante volvieron a llamar. Abrí sin mirar creyendo que Germán se había olvidado de algo pero era Alfredo.

-¡Sucedió! ¡Sucedió! ¡Por fin sucedió!

-¿Sucedió qué?

-¿Estas sólo?

-Sí

-Es que me he cruzado con Germán y ese nunca va solo.

-Pues no hay nadie. ¿Qué ha sucedido?

-Que me voy a Italia.

-¿A Italia?

-¡La beca! ¡La beca! Me la han dado.

-¿Sí?

-¡Como lo oyes! Por fin esos barbudos han valorado mi talento. Me han

concedido una prestación para pintar en Verona ¡Y tres meses! ¡Tres! Todo pagado, todo excepto el transporte. ¿Qué te parece?

Presentí que el transporte iba a correr de mi cuenta pero no quise anticiparme. Llené una taza con café y de inmediato otra porque sin pedir permiso me la quitó de la mano.

-¿Qué me parece? Pues, para mí una putada.-Comenté-

-¿Qué?

-Pues una putada porque supongo que tendré que encargarme de regarte las plantas, de dar la comida a la gata y de recogerte los encargos ¿No?

-¿Harás todo eso por mí?

-¡Claro! ¡Claro!

-Salgo pasado mañana y lo cierto es que...

-Que no tienes para el viaje.

-Déjame dinero a cuenta. Te lo devolveré cuando reciba la primera mensualidad.

El silencio fue asentimiento.

-¡Eres un amigo! Toma las llaves y caso de acudir algún comprador, ya sabes ¡Tú mismo! ¡Ah! Por cierto, a la gata no le des huesos de pollo se le clavan en la garganta.

Abrió un paquete de galletas y empezó a mojarlas en el café. Cuando las terminó se despidió alegre con la mitad de mi caja de ahorros. Me tumbé en la cama. Me dolía la cabeza. La resaca hacía su presencia. La soledad del patio iba a ir en aumento. Intuía que iba a añorar a ese vecino gorrón. La verdad es que era toda mi familia y ahora, tendría que refugiarme en el trabajo ¡Cabrón! Podría haberme dicho lo de la beca, hubiera solicitado otra para escaparme con él, pero total... Para tres meses y en Verona...

Hojas de la 57 a la 71. Similares características sólo que algunas apenas contienen tres o cuatro párrafos.

Al sexto día de la partida de Alfredo me animó un proyecto. En el periódico vi la convocatoria del cuarto premio Isabel de Portugal. Trescientas mil pesetas, accésit de ciento cincuenta mil y una mención de cincuenta. Con el segundo me conformaba pero... ¡Qué coño! ¡A por el grande! ¡Iba a ser mío! Algo me decía que sí.

Medidas mínimas 120 por 60, máximas sin límite. Ya tenía lienzo. No pudiendo resucitar a Marina decidí emplear el que había reservado para ese sueño. Comencé a gestar ideas. Fui a la biblioteca y me documenté sobre la tal Isabel. Me enteré de cuántas Isabeles había; Isabel I, II, Isabel de Aragón, otra que fue Santa, Isabel de Hungría, dos Isabeles de Portugal, Isabel de Farnesio...

El concurso se refería a la del milagro de las rosas pero entre tanta Isabel no saqué nada en claro ¡Era igual! Nadie sabe el aspecto que tenía Isabel. El cuadro era lo importante. La obra debía expresar algo ¿Pero qué? Y lo peor ¿Qué técnica emplear? Óleo ¡Claro! Tras horas de pensar me desanimé.

-¿No sabes que estos premios están dados? -pensé- ¡Sí! Pero al menos verán mi firma y eso es un paso. ¡Ya está! ¡Un desnudo! ¡No! El Jurado será mojigato y a esos viejos la santidad con el desnudo les suena a blasfemia.

Pasé tres días ensuciando telas. Las ideas surgían con fuerza pero al madurar se convertían en gelatina. Los músculos, quemando energía, terminaban por socarrar las imágenes y tras éstas aparecían otras que seguían el mismo destino. No sabía qué pintar, no sabía por dónde salir y cuando esto sucede la única solución es huir, caminar sin destino, mirar lo

que nunca se ve. ¡Es cierto! Vagar y analizar lo que habitualmente no se observa añade un sentido de aventura a lo cotidiano, se obtiene el mismo beneficio que cuando se viaja a un lugar desconocido. Así lo hice y acerté porque el destino me brindó un motivo de inspiración.

En la cercana plaza donde se derrocha dinero para iluminar una fuente encontré parte de mi futuro cuadro. Observé que los transeúntes evitaban un bulto tendido sobre unas rejillas de ventilación. La gente pasaba mirando ese abrigo raído y lo circunvalaban con gesto de asco. Yo hice lo mismo pero tras alejarme unos metros sentí vergüenza. ¡Es una persona! -me dije- ¡Es un ser humano! Sucio, maloliente y asqueroso pero un ser humano y aquí nadie hace caso, a nadie le importa saber si está vivo o muerto, borracho o en coma... ¡No es una oveja ni un perro! Venciendo ese absurdo sentido del ridículo que nos obliga a hacer lo mismo que los demás me acerqué al bulto. Todos me miraron aludidos pero nadie se sumó a mi gesto. Lo toqué y no se movió. Lo zarandé y entonces, entre un hedor insoportable, el cuerpo se erguió sentándose como un indio.

-¡Que no voy, jodez... que no voy!

Le reconocí. Era el Lenin, un mendigo famoso por su parecido con el dirigente comunista. Calva frontal, melena desde el occipucio a los hombros, ojos rasgados y perilla de cabra.

-¡Que no voy, jodez...! ¡Que no voy! -repetía-

En el barrio, el Lenin era famoso pero no querido. Aparte de su olor era odiado porque la gente le atribuía el hecho de que la calle no estuviera empedrada. Curioso ¿No? El pobre Lenin era el culpable porque, en la boda de un concejal, cuando la novia salía bajo la lluvia de arroz, se le acercó poniendo las manos rezos, inclinó la cabeza y ululó burlonamente como si gimiera una oración... Hasta aquí la ofensa era soportable pero a

renglón seguido abandonó esa actitud monacal y doblando los codos en ángulo recto empezó a menear el culo. Simulaba estar follando. La gente se desternillaba. El concejal se puso rojo, no sabía qué hacer, intentó pegarle con los guantes, los fotógrafos immortalizaron la escena y ¡cómo no! Aparecieron sendos guardias que le retiraron hasta un patio de donde salió sangrando por la nariz. Desde entonces el barrio pareció no entrar en los planes de urbanismo y todavía le culpan de que la calle esté asfaltada mientras las adyacentes gozan de un adoquinado señorial. Por ésta y por otras razones el Lenin había trasladado su “oficina” al centro y ahora pedía cerca de los lujosos edificios. Pobre Lenin, estoy seguro de que no pretendió ofender y menos perjudicar la pavimentación de la barriada. Él, en su mundo, quiso deslindar el acto matrimonial puro, eclesiástico y sacramental del carnal, báquico y lúbrico. Pero nadie le entendió.

-¡No voy, jodez, no voy!

-¡Lenin! ¿Estás bien?

El Lenin intentó alzar los párpados pero no le respondieron. Apeataba a vino y el cuello no le sujetaba la cabeza.

-No voy, jodez... ¡No voy!

Un alma caritativa que no había tenido valor para acercarse cumplió con el cívico deber de llamar a “la municipal”. Cuando el policía se acercó el borracho pareció ventearlo, se levantó sacando fuerzas, no sé de donde, y una vez en pie vació todo el vino que llevaba en las tripas. Yo, que ante las arcadas premonitorias intuí el accidente, me aparté a tiempo pero el agente, con menos reflejos, tuvo que disimular el asco de ver sus botas con potas.

-Eztoy bien gracias... Eztoy bien...

-¿Conoce usted a este hombre? -preguntó la autoridad-

El Lenin, más despejado, abrió los párpados y con suficiencia se me quedó

mirando.

-No le había vizto nuncaaaa...

-¡No le hablo a usted! -bramó el guardia- ¿Le conoce?

Sin saber por qué hice un gesto afirmativo.

-¿Es amigo suyo?

-Sí.

-¿Sabe dónde vive?

-Vive conmigo...

El pordiosero se balanceó poniendo cara de incrédulo.

-¡Cozño! ¿Vifvo contigo? Jiiii... ¿Vifvo con él?

Dos veces las rodillas presagiaron que iba a sentarse de nuevo pero como un toro que no quiere doblar se mantuvo firme inspirando ruidosamente.

-¿Va con usted o no?

-Sí

-Vizvo con él... vizvo con él... Pozque al albergue no voy...

Tras unos minutos las narices se negaron a mandar más asco al cerebro y el olor se hizo soportable. La gente, arremolinada, seguía la escena de lejos. El Lenin recuperó la vertical y ya sin oscilar comentó con dignidad postiza.

-¡Agente! ¡Zoy diabético! Me ha dado un mareo, sólo un mareo... Ya estoy bien, muchas graziaz...

-Si va con usted le ruego que circulen, si no es así tendré que llevarle al albergue.

-¡Al albergue no voy que dan hoztias!

-¡Circulen por favor!

El teatro callejero estaba lleno. Al menos cuatro filas. Si en ese momento el Lenin hubiera ladrado a los mirones éstos hubieran huido en estampida. Me imaginé la escena y me entró una risa cortada. El policía se impacientó.

-¿De que se ríe usted? La cosa no tiene gracia...

-Tiene razón agente, tiene razón... -respondí como pude-

El “compañero”, cada vez más lúcido, se vio sin remisión en el albergue y antes de que fuera tarde alzó el brazo pasándolo sobre mi hombro.

-¡Vámonoz! ¡A casita! ¿Eh? ¡Graciaz agente! Me voy con mi amigo...

Nos pusimos a caminar si se puede llamar caminar a dar dos pasos de lado y uno de frente. La gente nos miraba pero no sentí escrúpulos, al contrario, reconocí algunas caras y me complació rozarles con la bayeta sucia cuando se tapaban la nariz a nuestro paso. De haber llevado suficiente dinero nos hubiéramos metido en el restaurante desde donde nos observaban como si fuéramos saltamontes ¡Sí! Les hubiéramos jodido la cena.

Cuando llegamos al estudio el Lenin no pudo más. Se desparramó sobre el suelo y así, sentado, se quedó dormido con las piernas en tijera. No me atreví a despertarle. Coloqué frente a él un caballete, saqué de la caja los tierras y empecé a pintarlo. Al cabo de tres horas el tío seguía en la misma postura. Era mejor que una fotografía. Parecía una escayola manchada. Ya tenía uno de mis pobres para el cuadro. ¿Santa con mendigo? ¡Perfecto! Ocre contra azul, suciedad contra pureza, belleza frente a inmundicia...

Repentinamente el Lenin abrió un ojo.

-¿Tienes vino?

-¡Claro!

-¡Dame!

Saqué una botella descorchada y cuando iba a llenarle un vaso protestó.

-¡Tráela!

Sin variar la postura se metió medio litro de un trago, luego eructó y guardándola entre las piernas volvió a quedarse dormido.

Aproveché antes de que pidiera otra y di los últimos retoques. El Lenin no volvió a despertarse.

A la mañana siguiente la nariz, otra vez desacostumbrada, volvió a protestar. ¡Cómo olía el cabrón! Se había recostado del lado derecho y la botella, ya vacía, pendía de su boca como el biberón de un crío.

-¡Lenin! ¡Lenin!

-¿Eh? ¡Qué paza! ¿Quién eres? ¿Dónde eztoy?

-Estás en mi casa.

Miró a su alrededor y añadió

-¡Ya! ¿Tienes vino?

-¡Sí! Pero no te doy una gota hasta que no te laves.

La propuesta consiguió levantar al harapiento que con un bufido articuló.

-¡Vete a tomar “por culo”! ¿Lavarme? Que se lave tu padre. ¿Dónde está la puerta?

-¡Espera un momento! ¿Quieres comer algo?

-¿Tienes vino o no?

-¡No sé!

-¿No sabes? ¿Dónde está la puerta?

-¡Espera! ¡Toma esto!

Le di quinientas pesetas. Las cogió como si se las debiera de toda la vida. No dio las gracias pero tampoco necesitaba hacerlo, era su sueldo, había posado toda la noche para mí. Luego se marchó sin despedirse.

El olor acre, mezcla de fósforo y amoníaco, duró varios días. Cada vez que miraba al Lenin sentado en la parte derecha del cuadro la vista animaba al olfato y parecía que no se había marchado. Durante un tiempo volví a fumar en pipa.

Hoja 72

No fue difícil “fusilar” una figura angelicalmente femenina. Disimulando su procedencia añadí al lienzo una dama espigada que cariñosa dirigía la mirada al asqueroso mendigo. Pero... ¡No me gustó! El cuadro se caía hacia la derecha. El Lenin pesaba más que la dulzura. Él era auténtico y la “Santa” artificial. Los ocres, sienas y violetas podían con los tonos azules. Tenía que equilibrarlo pero... ¿Cómo? En la calle se encuentran “Lénines” no “Isabeles” Si hubiera podido pintar a Marina tal vez se hubiera dado el perfecto contrapunto. La miseria adversus la riqueza, la belleza rivalizando contra la fealdad, la candidez frente a la malicia, pero no fue posible. Mandé así el cuadro y tragándome el cuento del anonimato usé como plica la de “Contrapunto”

Ese año el jurado decidió el premio en seis horas. El Instituto siempre hace el truco de comprar “una firma” a bajo precio. El autor, buscando expediente, acepta sin reparos que su obra se convierta en una ganga. Los dos accésit fueron para pinceles extranjeros y mi obra ni fue seleccionada para la exposición. Sólo con eso me hubiera conformado.

Me llevé el cuadro a casa y lo corté separando al Lenin de Santa Isabel. Sobre ella pinté una naturaleza muerta aprovechando como fondo la cortina que pendía de unos arcos marmóreos. Al indigente lo indulté, le puse un marco y lo colgué.

Intenté minimizar el fracaso y febrilmente me puse a leer todo lo que caía en mis manos. Cuando pasaron los días tuve que admitirlo ¡El cuadro no

era bueno! ¿Por qué mi empeño en querer ser pintor si la naturaleza no me ha ungido para serlo? Dejé los pinceles. Sólo quería ser pintor pero dejé de pintar. Asumí mi mediocridad y antes de entrar en la depresión viví un tiempo aferrado a la idea de ser un incomprendido. Algún día estallaría. Algún día todo lo que llevaba saldría a borbotones y entonces, todos los que me habían despreciado se darían con los cuernos en el suelo pidiendo mi firma, pero ahora ¡Ya estaba bien!

Resistí hasta las últimas mil pesetas. Luego pedí prestado y cuando se acabó compré a cuenta hasta que las tiendas me volvieron también la espalda. Busqué trabajo pero, o físicamente no lo podía soportar o si era cómodo no querían “viejos”. Pensé que terminaría compartiendo mesa con el Lenin y cuando le imaginé tragando a mi lado preferí una cuerda en el cuello.

Lo pensé pero no tenía huevos para ahorcarme. El único que me podía ayudar estaba en Verona. Con Alfredo el fracaso hubiera sido circunstancial, o al menos compartido, pero así quedé inerme, sin recursos y echado en la cama esperé morir por inanición o aburrimiento.

Sólo podía salvarme un milagro... ¡Y surgió! Aunque tópico y manido, surgió el milagro... ¡Bueno! Casi... casi un milagro.

Más que llamar, aporrearon la puerta. Me sobresalté. No encendí la luz porque la que se filtraba desde la escalera era suficiente para preguntar desde el interior.

-¿Quién es?

-¿Es usted el pintor?

-Sí. ¿Quién llama?

-¿Acepta encargos?

Como si hubiera escuchado un “ábrete Sésamo” tiré del cerrojo sin reparar que estaba medio desnudo.

-Depende de lo que quiera encargarme. Pero pase... Pase y discúlpeme un instante.

El hombre se quedó en el recibidor. Yo desaparecí para ponerme los pantalones y cuando volví le pregunté.

-¿Qué es lo que quiere? Un retrato, un bodegón...

-¡No!

-¿Un paisaje?

-Quiero una escalera.

-¿Una escalera? ¿Quiere que le deje una escalera?

-Quiero que pinte la escalera de una casa de seis pisos.

El orgullo, la dignidad, la autoestima son cualidades que sólo tienen cabida en una piel bien nutrida. El alma las reconoce siempre que no esté haciendo las maletas a causa del hambre. Mi orgullo, mi dignidad, mi autoestima se quedaron agazapadas en el estómago vacío y entendí que sólo podría hacerlas salir si las desplazaba con comida, así que acepté. Pedí un adelanto para comprar “útiles” y éstos fueron dos barras de pan, un queso, una

docena de huevos y varias botellas de vino.

Cuando los “útiles” fueron historia resurgieron las cualidades del alma y me sentí muy desgraciado. Mi arte había tocado fondo pero me consolé pensando que al menos no debería practicar la sucustrupación (*) para sobrevivir.

Intenté ser optimista, pensé que nunca había explorado mis posibilidades sobre “grandes superficies” y ésta era una buena oportunidad. Me repetí que el encargo era un trabajo digno, que todos los trabajos son dignos, que el hombre ha nacido para trabajar. Al fin y al cabo el cartel del patio solo especificaba “Pintor”. ¿Cómo podía saber a qué clase de pintura se refería? Además, la actividad se relacionaba con lo que era mi pasión y aunque conceptualmente fueran diferentes... La verdad es que lloré mucho pero lo hice con el estómago lleno.

Las paredes del patio eran, en efecto, una “gran superficie” El tema: *“cubrir la mugre almacenada desde que le dieron la última mano”*. La técnica: *“amplias pinceladas con brocha plana y pincel del 16 para el acabado fino”*. Todo a dos manos. No podía consolarme. Al menos iba a hacer muñeca, músculo y ejercicio. Sin embargo, cuando llegué al tercer rellano el ánimo se templó. A medida que aparecía la luz sobre el oscuro carbón fui sintiendo algo desconocido. Descubrí el placer de no pensar; me aislaba completamente y como un autómatas, mientras le daba arriba y abajo podía trasladarme imaginariamente a otros sitios.

(*) Nota del recopilador: Debe referirse el autor a practicar como súcubo el acto amoroso. A ser sodomizado.

Por las noches tampoco me asaltaban pensamientos angustiosos, caía sobre las sábanas anestesiado ¡Sí! Esos días aprecié la simplicidad del trabajo físico. Valoré la dulzura de un bocadillo, a media mañana, “arreado” por media botella de vino. Aprecié la sustancialidad de existir sin torturarse por las proporciones o la perspectiva... ¡Sólo los locos van detrás del arte! ¿No es más rentable vivir así? Únicamente vivir, comiendo, roncando...

Pero el ser humano no cambia por muchos metros que cubra con pintura y al final surgieron otra vez las inquietudes... ¿Por qué no mezclar genio con oficio? ¿Por qué no añadir arte al trabajo?

Preparé unas plantillas de cartón, recorté sobre ellas unos adornos de guirnaldas y repasé la técnica del fresco. Fuera de horario, decoré con angelotes rechonchos los casetones del artesanado. Luego añadí a la bóveda central dos Sibilas rodeadas por más críos buchones que, ingrátidos, parecían mear sobre el patio. Como remate plasmé una quadriga tirada por desbocados corceles y decoré los cristales con cuadros azules y rojos ¡Por fin! Firmé con fecha sobre la puerta y discretamente adherí mi dirección de contacto ¡Hermoso! ¡Había quedado hermoso!... ¡Sí señor!

Cuando el casero vio mi obra exclamó atónito...

-¿Pero qué cojones es esto? ¿No le había pedido que todo en azul? ¿Quién le ha dado licencia para...? ¡Madre de Dios! ¿Y esos caballos? Si dan miedo ¡Bórrelos! ¡Bórrelo todo!

Y ordenó que sumergiera mis joyas bajo un mar uniforme porque, según él, a ningún vecino le gustaban los angelotes, ni sus colicas colgantes, ni sus glúteos rosados y menos las serias Sibilas.

Tuve que aceptar las condiciones o me quedaba sin cobrar. Fracasar era lo mío pero nunca hasta ese punto. La depresión se agravó. Había renunciado a reproducirme, a una carrera estable, a un oficio; había apostado por ser pintor, nada deseaba excepto ser pintor y ahora todo estaba acabado.

Esa noche apreté con fuerza una gavilla de pinceles, los estrujé esperando que me transmitieran ánimo pero estaban muertos. Toqué el óleo para sentir su untuosidad pero estaba seco. El aguarrás no olía, se había evaporado...

Tenía que escapar, tenía que marcharme, no sabía dónde, pero debía viajar ¿Viajar? ¡Sí! ¿Por qué no? Pero viajar sin vuelta, viajar de un golpe...

Hoja 75 (A lápiz y con líneas descendentes)

Han pasado tres semanas desde la tragedia de la escalera. Me quedo en la cama y apenas me levanto. Escribir, es lo único que hago. Cuando traslado lo que me pasa a la punta del lápiz siento como si conversara con alguien. Suaviza mi dolor. Me miro en el espejo y no me reconozco. Tengo la barba rala con lagunas blancas y estoy ojeroso. He adelgazado. Hace una semana que no pruebo el vino y no debo ser alcohólico porque no veo bichos (si viera alguno me lo comería) Tengo mucha hambre pero quiero dejarme morir. Alguien me encontrará, percibirá mi olor y entonces saldré en los periódicos ¡Que se joda la sociedad!... ¿Pero la sociedad se joderá? ¡Y un huevo! (Hasta escribir la palabra “huevo” me abre el apetito) A la sociedad le importará poco que muera de inanición. Lo único que harán será retirar mis tripas cuando su hedor moleste en exceso...

Me dan mareos, me canso al mínimo esfuerzo y sudo aunque no haga calor. Nadie leerá estas hojas. Cuando presienta cercano el final las quemaré, éstas y todas las demás ¡En fin! Estoy deseando desaparecer.

Repaso las líneas da la sensación de que las escribe alguien que está de broma. Quiero expresar mi angustia y dan risa ¿Acaso pretendías saber escribir? ¡Fracasado!

¿Cómo estaré muerto? ¿Verde? He visto muertos verdes. Una vez vi un cadáver, lo estaban sacando del río y estaba verde e hinchado. Recuerdo que tenía los genitales como botos ¿Yo también me hincharé? Siento vergüenza al pensar que pueden encontrarme desnudo, por eso me pongo el pijama; estoy todo el día en pijama. Además no tengo con qué lavar la ropa.

Sigo dormitando. Curiosamente ya no siento hambre. Si quiero acabar pronto tendré que dejar el agua pero si lo hago, me huele la boca a acetona y no puedo dormir.

¿Dormir? Creo que no duermo. Más bien recorro con el pensamiento lo vivido. Intento encontrar recuerdos felices pero son todos bochornosos ¿Es que no he hecho nada bien? ¿Dónde están los buenos momentos? Cuando los viví creí guardarlos en la recámara para que me ayudaran pero no aparecen. Sólo acuden las bofetadas nunca los besos, los reproches no las caricias. ¿Por qué únicamente reviven los engaños? ¿Por qué sólo acuden los amigos que me olvidaron? Todo está negro... (*)

Ayer estuve a punto de tragar aguarrás pero recordé un artículo en el que explicaban que la muerte es lenta y entre grandes dolores...

Los vahídos son más frecuentes. Cuando escribo me duele la cabeza. Tampoco tengo tabaco. Es curioso, voy a dejar de fumar cuando menos necesito la salud. Si estuviera Alfredo me ayudaría a terminar. No tengo redaños para cortarme las venas, si lo hago saldré huyendo a pedir ayuda y entonces volveré a ser el bufón de todos. Dirán que ni siquiera he sabido darme muerte. ¿Dirán eso? ¡Sí! Y también que no sólo soy un fracasado sino un cobarde.

(*) Nota del recopilador: El manuscrito es ahora ilegible. Unas seis líneas se encuentran tachadas con lápiz. Aunque lo que sigue parece estar escrito en otra unidad de tiempo continúa en el mismo folio y así se transcribe.

Ahora entiendo para qué sirve la amistad. Siempre la rehuí, la sacrificué también por la pintura. Creyéndome tocado por el destino no había sitio para nadie, me molestaba todo el mundo. Pero es igual; la amistad tampoco se cultiva para ser cosechada. La amistad es desinteresada, ignoro la razón, pero no tengo amigos, ahora debo cargar con mi soledad hasta el final... ¡Marina! ¿Dónde estás? Me gustaría verte, me gustaría creer en la transmisión del pensamiento, me gustaría morir en tus manos... Nunca te lo dije pero has sido lo único bueno que he sabido hacer en este oficio. Haberte pintado vale una vida, justifica mi vida...

*Todo amor es fantasía; él inventa el año, el día,
la hora y su melodía; inventa el amante; y más
la amada. Contra el amor, no prueba nada, que la amada no haya existido. (*)*

En la circunferencia, el principio y el fin coinciden ()*

El que no sabe amar no sabe morir ()*

(*) Notas del recopilador: El verso y las frases en cursiva constan en el folio referido tal y como se transcriben. El verso es de Antonio Machado pero tras “existido” debería seguir la palabra “jamás”: *No prueba nada/ contra el Amor, que la amada/ no haya existido jamás*. Desconocía la autoría de la primera cita pero un buen amigo me ha referido que puede ser atribuida a Heráclito de Éfeso filósofo griego de siglo VI A.C. La última es de H. de Livry. En adelante y a pesar del corte argumental la numeración sigue siendo correlativa. ¿Qué sucedió? ¿Cómo salió el autor de ese estado? He buscado entre el resto de los escritos pero ninguno tiene continuidad desde este punto. He investigado en los archivos de la Policía local, del Hospital Provincial y otras dependencias públicas y en ninguna consta ayuda o atención dirigida a personas con esta dirección. Tampoco el párroco de la Iglesia cercana, ni su antecesor, tienen constancia o recuerdan haber prestado auxilio a alguien con este domicilio.

Hojas 78, 79, 80 y 81

Alfredo ha vuelto de Verona ¡Cuánto le necesitaba! Ha adelgazado, jamás pensé que Alfredo pudiera adelgazar. Me ha traído una chaqueta de ante con coderas y varias fotografías de la academia donde estudió. Es un torbellino...

-¡Verás! Cuando llegué a Verona... ¡Qué casa me habían alquilado! Imagínate un palacete medieval. Pensé que me iba a topar con Romeo escalando... El caso es que tras ocupar mis aposentos salí al jardín ¿Sabes qué encontré? Pues muros centenarios, puertas gruesas, arcos de medio punto, estanques tapizados con pan de rana. En fin... ¡todo naturaleza! ¡Como a mí me gusta! Te aseguro que recordé nuestro patio pero no se parecía en nada. ¿Qué quieres que te diga? Me quedé prendado. Aunque... ¡Esa noche casi no duermo! Además del frío los sapos cabrones no me dejaban pegar ojo. Con todo... ¡Magnífico! Tendrías que haber visto la luna moviéndose entre los arbustos y las bandadas de estorninos formando manchas crepitantes dentro de los muros... ¿La casa? ¡Señorial! Cuartos mayores que tu estudio, eso sí, con goteras que dibujaban en los artesonados frescos surrealistas... ¡Una maravilla! Deshice la maleta y al día siguiente me presenté frente al director de la academia. Le enseñé mi *“Espiral ortodrómica, siena sobre negro”* y se quedó petrificado. -¡Bellísimo! ¡Bellísimo!.. El tío se levanta, sale del cuarto y vuelve con otro cuadro. Le da la vuelta y ¡Hostia! *“Espiral ortodrómica, negro sobre siena”* Otra espiral igual que la mía pero en negativo ¡Alguien hacía lo mismo! Tuve miedo ¿Sabes? Los dos, a tanta distancia, sin conocernos y los dos con la misma inspiración ¡Vaya putada! Aquí soy original pero allí... Me quedé sin recursos. El director guardó las espirales y se me encaró... -¿Y una otra obra que ver amigo? No llevaba más. Salí del despacho, fui a la residencia, monté

el caballete y usando acrílicos de secado rápido, volví a las pocas horas con trozos de tapia en el lienzo... *-¡Bellísimo! ¡Piu crebile!...* ¡Le encantó! ¡Ya lo creo que le encantó! *-¡Bellísimo! ¡Piu crebile!...* O algo así comentó mientras estiraba los brazos para ver de lejos el cuadro. Ese día ya no me dejó marchar. Me presentó al subdirector, a la secretaria y me preguntó si estaba a gusto en el alojamiento; hasta me apuntó con discreción si precisaba dinero... ¿No te has bebido el vino joven? ¡Buen chico! Pero ahora estará avinagrado ¿Has vendido algo por mí? ¡Es igual! Ha nacido otro Alfredo. ¡A la mierda los dólmenes! Ya he decidido ser paisajista. Todo lo que haga está vendido... ¿Quieres vino?

No quería vino. Quería contarle lo que me había pasado, el hambre, el desprecio, el fracaso, pero le vi tan alegre que me abstuve de manchar su felicidad. Alfredo deambuló por su estudio como si estuviera abrazándolo. Dio cuerda al reloj Victoriano, arrastró con la mano el polvo que cubría la mesa ajedrezada y llenó un cubo con agua para regar las macetas...

-He estado fuera mucho tiempo. No sabes cómo añoraba estas paredes. A pesar de la magnificencia de mi palacete necesitaba estos desconchones. ¡Sí! Necesitaba respirar la humedad de mi establo ¿Dónde está la gata? Supongo que jodiendo ¿No? ¡Bien! Que llene todo de gatitos... ¿Y tu? ¿Cómo estás?

Por un momento pensó en mí. Pero no me dejó intervenir.

-Podría haberme quedado dos años... Pero estos ladrillos han podido más que el mármol ¡Claro! Las raíces son las raíces... Te iba a escribir pero no

tuve un minuto libre... ¡Bueno! Alguno tuve pero... ¿Ya te imaginas como son las italianas?... ¡Abre la botella ya!

Esa noche mi patio volvía a estar encendido. Las bombillas del estudio de Alfredo lo iluminaban desde abajo comiéndose la negrura. Un Wagner a todo volumen turbó el silencio. Alfredo había triunfado, estaba alegre. Sentí envidia, pero de esa que produce placer. Me avergoncé de haber pensado que, tras sus espirales, no había talento y me quedé en el balcón hasta que se retiró el “coro de las Valquirias” Cuando cerré los postigos escuché un ruido que sonó a vidrios rotos. El cabrón había cogido una buena borrachera...

A la mañana siguiente el portalón de Alfredo no chirrió. Le esperé en el bar pero no vino, debía pesarle la cabeza. No le vi en todo la mañana. Al mediodía tampoco oí el golpeteo de su martillo ¡Vaya toña! Aún debía estar durmiendo. Sólo se escuchaba el maullido de la gata. Por la tarde acudí para devolverle la llave, golpeé con el picaporte pero no contestó ¿Se había marchado? Llamé gritando. No había nadie. Entré y el suelo embaldosado onduló. La gata se arqueó en un bufido, levanté los ojos y vi dos rodillas, una bragueta mojada y dos manos colgando abiertas como estrellas de mar. Arriba, la cabeza, ladeada, rebosaba espuma por la boca y sus ojos, abiertos, parecían reírse de mi sorpresa.

La gata volvió a maullar, le di una patada y chocó contra una silla. Los zapatos de Alfredo me golpearon la frente y el cuerpo, como un pesado péndulo, osciló levemente. No supe qué hacer. Cogí una botella, la golpeé contra el suelo y me arrodillé para beber hasta notar el sabor dulzón de la sangre. Luego deseé confundirme con el polvo esperando que todo fuera irreal. Cuando pasaron unos minutos llamé a la policía...

Hoja 82

Alfredo no había triunfado. Le expulsaron de la academia al segundo día de su llegada. Había escupido en un lienzo que estaba terminando el “Gran Maestro”. Calificó su pintura de decadente y cuando le conminaron a que empezara “haciendo paleta” derramó el tubo de blanco sobre el bodegón que servía de modelo.

Había estado vagando por los reductos más infectos de la ciudad, incluso durmió al raso hasta que, detenido, fue conducido a la embajada y de aquí deportado con “billete gratuito”

Alfredo estaba harto. Había tenido cojones para hacer lo que yo no hice, me había mandado a tomar por el culo. Nos había mandado a todos. ¡Sí! A todos. Supe lo que realmente pasó porque, antes de que el juez precintara el recinto, encontré la libreta que había usado como diario de viaje. Arranqué las hojas escritas y ocultándolas me las llevé en el bolsillo. (*)

Ese loco era lo único que me quedaba. Con él soportaba mi fracaso pero ahora el mundo se había hundido.

(*) Nota del recopilador: En efecto, cinco hojas de papel cuadriculado figuran entre estos folios. Son hojas manuscritas y deterioradas. Sólo una de ellas contiene texto por ambas caras. Sin fecha ni referencia numérica que las ordene se exponen, a continuación, según la sucesión que parece más lógica.

HOJA 83 Sin fecha y con tres dobleces.

El viaje bien. Algo de frío. Casi me hago con los favores de una pasajera. De la estación a casa. Un poco más y no la encuentro.

El cuartucho donde me han alojado tiene tres metros por dos. He estado en mejores calabozos. El techo cruje bajo los pasos del vecino y por un ventanuco sólo veo tejados morenos sosteniendo chimeneas quebradas

Me da la impresión de estar mirando la calva morena de todas las ciudades viejas. ()*

Ayer fui a la “Academia de Bellas Artes” pero aquí a cualquier cosa llaman “Bellas Artes”. Estos capullos siguen adorando a Rafael, siguen pensando que las manos tienen que tener cinco dedos y si dibujo seis, el señor profesor me dice que aprenda primero a dar volumen, que ya modificaré la anatomía humana cuando la conozca.

Llevo diez días dibujando manos ¡Joder! Cuánto añoro mis cuadros.

Verona es un pueblo. A las diez no sale a la calle ni el sereno. ¿Cómo puede la Diputación becar a alguien para que venga a este villorrio?

Me tengo que acostar pronto porque si paso del cupo pago yo la luz.

Escribir mañana a casa...

HOJA 84 Sin fecha y escrita por las dos caras. En el anverso tres manchas hacen difícil la lectura de dos líneas.

Querido amigo: Estoy intentando arreglar mi situación pero lo tengo mal... El vino es asqueroso y no lo noto hasta la segunda botella. No le he cogido el tino y creo que, en parte, ha sido el causante de mi desgracia... Te cuento: Hace dos semanas “Il capo di capi” me pidió opinión sobre un cuadro.

(*) (Nota del recopilador: A continuación sigue una frase ilegible por estar borrada casi en

su totalidad)

Era el desnudo de una regordeta tumbada sobre un sofá. Dos rosas, que no venían a cuento, ocultaban púdicamente sus pezones y un perrito faldero, colocado sobre del pubis, hacía la vez de braga-censura. El dibujo era perfecto pero el “tocinito” bizqueaba. El óleo estaba todavía fresco y no encontré palabras para describir el asco que sentí ante esa mierda. Como no hablo italiano, pensé que escupiendo me entenderían, y eso hice pero resultó que el autor era el mismísimo señor director...

El jefe, como el que intenta apagar un fuego, cogió el primer trapo que tenía a mano y limpió el salivazo, con tan mala suerte que, engancho uno mojado en aguarrás emborronó el mentón del esperpento ¡Se puso! Gritaba como una niñera que ha perdido al crío. Parecía una cantante de opereta bufa antes de ser lapidada. Gritos, gestos, más gritos, vueltas y vueltas. Durante unos segundos el alumnado pudo contener la risa pero luego empezó a descojonarse. Yo también me reía y para más leches añadí...”tropo vero” “tropo vero” Antes de que viniera el bedel me marché. Al día siguiente no me dejaron entrar y cuando volví a la pensión el casero me hizo saber con gestos que... ¡A la puta calle! Pasé la noche en el paseo y que frío hacía.

HOJA 85 También sin fecha. Rota por su parte media sustrayendo el inicio de algunas frases.

He encontrado una pensión cerca del río. Tengo dinero para pagar dos noches y llevo siete. El dueño no parece muy fuerte pero tiene un hijo musculoso. Además, si esta noche ceno me desmayaré...

Me he afeitado y me he puesto la única camisa limpia que tengo. ¡Voy a buscar pasta! En cuanto la consiga vuelvo a casa. ¡Ánimo Alfredo! Verona es tuya...

HOJA 86

Estos italianos son unos cabrones. Le he pedido un bocadillo a un tasquero y debo llevar malas pintas porque no me ha atendido. Cuando protesté, va al borde, sale de la barra y ayudado por otros dos mastuerzos me tiran a la calle. Les he dicho que soy español, que me han robado, que soy pintor y ellos sólo repetían “pintore” “pintore” ”merda spagnolo”

Creí que éramos amigos de los italianos. Lo de la Independencia ¿no fue contra los Franceses? No sé qué hacer. Estoy muy jodido.

HOJA 87

Los hombres escriben cuando están solos o cuando empiezan a enloquecer. A mí me pasan las dos cosas. Al principio hablaba en voz alta pero el sonido se extingue sin consolar. No me importaría morir pero a estos bordes no les quiero dejar ni mis restos, no abonarán su tierra con mis gusanos. Hasta me sabe mal cagar en esta tierra.

¿Qué va a ser de mí? ¿Qué ha sido de mí? ¿Qué puedo hacer? Cuando dejo de raspar el papel se me come el silencio. No tengo óleos, no tengo lienzos, no puedo pintar, me siento indigno, no puedo llorar, no tengo tabaco ni valor para extender la mano en la calle. No sé cantar y, además, no inspiro compasión.

Hoy me he enfrentado al casero. Era el último día de plazo para pagar. El debilucho se ha traído dos guardias. Ellos me han impuesto la solución. Me han llevado al consulado para que sea éste el que me introduzca otra vez en el útero de la “Madre Patria” Si llego a saberlo vengo antes. Quiero morir pero no aquí. Me han pagado el billete de vuelta. Le conté todo al secretario del cónsul y se rió. Al señor titular ni le vi. ¡Querida madre! Cuando esté dentro de ti reventaré y salpicarán mis despojos tu suelo, pero... ¡Aquí no!

Han pasado tres días desde que el cabrón de Alfredo se ahorcara. Le odio. Me ha dejado solo pero no me duele la soledad, me duele que no hubiera confiado en mí. Probablemente le hubiera acompañado. Con él no hubiera tenido miedo. ¡Cómo me engañó! ¿Es posible que no me enterara de nada?

No se le conocen herederos ni familiares cercanos, tampoco estaba casado legalmente. Su puerta sigue sellada pero nadie me va a decir si puedo o no entrar en su casa. Voy todas las tardes. Allí están sus vasijas de barro, su reloj muerto, sus candelabros sin velas, sus ceniceros y las botellas de vino. Me siento en su sillón y el eterno Ulyses sigue abierto por la página de siempre. Numerosos objetos, llenos de aristas, quietos, pero formando un conjunto extrañamente ordenado. Un pincel pelado, una estilográfica, el colchón rebozado en tela escocesa, menhires, dólmenes y cerca del quicio, él, mirándome con los ojos inyectados.

Ayer no cerré la puerta. Se desplazó suavemente y me asusté.

-¿Hay alguien? -preguntaron-

Era Mercedes. No me conocía pero la había visto bailar con Alfredo.

-¿Alfredo? ¡Hola! Perdón... ¿Está Alfredo?

-No. No está -Contesté-

Bailaban durante las tardes de invierno. Les espiaba desde el balcón. Me quedaba quieto y les vigilaba esperando algo interesante pero ¡no!. Bailaban de forma púdica. Parecían hermanos o primos. Nunca me la

presentó. Nunca les vi juntar las mejillas. Marcaban los pasos como si estuvieran ensayando. No sabía si ella enseñaba o aprendía, pero su baile no insinuaba el gesto que antecede a la conquista. Nunca adiviné emoción o placer y, sin embargo, bailaban horas y horas deteniéndose sólo cuando se acababa el tango o el vals. Entonces, Mercedes cruzaba los brazos y erguida, como la muñeca de una caja de música, esperaba a Alfredo para volver a girar y girar hasta consumir otro disco.

-¿Eres amigo de Alfredo?

-Sí. Tú también ¿No?

-Bueno... Alfredo y yo solemos... Nos gusta bailar...

-¿Bailáis?

-Sí. ¿Te extraña? ¿Sabes si vendrá hoy?

-¿Habías quedado con él?

-¿Quedar con Alfredo? ¿De verdad eres amigo suyo?

-¡Claro!

-Entonces deberías saber que con Alfredo no se queda. Si está ¡Vale! Si no... ¡También! No le he visto desde hace meses. Me dijeron que estaba en Verona pero que ya había vuelto...

-En efecto, pero no está...

Se hizo un silencio y Mercedes lo rompió con otra pregunta.

-¡Por cierto ¿Esa etiqueta amarilla que cuelga del quicio...?

-Es un precinto.

-¿Un qué?

-Un precinto judicial.

-¿No me digas que le han detenido?

Mercedes tiene la cara redonda envuelta en pelo negro. Sus ojos brillan como si quisieran atesorar todo lo que miran. Es alta y huele a jabón de lavarse las manos.

-¿Detenido? ¡Que va! A Alfredo nadie puede detenerle...

Las piernas me flaquearon y volví a sentarme aplastando la espalda contra el sillón. Ella cogió una banqueta y se acomodó frente a mí.

-¿Conoces a Alfredo desde hace mucho tiempo?

-¿Yo? ¡Claro! Le conocía desde siempre.

-¿Le conocías? ¿Por qué hablas en pasado?

-Fíjate bien si le conocía que...

-¿Se ha ido otra vez? ¿No?

-Verás... Un día hace ya dos años... ¿Sabías que Alfredo se jactaba de que jamás le podrían dar por el culo...?

Mercedes bajó la cabeza y evitó mis ojos. No le había molestado que empleara un lenguaje tan liso, le molestaba que ignorando su pregunta siguiera con la historia.

-Como te digo siempre alardeaba de que en su vida sólo iba a probar los “chichis” ¿Entiendes?

-¿Dónde está Alfredo?

-¡Cállate y escucha! -Chillé-

Entonces se levantó e hizo mención de marcharse pero la sujeté del brazo y le rogué que se quedara.

-¡Sí! Alfredo siempre alardeaba de eso. Nosotros le decíamos “*Mira que torres más altas han caído...*” o “*Todo el mundo tiene su precio...*” o que “*algo debe tener eso porque el que prueba repite*”. El caso es que un día monté una fiesta. Quince, veinte... No recuerdo cuántos. ¡Sí! Monté un buen cipote. Allá arriba, en mi estudio...

-¡Ah! ¿Tú eres su vecino? ¿El otro pintor?

-Sí ¿Te habló Alfredo de mí?

-Me dijo que eras un patoso bailando y que no pintabas mal... Pero... ¡Dime de una vez! ¿Por qué hablas en pasado?

Miré directamente a sus ojos chispeantes y esta vez no necesité gritar.

-Como te digo mi estudio estaba lleno. Todo el que pasaba se apuntaba a la fiesta; bebimos, bebimos... y le presenté a Angelito ¡Ja! Menudo maricón el Angelito. Fino, barbilampiño, con un lunar en la mejilla derecha... Tenías que haberle visto sujetando el vaso mientras triscaba las piernas nervioso. Yo sabía que “al niño” le gustaba Alfredo, se lo comía con los ojos, de hecho se quedó a su lado toda la noche... ¿Que Alfredo cogía un bocadillo? Él también ¿Alfredo fumaba? Él lo mismo y claro, como su “cariño” no paraba de beber... Él no podía ser menos. Al final, el adonis, se tambaleó y Alfredo tuvo que agarrarlo. Viendo la escena me acerqué para decirle con sorna...

-“¿Ya es tuyo eh? Vas rápido ¿No?”

-“¡Coge a este maricón o le dejo caer al suelo...! ¡Vaya noche me está dando!”- contestó con voz excesivamente ronca-

Entre los dos llevamos a Ángel a la cama y cuando estábamos acostándolo... El “duro”, el del bozarrón también se quedó transpuesto. Entonces se me ocurrió la putada... ¿Me has preguntado si conocía a Alfredo? Pues escucha. Desnudamos a los dos beodos y los pusimos ladeados, uno tras otro, pecho contra espalda. Luego le pintamos a Alfredo el culo con mercromina dejándolo así, abrazadito...

-¿Por qué me cuentas esto?

-Escucha hasta el final. ¡Por favor!

A la mañana siguiente nos despertó un grito. Alfredo estaba histérico. -“*¿Qué ha pasado?*” -“*¿Qué ha pasado?*”

Dando círculos para intentar verse el culo repetía -“*¿Qué ha pasado?*” -“*¿Qué ha pasado?*”...

Fingimos no dar importancia a la situación. Le contesté que sólo había pasado lo que había permitido. Entonces se apretó la frente, salió disparado hasta la ducha y... ¡Cómo corría el agua!. Cuando se dio cuenta de que la sangre no se iba con jabón quería matarnos... ¿Me has preguntado si conocía a Alfredo? ¿Crees que lo conocía?

Mercedes sonrió. Pero estaba esperando otra respuesta y tuve que dársela. Sus ojos grandes se llenaron de silenciosas lágrimas. Se acercó hasta el colchón vestido con falda escocesa y cayendo sobre la almohada escondió la cara como si intentara recuperar el olor de su bailarín. Pasaron las horas en silencio y la estancia se hizo negra. Mercedes dejó de gemir, se levantó y

giró el interruptor. Le comenté que prefería la oscuridad pero no me atendió. Se acercó al tocadiscos, puso un bolero y me dijo...

-¿Quieres bailar?

-No sé bailar.

-¡Es igual! ¡Abrazame por favor!

Dimos vueltas sin mirarnos y aunque cesó la música seguimos girando como autómatas articulados. Intenté beberme una de sus lágrimas y ella me ofreció las remansadas en los labios. Nos arrodillamos y sin abrir los ojos seguimos besándonos. El nombre de Alfredo se hizo un susurro humedecido en saliva. La aguja siguió oscilando sobre el surco mudo y un orgasmo doloroso nos devolvió a la realidad. Nos habíamos prestado el cuerpo para amarle y supimos que todo era una despedida. Desapareció. Se fue sin hablar. Su sabor y su olor se consumieron enseguida pero él siguió allí, colgado, por siempre colgado...

A partir de este folio, todos los que siguen, hasta el numerado en el original con el 126, están escritos con tinta de pluma. La letra es más cuidada, las líneas son uniformes y apenas existen correcciones. Se adivina que el autor los ha puesto en limpio para que fueran leídos, sin embargo, no figura en ellos destinatario. Los exabruptos aparecen en menor cuantía y las faltas a las reglas ortográficas son casi inexistentes.

Estoy pasando el verano en la costa. Cadaqués es hermoso pero Dalí no me interesa, es posterior a la bahía, es un accidente de esta tierra. Vivo a cuerpo de rey ¿Es que en Alemania no hacen retratos al carboncillo? Supongo que sí; pero no deben tener el clima que permite sentarse en un rompiente, con la cara feliz, mientras te observa el amado que paga. Es una experiencia grata. Ni una molestia, ni una cortapisa y sin necesidad de permisos municipales.

En el malecón nos distribuimos el espacio tres colegas. Fran, Miriam y yo. El que llega primero ocupa los escalones cercanos al puerto y como allí siempre se “caza”, para evitar disputas, hemos convenido turnarnos. También hemos llegado al acuerdo de unificar los precios. No hay problemas, tenemos trabajo para todos.

¡Fran es genial! Usa lápices de punta fina y perfila los cabellos uno a uno, por eso tarda más en acabar la obra. Miriam es muy hábil pero algunos modelos le bizquean. Creo que tiene un defecto visual. Más de una vez me ha pedido que le retoque el dibujo y lo hago pero me incomoda. Es como si la desacreditara frente al cliente. Excepto por esta pega sus retratos son buenos, vivos, profundos.

La verdad es que no damos abasto. Yo no dibujo pelo por pelo. Mancho con el carbón plano y luego extraigo las luces con la goma. Lo hago con rapidez. A los enamorados de piel de cangrejo les encanta la rapidez. Tienen que

disfrutar del paraíso y prefieren gastar las horas juntando las mejillas. Cuando solicitan mis servicios me divierte ver cómo se miran. La modelo (casi siempre mujer) agradece el gesto de adoración, y el acompañante la mira como si estuviera descubriendo un ángel. He llegado al convencimiento de que así pintara un monigote se lo quedarían ¡Son tan felices! Siempre se van contentos, siempre abrazados y siempre me dejan dinero libre de impuestos. Seguro que al llegar a su tierra enmarcarán mi carboncillo en símil de madera. ¡Sí! Lo colgarán cerca de la cocina para, a las cuatro de la madrugada, antes de ir a la fábrica, cuando desayunen mirando la niebla, recordar estos maravillosos días. No importará que la mujer tenga ojeras o que lleve rulos, dará igual. No importará que hayan perdido el bronceado, el retrato les hará suspirar y soñarán con las próximas vacaciones ¡Gilipollas!

Cadaqués es un riel sobre el mar y su azul, una celda de luz. Cuando anochece el sol viene aquí para dormir sobre la línea que separa el agua del cielo. Entonces las mujeres se embuten en blusas blancas y muestran sus cuellos morenos. Todas son bellas, todas sonríen y los mardanos que las amarran por la cintura caminan idiotizados beso tras beso. Saben que deben portarse bien, que tienen que ser amables si quieren luego acariciar los triángulos que se han librado del sol. Pero Cadaqués es como el dios Jano, tiene dos caras, no te deja ser dibujante de día y turista de noche. Cenar y tomar una copa cuesta lo que pagan por un carboncillo... Fran se marcha a las dos o las tres. Viaja en Vespa hasta Rosas. Vive allí con su novio. Es homosexual pero no maricón. Tiene una voz ruda y la nuez del tamaño de una ciruela. Es atractivo, educado pero sobre todo sincero. Miriam se acuesta pronto, hacia las doce. La mujer está cerca de los sesenta y se cansa enseguida. A veces he pensado que su defecto visual pudiera ser

cataratas... Cuando terminamos la jornada no tenemos que cargar con los tenderetes, los dejamos en el sitio, no corren peligro, por aquí y a esas horas pasan pocos españoles. Yo soy el último en marcharme. Ascendo las escaleras que se adentran en el pueblo y el Cadaqués turístico, el Cadaqués que me da de comer se queda debajo. Aquí, cerca de la Iglesia, en su barrio antiguo vive gente normal; pescadores, comerciantes, agricultores. Abajo la ilusión, los conciertos, el montaje que recompensa los meses robados. Arriba la realidad, la soledad del invierno, el aislamiento. Abajo once meses para morir y uno para vivir. Yo he elegido morir los doce. He renunciado a la rutina y le doy escaso valor al dinero... pero cuando apoyo los codos sobre el mirador veo las luces de los veleros y confieso que tengo envidia. Por un momento desearía tener una chaqueta blanca para beber cava entre las bambollas que iluminan las cubiertas, o cenar en los porches de las lujosas masías con una servil espalda que se inclinara a recogerme la servilleta... Pero esto dura un momento. Saco un pitillo y la cerilla es mi guirnalda y su humo mi caviar y en sus volutas blanqueo la luz del faro que intermitente me dice..."tranquilo, tranquilo, tranquilo..."

Llego a la pensión y me acuesto con la ventana abierta. Dejo que la humedad de la madrugada me moje. Si llega el sueño lo acepto, si me esquiva no me inquieto. No tengo horario. Las turistas tuestan sus pecas hasta el último soplo de luz, luego desaparecen y a las nueve o las diez salen con deseos de immortalizarse.

El ayuntamiento había organizado fuegos artificiales y esa noche no acudieron clientes. Las bolas de fuego, duplicándose en el agua, eran reclamos más llamativos que nuestras bombillas. Miriam, Fran y yo

sospechamos que íbamos a trabajar poco, por eso nos dedicamos también a mirar las hélices locas chisporroteando en la oscuridad. Silbó un cohete y se deshizo en renacuajos encendidos. Silbó el siguiente y unos girasoles brillantes formaron espirales que me recordaron las de Alfredo. De repente una voz me distrajo...

-¿A mí me harás un barato? ¿No?

Volví la cabeza y el carboncillo rayó el papel.

-¿Acaso conocer los rasgos del cliente no facilita el trabajo? -Insistió la voz- Era Marina.

-¿Qué vida lleva mi amigo el retratista?

Estaba inmensamente bella. Un vestido crema se hacía falda almidonada desde sus caderas hasta las rodillas. Morena, llevaba rodeado el cuello de cuentas blancas como su sonrisa. No reaccioné, seguí sentado con la única ocurrencia de soplar sobre el papel. Fue ella la que se inclinó para besarme en las mejillas.

-¿Has trasladado el estudio a la playa?

-Ya ves, también los pintores necesitamos yodo.

-¿Estás libre?

Me sentí como un taxi, como un confesionario sin beata, como el retrete de un tren...

-Sí... ¡Claro! Siéntate.

Marina alargó el brazo. Sin mirar a su acompañante le tendió el bolso para que lo guardara y, plisando la falda, se sentó frente a mí. El “muchacho ropero” tuvo la osadía de mirar el reloj y cuando iba a comentar que era tarde cerró la boca porque Marina le clavó los ojos en el entrecejo.

-¡Empieza artista!

Había intentado dibujar su cara incluso en sueños. Me fue imposible. La

tortura de no poder recordar su boca estuvo conmigo muchos meses y ahora, con ella delante, surgió su imagen del cerebro. Podría haberla retratado sin dejar de mirar las chispas celestes que teñían sus ojos de verde rojo y amarillo ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Tres, cuatro, cinco años? Sonó la traca final y el estruendo le hizo arrugar la frente. Luego, cuando el público aplaudió empecé a encajar la cabeza dejando trabajar al instinto.

El acompañante no era el niño pijo que recordaba. Era un guapetón moreno. Mandíbula ancha, cuello bovino y dedos gruesos. La chaqueta mostaza y un pantalón claro combinaban perfectamente ¡Sí! Era guapo.

Marina sonreía segura. Simulé captar sus facciones y simulé tranquilidad preguntándole las nimiedades que se preguntan cuando no hay nada que preguntar. Lo cierto es que me temblaba el pulso. Hubiera deseado dibujar como Fran, pelo a pelo, pero en quince minutos Marina salió viva del papel.

-La verdad es que te pareces ¡Es bueno! ¿No? -Comentó el acólito-

-No lo había dudado.-Añadió Marina-

Cogí el fijador y rocié de lejos el retrato.

-¿Cuánto cobras?

-Para ti nada.

-¡Ah no! Eso sí que no ¿Cuánto?

Miró al acompañante y éste sacó un billete extendiéndolo sin mirarme. Yo tampoco le miré.

-He dicho que nada.

El cabrón siguió con el brazo extendido y agitó el papel entre los dedos.

-¡He dicho que para ella nada!

Marina se interpuso

-¡Está bien! Acepto tu regalo pero dime dónde vives y te mandaré otro a cambio.

-¿Otro retrato?

-No hombre. Otro regalo.

-Me encontrarás aquí todas las tardes.

-¡Ya! Pero como soy tan espléndida no me harás cargar con un Miró hasta aquí ¿Eh?

Sonreí.

-Está bien. Vivo en una pensión del pueblo. En la carrera de las Flores número 65 (Me salió de corrido).

-Conozco la calle ¿Cuándo sueles estar en casa?

-Todos los días. Hasta las siete de la tarde todos los días, pero puedes dejarle el Miró a la portera...

El gilí estaba aún con el brazo extendido. Marina se puso de pie y su falda se expandió como una medusa. Con un gesto delicado, bajó la mano del guapillo haciéndole guardar el billete. Enrollé el retrato y al entregárselo volvió a sonreír. Luego se alejaron cogidos del brazo y segura de que estaba observándola se volvió antes de que la perdiera de vista.

Esa noche fui a beber. En las barras negras, en las de madera y en las de metal Marina se reflejaba torturándome. Por más que lo intenté no pude borrarla con alcohol. Al contrario, copa tras copa, su cuerpo cobraba volumen y se iba extendiendo hasta terminar en unos pies descalzos. Recordé el salón de baile. La conversación sobre mi impotencia para acabar medicina, las innumerables veces que la había llamado... Luego, las paredes ondearon borrachas y en mi saliva nadó otra vez el susurro de Marina hasta quedarse dormido.

Había abrigado la esperanza de que vendría a verme, pero pasaron los días y no apareció. Decidí salir en su busca. La especie a la que pertenece suele divertirse en tres o cuatro locales. Recorrí los cafés pero no entré en todos.

En el “Cat-Cat” sólo se permite la entrada con pajarita. En el “Quatre Roses” no vale la pena mirar, es un sitio vulgar. Al “Mirador” se acude con el lazo deshecho, camisa de volantes y chaqueta colgada del pulgar... Si ha de ser aquí, ¡Mejor no encontrarla! ¡Nada! Noche tras noche fui recorriendo los lujosos antros, los bares de intelectuales, los que tenían música en directo y los que la servían enlatada... Pero ¡Nada! Incluso terminé acercándome a los grupos que reían en las rocas pero, cuando los miraba, silenciaban sus conversaciones y escondían los porros. Se había marchado o vivía en alguna de esas mansiones con jardín y orquesta propia donde bailan los futuros dueños del mundo ¿Tal vez no salga por la noche? ¡Claro! Marina sólo frecuenta la calle a la luz del día... No te lo crees ni tú. -me dije- ¡Sí hombre! ¿Para qué salir de noche? Si debe tener hasta un cielo estrellado particular...

Seguí mirando en las terrazas. Busqué en los restaurantes pero sólo había gente devorando langostas con los dedos, como si les dieran asco. Al fin me di por vencido. Se había marchado. Tenía que olvidarla ¡Estaba ya tan olvidada! Subí al pueblo y la luz del faro volvió a decirme “tranquilo” “tranquilo”... pero esta vez lo hizo con menos fuerza. Estaba señalando el camino a un gran yate que penetraba en la bahía. Cuando el gigante de ojos amarillos se detuvo vi cómo los viejos botes ondulaban sobre la espuma y en su humildad, me parecieron más bellos, más próximos, más reales que ese intruso condenado a no pisar la arena.

Había leído dos páginas y estaba a punto de cerrar el libro. Llamaron a la puerta. Me levanté, me puse los pantalones y abrí. Allí estaba, con un vestido verde colgado por tirantes de cuero, una botella de cava y dos copas. No encendí la luz.

-¿Hay alguien contigo? ¿No estarías durmiendo?

Marina no dijo ¿Molesto? O ¿Estabas durmiendo? ¡No! Marina insinuó entre líneas que si había alguien se marchara o que, si me había despertado, me jodiera. Si el cuarto hubiera tenido recibidor le hubiera mentado, le hubiera dicho que sí, que el dormitorio estaba ocupado... Pero mirar desde la puerta significaba ver todo lo que había tras ella.

-¿Te sorprende verme?

¡Hija de puta! La había buscado como un expósito a sus padres, había dibujado sus ojos en las cuencas de todas las clientes, estaba empezando a matar la desilusión de no volverla a ver y ahora, aparecía así, con un “*Te sorprende verme*”. Entró sin que la invitara. Recorrió las paredes con la mirada y dejó la botella sobre la mesilla. Quitó la ropa de la silla y se la acerqué pero no se sentó. De pie, dándome la espalda apoyó los codos en el quicio y miró por la ventana.

-¡Bella vista! Se ve toda la bahía.

-Sí. Es bonita.

-¿Sabes a qué vengo?

-No

-Vengo a despedirme.

-¿A despedirte?

-Sí. Me voy.

-No tenías por qué hacerlo.

-Qué... ¿Despedirme o marcharme?

-Despedirte... ¡Claro!...

-Estoy obligada. Te debo algo ¿No?

-El carboncillo te lo regalé. No me debes nada

Marina dio la espalda a la ventana y su piel bronceada se hizo más oscura.

Tras una breve sonrisa alargó displicente el brazo señalando la botella.

-No la vas a abrir. No traigo dinero pero sí bebida. ¡Anda ábrela!

Estuve a punto de decirle que no deseaba beber con ella, que me apetecía pegarle, escupirle y luego besarla... Pero extraje el corcho sin ruido.

Mientras llenaba las copas deambuló acariciando los barrotes de la cama y se sentó sobre el colchón. La luna rechoncha llenaba de azules los pliegues de su vestido.

-Un día te dije que posaría desnuda para ti. ¿Te acuerdas?

-No, no lo recuerdo.

-Fue en el baile de mi cumpleaños...

-¡Ya! Es igual... No he traído óleos.

-Haz un carboncillo.

Palmeó la cama invitándome a sentarme a su lado pero no me moví. Me quedé en silencio mirándola y cuando se dio cuenta de que no iba a acudir volvió a la ventana.

-¿Ves ese barco que tiene las luces intermitentes?

-¿Cuál? ¿El monstruo de ojos amarillos?

-Sí... Ese, el grande.

-¡Claro! Claro que lo veo. Lo vi cuando llegó, lo he visto muchas noches. Lo ha visto todo el mundo.

-Vivo allí. Es mi hotel.

-¡Cojonudo! ¿No?

-Sí, es muy cómodo.

Volví a mirar el yate y me entraron ganas de reír. Había buscado a Marina en los bares, en los restaurantes, en las villas y resulta que Marina vivía en el mar ¡Ja! No sólo poseía un trozo de cielo, también era dueña de un pedazo de Mediterráneo, ese Mediterráneo que sólo era mío cuando intentaba ahogarme.

-Zarpa mañana y yo con él

-¿Y adónde vas?

-No sé. No importa. Nunca sabemos dónde vamos. En ocasiones no sabemos ni cuántos vamos.

-¿En el yate?

-Sí, en el yate.

-¿No pasáis lista?

-¡Qué va! Si cumples las normas nadie pregunta. Te asignan un camarote y ¡ya está!

-No me lo creo

-¿De verdad! No es mío ¿Sabes? Aún no conozco a su dueño.

-Pero tu padre seguro que le conoce.

-¡Bueno! Tal vez...

-Y los padres de tus amiguitos también deben saber quién es el dueño.

-No sé... Supongo que sí...

-¡Claro! No te das cuenta de que ese juguete sirve para pasear a los futuros potentados, así os vais conociendo y cuando heredéis el mundo os lo repartiréis sin discutir.

-¿Eso crees?

-¿Y tú no?

-¡No! Yo nunca heredaré el mundo.

-Puede que no... pero en su día te pedirán que hagas de útero con clase y te

inseminará un príncipe de las finanzas.

-Así de simple ¿No?

-¡Exacto! Así de simple. Entonces engendrarás otro señor poderoso y los genes del poder seguirán sin mestizaje.

-¿Quieres venir tú y probar si eso es cierto?

-¿Contigo?

-Con todos. Nos conocerás a todos...

-¿Y en calidad de qué iré? De pintor de la corte, de pariente pobre... ¿O prefieres llevarme de grumete?

Marina se apartó de mi lado

-¿Siempre estás así de borde, o es que estás cabreado por algo?

-Perdona. Estoy cansado.

Tomé las copas y le ofrecí una.

-Gracias. ¿Tienes hielo para enfriar la botella? Si se calienta no vale ¿Sabes?

-Claro que lo sé, pero no tengo hielo.

Marina acercó el cristal a los labios y besó el líquido sin beberlo.

-¡Bueno! Aún está frío. Me encanta el champán frío. ¿De verdad piensas lo que has dicho?

-Sí. Claro.

-¿Según tu no tengo suficiente libertad para poder elegir al hombre que desee?

-Para jugar sí. Pero para reproducirte ¡no!.

-¿Y quién quiere reproducirse?

- Tu saga. Cuando descubras que no sabes hacer nada excepto vivir, cuando no puedas prescindir del lujo, te someterás a los deseos de tu saga...

-Soy médico ¿Recuerdas? Y estamos en el siglo veinte.

-¿Has abierto consulta?

-No, todavía no.

-¿Tienes ingresos propios?

-No... Bueno... ¡Sí! Unas acciones...

-Que te regaló tu padre ¡Convéncete! Te están preparando para que un ario, si es posible de ojos azules y con una gran fortuna te haga partícipe de su árbol genealógico.

-¡Te equivocas! Mi familia tiene dinero para aguantar cinco generaciones de solteras...

-Pero a lo mejor quieren añadir al pedigrí un científico o un político, incluso un santo... Apostaría que tu padre está deseando un nieto... ¡Convéncete! Nunca podrás elegir. Los de tu clase piensan que la roña se hereda. Jamás permitirán que tu sangre se haga carne sólida con la de un obrero o un oficinista y menos con la de un gitano, un negro o un árabe... Excepto si posee pozos de petróleo.

-¡Por supuesto! ¿Te parece mal? En realidad... Las posibilidades de que conozca a un obrero o a un oficinista y de que me gusten son pocas. No me muevo en sus ambientes. De todos modos ¡Olvídalo! Es tu opinión... ¿Sabes? Tú no me crees capaz de que pueda contradecir a mi padre y, sin embargo, es lo único que guía mi actividad. Cuando te atreviste a pintarme descalza pensé que eras especial ¡Pintar a la hija de mi padre descalza! La heredera del poderoso imperio sin zapatos... ¡Fue genial! Creí que te iban a romper el retrato en la cabeza ¡Pero no! Te admiré porque, por primera vez, el gran magnate cedía ante la opinión de alguien ¡Sí! Te admiré.

-¿Y por esa admiración desapareciste con aquel pijo en el baile?

-Puede ser...

-¿Y por esa admiración acudes ahora a despedirte?

-Puede ser...

-¿Sabes que te llamé varias veces?

-¿Llamaste a casa?

-¡Claro! ¿Tu lacayo no te dijo nada?

-¿Mi lacayo?

-¡Déjalo! Tu padre debió temer que pudiera entrar un pintor en la familia
¿No?

Marina pidió que le llenara otra vez la copa.

-No seas ingenuo. En aquel tiempo si hablaba, como tu dices con el lacayo, era para indagar sobre el humor de mi padre. Hace cinco años quería comerme el mundo, experimentarlo todo, viajar no importaba con quién mientras fuera divertido. Sólo acudía a casa para que me firmaran los cheques de viaje...

Extravió la mirada como si perdonara mi supuesta ignorancia y en ese momento sentí deseos de decirle cuánto había significado para mí, quise decirle que a pesar de su ausencia había estado conmigo desde entonces pero sólo pude hacer recriminaciones...

-Podías haberme visitado... O al menos, escrito.

-Puede... Pero Ankara, Atenas, el Nilo... No escribí a nadie, no existía nadie... Únicamente el que entonces estuviera conmigo.

-Lo entiendo. Y debieron ser muchos... Pero algún día debiste regresar
¿No?

Se volvió y entendí el mensaje. Sus pies descalzos habían sido un milagro para mí y para ella un chiste que pronto perdió la gracia. Marina afirmó al darme la espalda que, de no ser por la casualidad, hubiera seguido ignorando mi existencia.

-¿Y ahora? ¿Acaso no sigues haciendo lo mismo? Viajar, viajar y viajar...

¿Qué buscas?

-¿Ahora?... ¿Es que debo buscar algo?

-¡Ya!... No necesitas buscar nada.

-¡Claro que no! Soy una niña consentida...

-Tú lo has dicho. Crees que te estás burlando de tu padre pero él es quien se burla de ti. Le interesa que sigas siendo una mariposa hasta que te ordene hilar el capullo...

-¡Basta ya!

En la bahía sonó una sirena. Hubo un silencio y proseguí.

-¡No basta! Aún no has dicho qué quieres de este mal bailarín que es el mismo de siempre pero cinco años más viejo.

Marina se volvió. Ahuecó el pelo cruzando las manos tras la nuca y dijo...

-¿No me digas que te sientes viejo? Yo no te veo viejo, digamos que algo entradito, pero los años a los hombres os añaden atractivo. ¡Ufff! Hace calor, sírveme otra copa, odio el champán caliente.

Me jodió otra vez ese “sírveme”. Me jodió que mezclara palabras de lisonja con el acto físico de sudar, tal vez por eso le dije que estaba en su casa, que se sirviera y, además, lo hice con premeditada brusquedad.

-No te cojo en buen momento ¿Verdad?

Entonces estallé.

-¿Que no me coges en un buen momento? Llevo buscándote... ¡Cinco años! Me confiesas que no te dignaste a arriesgar un mes de tu vida para probar la mía, y ahora vienes para decirme que te vas y lo haces con esos tirantes que me gustaría romper...

El cebo había saltado. Había soñado con Marina pero esa era mi problema ¿Qué podía significar yo para ella? ¿Un colchón en el suelo y un trozo de fracaso? Además ¿Le había comentado algo? ¡No! Ni había tenido huevos

ni ocasión de hacerlo. Los sueños eran producto de mi imaginación, de mi cretinismo, ella no los había alentado, sólo había venido a despedirse y yo me estaba comportando como un amante afrentado. Ni estaba siendo abandonado, porque nunca había sido poseído, ni tenía la culpa de que mi mente enfermiza la hubiera usado como excusa para seguir respirando. Ella no estaba obligada a nada excepto a las normas más elementales de educación y las intentaba cumplir con exquisitez. Por eso, Marina, sonrió satisfecha, me había desarmado. Mi florete rodaba por el suelo y yo, el adulto maduro, estaba siendo inferior otra vez a la niña mimada. Dejó la copa en el suelo y acercándose lentamente puso sus labios frente a los míos. Olí su aliento afrutado y con un susurro añadió...

-Aquí están los tirantes. ¡Rómpelos...!

Tantas noches de espera, tantos días de deseo se hicieron un rayo tomando tierra. Pensé que entre mis trofeos faltaba esa piel alimentada con ostras y también que a ella le debía faltar la muesca de un pintor; pero su posterior ausencia me hizo sentir pánico; debía elegir entre el dolor futuro o sorber el placer instantáneo. En esos momentos una frase de Oscar Wilde se interpuso intrusa sin haberla llamado... *"Puedo resistirlo todo menos la tentación"* y esta tentación era un dulce pecado... Me tumbé en la cama y estiré los brazos agarrando los barrotes. Marina separó los tirantes y el vestido se arrugó en el suelo. Tomaba el sol con dos piezas pero ahora no llevaba sujetador y parecía estar orgullosa de la redondez de sus pechos. Luego, curvando las rodillas deslizó la braga hasta hacerla un cilindro que cruzó por los tobillos. La decisión estaba tomada. Se acostó a mi lado y yo me levanté para desnudarme. Cuando lo hice, observó sin recato mi cuerpo y, sonriendo comentó...*"Lo intuía, un poco gordito, pero buen..."* Luego la toqué, invadí la porción de su volumen que menos había imaginado y el

rocío inicial se fue haciendo secreción densa. Su cara, antes crispada, se abandonó horizontal y esos ojos blancos, que por unos instantes reflejaron la luna para herirme, se cerraron cediendo su brillo a unos labios hinchados. Cuando me añadí a su piel tuve la extraña sensación de abrazarme a mí mismo. Mordí uno de sus hombros y esperé saborear un fruto desconocido pero mi paladar sólo reconoció el acre. Dudé un instante, fluctué por su cuello, anduve por su mandíbula y descendí hasta dibujar con la lengua su ombligo, pero ella, impaciente, no me dejó proseguir... Me tomó sin opción. Me introdujo en su interior y el calor tan soñado resultó frío; el cálido mar estaba hecho de corrientes heladas y el volcán sólo contenía tierra mojada. Busqué la pasión, la besé con la boca abierta pero no hubo eco para mis besos, sólo jadeos, gemidos guturales, al ritmo de mis intrusiones repitiendo hasta el asco... -“*Así... Así... Sigue... Sigue ...*”

Por más que imploré su mirada no abrió los párpados. -“*Sigue... Sigue...*”

Y yo interpreté. -“*Sírveme otra copa, dibújame, retrátame, espérame...*”

Ladeó la cabeza. Sus piernas se tensaron y un pequeño estridor acompañó al “*Ahora... Ahora... ¡No te pares...!*”

Me detuve, salí de la pesadilla y ella abrió los ojos.

-¿Qué pasa? ¡No te pares! ¡Ahora nooooo...!

Su boca asimétrica implorando cerró mi arco del placer y me licué sobre su abdomen. Luego reí... Reí sin desearlo... pero reí...

-¿Qué te sucede?

-¿A mí? ¡Nada! ¿Y a ti?

Marina quebró el gesto. Se incorporó, desenrolló las bragas con movimientos grotescos y se las puso.

-¡Eres un cabrón!

Cuando salió me tumbé cerrando los párpados con fuerza. Necesité

explicarme urgentemente por qué había reaccionado así. Tal vez... Si no hubiera sabido que partía al día siguiente ¿La hubiera amado? ¿Hubiera recorrido esa piel buscando su placer, sólo su placer, sin importar el mío? ¡Sí!. Tal vez hubiera besado sus pechos como se besa una reliquia, pero entonces... ¿Qué había pasado? ¿Prefería morir de hambre a comer una sola vez? ¿No era suficiente gozar uno minutos para llenar mi tiempo futuro?

Sequé mis genitales y mientras lo hacía miré por la ventana. La luna se rió de mí compasiva y me contó la verdad. Marina había sido un concepto, una abstracción, un chapoteo en los oídos. Marina era el azul y la medusa, la certidumbre de algo bello. Nunca deseé que Marina tuviera culo, ni pezones ni orgasmos y cuando los tuvo se convirtió en carne fugitiva. Era mi cuadro ideal y el “ideal” no debe defecar ni lubricarse y menos decir “*Ahora... Ahora*” De Marina sólo precisaba el deseo y éste se esfumó al hacerse realidad... Pero entonces...¿Por qué la había buscado con tanto afán? ¿Buscando a Beatriz me había quedado sin cielo...? ¡No! -Recapacité-. Mi vida era ya material de derribo y la suya estaba en construcción. Alrededor de mí surgía la decadencia y con el ficticio perfume de Marina quería disimular el incipiente olor a podrido. No era deseo lo que sentía, ni tampoco admiración, era un truco de supervivencia, era un intento de resurrección.

Volví a la cama y me obligué a no estructurar el pensamiento. Abandonado sólo a sentir me sorprendió una tranquilidad sedante. Tuve la sensación de que había acertado, no sabía el porqué, pero esta vez había acertado...

A la mañana siguiente el ostentoso barco reptó hasta perderse en un punto y lo hizo ululando como un niño presumido. La bahía, sin él, parecía más grande, como una habitación sin muebles. El bienestar interior persistía y supe que nunca más pulsaría en mis sienes el tic-tac de “Marina”. Por fin podría pintarla cuantas veces quisiera, incluso copulando con un cisne, como Leda. Supe que mi vida se había desgajado de su recuerdo y una fuerza interior me invitó a empezar de nuevo. ¡Sí! Había optado por quedarme con la gitanilla descalza y ahogar a la putilla vestida de verde.

Ha pasado otro mes. El azul del mar se ha convertido en plomo y los paseantes empiezan a pedir siluetas recortadas y “afotos” que son más baratas.

Cuando sea necesario dormir con manta o pasear con chaqueta será la hora de volver a casa.

Hojas 127 a la 132 Escritas a lápiz. Poco densas, con escasos párrafos. La letra es otra vez irregular y la presentación descuidada incluso en algún momento ilegible.

Otra vez se acabó el dinero. Con el frío la gente no sale a comprar cuadros, compra castañas. En la tasca me conocen y me fían pero no sé hasta cuándo. Por la mañana aguanto con un café pero al mediodía no puedo más. Antes, hace escasamente dos años, soportaba el hambre y la engañaba con cualquier cosa, nunca desfallecía. Incluso pasé una semana con dos costillas, tres croquetas y una barra de pan, pero ahora, noto un vacío en el estómago y si no ingiero algo sólido no puedo levantarme del sillón.

Ayer unas patatitas y un filete con pimientos me hicieron feliz. No pedí postre para no recargar la deuda (ni la conciencia) Ignoro cuándo podré pagar a Miguel. Tiene las paredes llenas de cuadros míos, ya no le caben más. Él sufre tanto como yo. No sabe negarse pero algún día tendrá que hacerlo.

No puedo ir otra vez, por mucho que me duelan las tripas, no iré. Si me dice algo me amargaría la verdura y el bacalao, porque eso es lo que hay mañana para comer... ¡Sí! Acabaré las galletas y luego me tumbaré para ahorrar energías... ¡Ya pensaré algo...!

He decidido vender en el rastro algunos de mis escasos bienes. Tengo un busto de Goya por el que puedo pedir dos mil pesetas y una máscara griega que se podría vender en cinco mil, pero el caso es que no tengo muchas fuerzas para llevarlos. Tendré que pedirle el carrito al

vinatero (al que también debo dinero) Probaré a vender algunos libros y llevaré también cuadros... pero no abrigo esperanzas.

Esto es absurdo. A nadie le interesó Goya ni la Grecia clásica, sin embargo, querían comprarme el carrito... Menos mal que he colocado algún libro viejo y sobre todo... ¡He tenido una inspiración!

Resulta que en un puesto se aglomeraba la gente como si estuvieran regalando billetes. Sentí curiosidad e investigué qué pasaba. Pasaba que en un tenderete vendían como rosquillas cuadros viejos. Eran, además, malos, muy malos, pero se los rifaban porque estaban raídos. Daba igual que fueran bodegones o paisajes;. ¡Querían cuadros viejos! Y he pensado... ¡El truco está en envejecer cuadros nuevos! ¡Genial! ¿Está de moda tener antigüedades? ¿La gente quiere vetustez? Pues les daré arte rancio. Estoy ansioso. Si la idea funciona paso este invierno.

Tengo catorce lienzos que compré hace muchos años (ni recuerdo cuándo) Están amarillos y deshilachados, de hecho no los he usado por respeto a los clientes, pero ahora voy a poner sobre ellos “Zurbaranes” “Cristos con Niños” y “Vírgenes mofletudas” No importará que los haga con colores vivos. ¡Es igual! Aprendí en la escuela de artes a envejecer lo nuevo, a llenar los huecos de gris como si fueran parte del soporte.

¡Ya veremos! ¡Ya veremos!

Estoy sorprendido. He copiado unas góndolas, el Palacio Ducal y la plaza de San Marcos. El cuadro es horroroso, sin luces, sin contrastes pero no importa, he cuidado el dibujo y se parece al modelo (Una lámina impresa de Canaletto) Sin dejar secar la pintura he añadido una hoja de pan de oro

falso y al pasar la plancha caliente se ha derretido mezclándose con el óleo. Se ha formado una superficie grumosa que simula glorias pasadas. Luego he velado el resto con oscuros y por si quedan dudas he bañado la parte posterior con aguarrás para cuartear la superficie. Jugando... jugando, me cercioro de que entonces las grapas no se usaban. Las descoso y luego claveteo la tela con unas chinchetas oxidadas. También he descubierto que si coloco el cuadro frente al fuego, como si fuera una tostada, la tela se amarillea más, se contrae pronto y el óleo se cuarteo de forma caprichosa. He probado de todo incluso he echado al “asunto” aceite de oliva, carboncillo con cola, posos de café... ¡Qué sé yo! En lugar de pintar parece que estoy guisando, hasta me hago la ilusión de que estoy preparando la comida. Cuando ensucio demasiado aplico la lija y solucionado. Sólo faltan los marcos adecuados... ¡Y los tengo! Estuve a punto de tirarlos pero mis hábitos de urraca lo impidieron. Son marcos de madera purpurinada con más agujeros que el queso gruyère. ¿A la gente le encanta la carcoma? ¡Pues toma carcoma! ¿Qué puedo hacer? Si cuela... ¡Cuela!

Aunque no venda lo cierto es que me divierte esta búsqueda. No pretendo cobrarlos como antiguos sino como “viejos”. La gente que frecuenta el rastro no es millonaria y por mis precios se darán el lujo de soñar que invierten en obras del pasado. Yo me haré el tonto. El que quiera poner una antigualla en el salón ¡Que la ponga! ¡Todos felices!

¡Increíble pero cierto! Me he marchado del rastro con veinte mil pesetas y he dejado tres cuadros por los que no habría pedido ni tres mil. Una señora delgada, bien vestida, se interesó por ellos. Le dije que a cinco y sacó los billetes sin regatear. No es eso lo mejor, lo excepcional es que al cogerlos me comenta...

-Aún están calientes, pero me interesan ¿Cuántos puede traerme el próximo domingo?

-¿Calientes? -Respondo sonrojado-

-Sí, calientes, Usted me entiende ¿Cuántos?

-No sé... ¿Cuántos necesita?

-Dos. Pero simulando Grecos... Ya sabe, cabeza estirada, manos alargadas, azules apagados...

-El Greco es difícil de imitar... Serán a diez mil... -me aventuro-

-¿A diez? No sé... De todos modos hablaremos cuando los vea...

-Pero... ¿Y si después de hacerlos no le gustan?

La mujer saca cinco mil pesetas a cuenta y sentencia...

-¿El domingo?

- ¡Está bien! Le espero el domingo.

¡Lo ves! Dios aprieta pero no ahoga. Lo primero que he hecho es ir a la tasca y antes de sentarme he pagado mis deudas. Le he agradecido a Miguel su confianza y éste me ha dicho que no era necesario saldar la cuenta antes de comer ¡Le quiero mucho!

Hoy he pedido paella con gambas, un filete grueso y luego flan con nata, café, puro y una copa. Para la noche he encargado que me preparen huevos

fritos con tres vagones de patatas.

Sé que mis cuadros son “antigüedades consentidas” Ningún profesional los tragaría como auténticos pero son decorativos y van bien en los ambientes que ahora se reclaman. La señora elegante debe ser decoradora. Colocaré mis lienzos sobre esos escritorios barnizados que hace cinco años todo el mundo astillaba y les sacaré beneficio. Vivimos un tiempo en el que se revaloriza lo viejo, excepto si son personas. Lo usado vale más que lo nuevo pero las personas no se restauran, se asilan, huelen a orines, molestan... ¿Para qué atender indicaciones de una generación que vivió sin electricidad? ¡Por favor! Mejor recluirlos...

Como a la pobre doña Marga.

Lo de doña Marga tengo que contárselo a alguien. El tema es delicado y como aún está caliente mejor lo escribiré...

Resulta que hace diez meses esa mujercilla de ochenta años, canija y arrugada que vive arriba (hasta entonces no sabía exactamente en qué piso) bajó a mi casa pidiéndome un favor. Me pidió que imitara la firma de su esposo “el Amaro” para cobrar la pensión porque, según ella, el Amaro no podía “hacelo” e iban a perder las veintidós del mes con las que vivían cómodamente. Le comenté que eso se llamaba falsificación. Le expliqué que imitar la firma estaba penado por la ley y que si, el Amaro no podía firmar, debía decirlo en el banco que ellos le explicarían la forma de poder hacerlo... ¡No sé! Estampando la huella... Con un poder, con un certificado... Pero aquella viejecita, con ojos de bebé foca, se quedó inerte

mirándome. Ni siquiera abrió sus labios fruncidos; confiaba en que cedería y ¡lo hice!

- ¡Está bien! Pero sólo por este mes.

A los treinta días volvió a repetir la petición.

-¿Fue usted al banco?

-*“Claro que sí hermoso, i dicho lo que usted me explicó pero quieren que vaya el Amaro y el Amaro no pue ir a poner la huella” ¡Se lo juro!”*

Volví a imitar la firma y así fue repitiéndose la maniobra, mes tras mes, hasta que la firma del Amaro me salía mejor que la mía. No sólo eso, cogida la confianza, la abuelita ya no bajaba a casa porque *“aluego había que subir”* Yo iba a su puerta para estampar la rúbrica como el que cumplía una obligación. Es verdad que Doña Marga, agradecida, me regalaba alguna lata de lentejas, unas naranjas o trozos de queso. Por supuesto le dije que no podía aceptarlos pero se ofendía sobremanera así que le admitía los presentes... Al final, el asunto se hizo pesado. Decidí ayudarla de una vez y subí a su domicilio para ofrecerme a ir con el Amaro al banco. Doña Marga dijo que su hombre no me podía recibir. Le pregunté si estaba enfermo pero respondió que no.

-Entonces... ¿Por qué no puede firmar? ¿Le tiemblan las manos?

-*“Pos temblales, temblales ¡No!”*

-¿Ha llamado al médico?

-*“¡Claro! Vino hace tiempo”*

-¿Y qué dijo?

-*“Que lo del Amaro es cosa de la edad.”*

Insistí en verle y la viejecita de ojos negros me dijo que como quisiera...

pero que el Amaro no podía recibirme porque “estaba tumbao”

-¿Está durmiendo?

-*“Pos sí, durmiendo está” Ahora que... Si quie despertalo...*

No podía seguir subiendo y bajando toda la vida así que pensé... ¡Que se moleste el viejo! Que interrumpa el sueño. ¡Es por su bien!... Entré en el dormitorio pero no había nadie.

-¿Dónde está el Amaro? -Pregunté-

-*“En la terracilla, al aire”. -Contestó doña Marga-*

-¿Al aire con el frío que hace?

-*“Pos ya ve...”*

-Dígale que quiero hablar con él

-*“Yo si quie le llamo pero no sé si entrará”*

Doña Marga gritó mientras fregaba un cacharro...

-*“¡Amaro! ¡Amaro! Que ties visita”...*

El Amaro no respondió.

-*“Ve usted como no quie recibile” “¡Amaro, Amaro! Que es el vecino...”*

-Pues me va a recibir. -Añadí cabreado-

Salí al balconcillo y el viento hizo vela en mis pantalones. No veía al Amaro.

-¿Doña Marga! ¡Aquí no está!

-*“¿Que no está? ¡Tie de estar...!*

La abuela dejó de fregar y salió repitiendo...

-*¡Amaro! Que ties visita”... ¡Amaro! ¡Cariño!*

Y levantó una sábana que hacía tienda contra la carbonera... ¡Hostia! Allí estaba el Amaro pero muerto. Estaba como una momia y lo más cojonudo vestido como para ir a una boda, con clavel y todo. Doña Marga volvió a correr la sábana y me dijo tranquila.

-*“¿Ve como el Amaro no pue firmar ni recibile?”*

Acepté una copa de chinchón. La viejecita, con la naturalidad de la que explica una receta de cocina, me contó lo sucedido.

-“Mi Amaro, al notase mal, se acicaló pa que no tuviera que vestilo porque según él sola no iba a podé hacelo. Y es que no tenemos a nadie... y el Amaro no quería molestar a los vecinos”

Tomé otra de anís. La necesitaba

-“El caso es que el Amaro y yo no estamos casaos ¿Sabe? No se lo cuente a nadie pero en la guerra no se casaba nadie. Así que le dije...“Amaro si te mueres no me pagan la pensión” y ¡Total! Como yo también estoy pal paseíllo...a él se le ocurrió la idea. Me dijo...

“Mira Marga: cuando note que entrego me pongo al aire y con lo que sopla y las pocas carnes que tengo no i de oler mucho. Como a ti tampoco te queda tiempo... Pos aquí nos cogen a los dos... Mientras, pa comer, cobra mis perras... Que te ayude el pintor que si sabe copiar manzanas bien sabrá hacer mi firma ¿No?”

Y así lo hice ¿Ve usted? Pero el caso es que no me muero pa nada y la verdá es que, estando el Amaro aquí, sin molestar, pa que quiero hacelo si con su paga vivo como una reina...

Fui a por la tercera copa pero Doña Marga escondió la botella. ¿Qué podía hacer yo? ¿A quién tímaba el pobre Amaro? ¿Dónde iba a ir doña Marga si contaba lo que estaba sucediendo? El horror del principio se trocó en humor negro y recuerdo que más de una noche, cuando el estómago me dolía, subí a cenar con doña Marga ¡Claro está! Con permiso del Amaro

que bajo la sábana ondulante debía agradecerme el gesto. Esta pesadilla duró ocho meses hasta que un asistente social fue menos comprensivo que yo.

El hecho fue ocultado. Se llevaron al Amaro de noche y a escondidas porque *“Podía originar alarma social”*. Doña Marga fue ingresada en la residencia de las Hermanitas de la Caridad. Quiso despedirse de mí. La mujer, aunque ni sabía escribir, declaró que ella había firmado los impresos. No olvidaré jamás su cara arrugada y esos dos carbones que se cerraron con resignación cuando me dijo:

-” El Amaro y yo le damos las gracias por sus atenciones. Mi hombre era de lay y yo hi hecho lo que he podido... Pero ya ves hijo... Ahora que... sin él cerca no sé si voy a seguir.” Adiós majo.

Me besó y cuando sus labios finos rozaron mi cara supe lo que quería decir.

Desconozco cuánto tiempo esperó el Amaro, pero intuyo que fueron escasas las sopas que doña Marga robó a la sociedad. Una sociedad que la dejó sin pensión por no tener papeles que la hicieran esposa legal.

No existiendo herederos el estado se incautó de sus “bienes” y en subasta pública vendieron la cama donde yació, por amor, pero amancebada tantos años.

¡Mierda de sociedad!

El negocio de los “cuadros viejos” marcha. Todos los domingos “calzo” uno. Me he especializado en “Purísimas” están de moda. Así, tiznadas y raídas, la gente sueña comprar “Murillos”. La señora elegante de las pulseras plateadas suele acudir al rastro a partir de las doce. Es mi mejor cliente y en efecto, como había supuesto, es decoradora. Emplea mis cuadros para completar ambientes. No quiero saber lo que cobra, no me interesa, el caso es que paga al contado.

A falta de talento creador, soy un copista diestro y lo mejor de todo, cada día invento algo nuevo para que el tiempo castigue “lo reciente”. Lo último ha sido emplear arpillera como base. Destrenzo uno de cada quince hilos y al juntarlos, la imprimación se cuarteja como si tuviera cincuenta años, además, con este truco, puedo elegir la zona deteriorada y siempre escojo la que considero “menos lograda” o la que es más difícil de imitar. Disimulo así la dificultad de reproducir cuadros que no tengo enfrente y también me sirve para obviar fragmentos geniales, mal reflejados en las láminas impresas que utilizo como modelo.

Todas mis obras son de pequeño formato, máximo 40 por 30 ó 30 por 30, así puedo trabajar sin tener que cubrir amplias superficies. De este modo no preciso mezclar grandes cantidades de color y el ambiente del cuadro se consigue con menor dificultad. Nunca repito dos copias. Poner un par de antigüedades idénticas, codo con codo, sería una burla poco sutil. Hay que satisfacer el deseo de exclusividad que los panolis pagan a gusto.

Hojas de la 139 a la 180. También sueltas y numeradas pero contenidas en una pequeña carpeta que las independiza del resto.

No esperaba que la elegante señora se dignara acudir a mi estudio, por eso, no me importó darle un día mi dirección. Aquí se presentó con sus pulseras y ¡Cómo no! vestida de negro. Bajo la luz artificial aparentaba menos edad. Su silueta delgada engañaba pero su cuerpo no podía ocultar los ademanes lentos que impone la edad. Ante mi invitación se sentó apoyando los puños contra los reposabrazos. Fumaba en boquilla pero lo hacía como una pose, sin tragar el humo. Me recordó a una vampiresa añosa pero cuando hablaba, aunque no era mucho, lo hacía con una cadencia agradable, con un rítmico “tres por dos”, usando frases “en su punto” ni largas, ni cortas.

Acudió con un acompañante masculino que portaba una caja plana sujeta con dos cuerdas de esparto. Sin preguntar la abrieron y me mostraron su contenido. Era un Marín Bagüés(*) Un retrato sobre fondo negro. El rostro de una mujer madura, con el cuello insinuado y los hombros difuminados en una nebulosa gris azulada. La calidad del cuadro se advertía. Era, en efecto, un auténtico Bagüés con una inscripción manuscrita que rezaba “*Para mi hermana...*”

-¿Qué le parece este cuadro? -Preguntó la dama tras llenar sus cercanías de humo-

(*) Nota del Recopilador. Francisco Marín Bagüés (1879-1961) Pintor modernista nacido en Leciñena (Zaragoza) En el mercado actual su obra escasea ocupando niveles medios de cotización.

- Técnicamente bueno. Muy bueno. -Contesté-
- ¿Algo más? -Me examinó la mujer-
- Estilísticamente modernista y en cuanto a su valor material lo ignoro. Supongo que para la familia debe tener cierto interés sentimental...
- Dice bien... ¿Conoce usted cuadros de Bagüés?
- Unos pocos... Lo que conoce todo el mundo.
- ¿Qué opina de su obra?
- Que se ciñó a los desengaños de que fue víctima.
- ¿Sí?
- ¡Claro! Le hicieron la putada de no darle el premio nacional de pintura. Había fundado su futuro en este premio y se desmoronó.
- Y con respecto a su técnica ¿La conoce?
- ¡Bueno! No tiene nada de especial.
- La dama inspiró profundamente.
- ¿Podría hacer una copia?
- ¿Una copia? ¡Claro! ¿Por qué no? Al menos lo puedo intentar. Me acerqué al lienzo y observé que estaba en perfecto estado. La obra había sido elaborada sin “pasta” y las veladuras me parecieron fáciles de imitar, así que insistí...
- En principio no parece difícil.
- ¿Y en cuánto tiempo podría hacerla?
- No puedo precisarlo. Depende... ¿Dos semanas? ¿Tres?
- La mujer negó con la cabeza.
- ¿Cuánto tiempo tendría?
- ¡Setenta y dos horas!
- ¿Qué? ¡Setenta y dos horas! ¡Imposible! No secaría ni el fondo...

La señora se levantó con mayor ligereza con la que se había sentado, aplastó el cigarrillo sobre el cenicero y añadió...

-El cuadro no tiene empastes ¿Ha oído hablar del secativo de cobalto?

Me ofendí ¡No te jode! Claro que había oído hablar de él y hasta lo había usado, pero con secativo el color pierde brillo y no hay opción a retoques. No se puede errar. Hay que ser primoroso... Comenté estos extremos pero sin atenderme interrumpió...

-Le pagaré cien mil pesetas.

¡Coño! El cobalto dejaba de ser un escollo, pero... ¿Podría conseguirlo en tan corto plazo? ¿Y si lo estropeaba? ¿Y si no me salía? ¿Y si...? ¡Cobarde! -me dije-

-¿Será usted capaz de hacerlo o no? -insistió-

Cogí un metro y abarqué las dos dimensiones del cuadro. Era un 65 por 63. Esas medidas precisan hacerse de encargo y me sirvió de excusa.

-No tengo este tamaño, en tan corto tiempo no podré conseguirlo y menos envejecer la tela...

El acompañante, respondiendo a un gesto de la dama, pidió que le acompañara a la puerta. Tras despedirle volví a la sala y me quedé examinando los amarillos pálidos de la retratada. No siendo agraciada, tampoco era fea. Su mirada, profundamente triste, parecía originada por una infelicidad crónica. En los labios filiformes apenas había materia apreciable ¡Sí! Era un retrato de buena factura, bien realizado y de una sencillez engañosa, de hecho algunas zonas la tela estaban sin cubrir y eso es difícil de imitar. Me volví hacia la cliente y ésta volvió a sentarse haciendo un gesto que ordenaba paciencia.

A los pocos minutos abrí al hombre. Apareció con un lienzo de idénticas medidas. Cuando lo tuve en las manos observé que era en todo similar al

original. La madera, de igual tono, llevaba clavadas las mismas tachuelas y la tela estaba envejecida...

-Si se decide... No debe fallar. Este lienzo es único ¿Le valdrá?

No pude poner excusa. La tela era perfecta, demasiado perfecta...

-¡No! No es una imitación. Es original. Pertenece al taller de Bagüés. Era suyo pero no lo utilizó. ¿Qué responde?

Debió observar mi gesto de miedo porque a renglón seguido añadió...

-¡Ciento cincuenta mil! Cincuenta ahora y el resto cuando vea el trabajo acabado.

Acepté y comenzó a darme explicaciones que no había pedido... *“Es un encargo del dueño porque no quiere exponer el original” “Conviene la discreción porque la exposición se devaluaría si el público llegara a saberlo...”*

Esas justificaciones no solicitadas me inquietaron pero... ¡Ciento cincuenta mil! Eran ciento cincuenta mil. Por esa cantidad hubiera pintado las Meninas con los pies.

Antes de que se marcharan fijamos plazos. Siendo viernes convenimos que el lunes, antes de las veinte horas, debía estar acabado. Cuando me quedé solo monté en paralelo dos caballetes. Coloqué sobre ellos los lienzos y miré el contraste. “Arte frente a Nada” “Creación contra Vacío” “Color ante Albura” ¡No! ¡No era fácil la tarea! Esa cara enigmática emergía frontalmente de la nada y la dificultad estribaba en lograr su triste expresión. Me arrepentí de haber aceptado pero palpé los billetes, que ya eran míos, y su tacto rasposo me animó. Iluminé el original con focos accesorios y el miedo se acrecentó. Lo que a simple vista parecía negrura era color trabado, corpóreo, definido. ¿Había sido pintado para colocarlo en un lugar luminoso? O... ¿Para ser colgado en la penumbra de un pasillo?

A oscuras sólo destacaba la cara perfilada pero esto sucedía porque el resto del cuadro había sido elaborado para conseguir este efecto. Dos puntos de blanco sobre las córneas hacían vidriosas las pupilas. ¡Algo se me escapaba! La iluminación era frontal y, sin embargo, la mirada del espectador derivaba de forma obligada hacia la derecha... ¿Qué pasa? ¿Qué es? ¡Cabrón! Los brillos no eran simétricos. El izquierdo era más pequeño y estaba más bajo que el derecho. Con este truco había conseguido doblar la luz sin emplear sombras. No tenía mucho tiempo para reflexionar. Alineé un tercer caballete y sobre él coloqué otra tela donde probar las mezclas. Cuando obtuve la que creí adecuada añadí secativo y con el pincel tembloroso contuve el aliento antes de cubrir el fondo. Tuve la sensación de que Bagües me recriminaba el uso de su lienzo pero me centré en el original pensando que al menos, el modelo no tenía barridos y esto iba a hacer más fácil la falsificación... “¿Falsificación?” ¡FALSIFICACIÓN!

Lo había intuido pero hasta ese momento no lo tuve tan claro... ¿Por qué si no usar un lienzo original? ¡Joder! Te lo han dicho ¡Para no reventar la exposición! ¡Ya! Este cuadro vale al menos tres millones ¿Y me lo han confiado así?... ¡Sin más! ¡No!... Está claro. Quieren que haga una falsificación. ¡Seguro! ¿Lo habrán robado? Pero entonces... ¿Por qué no le han encargado el trabajo a un cómplice? ¡Hombre! Porque eres el mejor ¡Sí! ¡Eso debe ser! ¡Y a mí qué me importa! He aceptado el contrato de hacer una copia... Si lo hubieran robado ¿Para qué quieren una copia? ¿Se iban a arriesgar? ¡No! Sólo el dueño podría desear que se hiciera una copia ¡Vale! ¡Vale y ¡Vale! ¡A ti te da igual!

Agoté el color mezclado y cubrí el fondo superior. ¡Perfecto! Quedaba perfecto. Añadí carmín y repasé el perfil de la cara cuyo dibujo había calcado con papel vegetal. Lo más fácil estaba hecho. Medí desde la frente

al mentón y las dimensiones coincidían al milímetro. Bagüés debió hacer lo mismo (sin calcar claro) Pintó primero el fondo y la faz surgió de la tela sin preparar, lo supe porque al mirar con lupa el original observé que entre la pintura y el contorno quedaba una línea libre de óleo. Entre el oscuro del fondo y el siena tostado de la piel quedaba limpio el lienzo ¡Sí! Bagüés también había comenzado por el último término. ¿Falsificación? ¡Seguro...! Si no es así ¿Por qué me pagan lo que me pagan? ¡Vale! Porque te lo vas a ganar... ¿O no? Miré las esquinas del cuadro y no vi firma. ¡Es verdad! La firma estaba en el reverso, bajo el lema dedicatorio.

Tenía un catálogo de Marín Bagüés y mientras la base secaba lo consulté. La pieza no estaba catalogada. Debía proceder de una colección particular. ¡Lo ves! Tiene dueño. ¡No es robada! ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! El que no conste en catálogo hace más fácil su introducción en el mercado ¡Pero vamos a ver! ¿Otra vez? ¿A ti qué te importa? A ti te importan las ciento cincuenta mil así que... ¡Al trabajo!

Volví a colocar el libraco en su estante. Quedaba el trabajo de relojería ¡Prohibido estornudar! Seleccioné dos pinceles finos y los lavé hasta que, sobre el lienzo de pruebas, no dejaron restos. Eran las dos de la madrugada. El cansancio comenzó a pesar y no me creí en condiciones de seguir empresa tan delicada. Me acosté y probé a dormir. El silencio murmuraba... ¡Falsificador! ¡Falsificador! Me puse de lado y con sólo un oído permeable contesté “Ciento cincuenta”... Ciento cincuenta”...

A la mañana siguiente me percaté de que, si quería pintar en las mismas condiciones lumínicas, debía cerrar las ventanas. Así lo hice pero al sentirme encerrado volvió a rebotar en mi cráneo el inquietante adjetivo con el que había dormido... ¡Falsificador! ¡Falsificador! Eché vino al asunto

pero la acusación no desapareció. Calculé que si trabajaba de noche obviaría la claustrofobia y tendría las mismas horas para cumplir el encargo así que me tomé un somnífero y volví a la cama.

A las doce de la noche sonó la campana del despertador. Con un sabor metálico en los dientes me incorporé y con la misma ropa con la que me había echado me situé otra vez frente a los lienzos alineados. ¡Estaba quedando bien! Limpié otros dos pinceles y al secarlos inspiré profundamente. Ahora venía lo peor. El óvalo blanco surgía amenazante, parecía provocarme con un... ¡Venga! ¡Atrévete!

Mojé la punta del pincel, tracé una línea horizontal para ubicar los ojos, moldeé con Nápoles las cuencas que debían acogerlos y sin dudar, extendí color para crear los párpados superiores. Interpuse una franja curva, más ancha, y su untuosidad originó la raíz del macizo nasal. Medí en el original y coincidían. Luego, rellené los globos oculares y degradé en la conjuntiva del marfil al azul claro. Un efecto de convexidad hizo esféricos los ojos. Abandoné ese pincel y con otro limpio, de menor grosor, me apoyé en el tiento para manchar simétricamente las pupilas. Retrocedí... ¡Dios mío! Eran demasiado grandes. Me inquieté. Si los ojos no me salen a la primera puedo estar tres años intentándolo. Tomé un trapo immaculado, borré los círculos negros y volví a alejarme. La cara parecía una calavera ¡Tranquilidad! ¡Tranquilidad! Me repetí...

Descorché otra botella y sin dejar de observar el original me serví a tientas un largo vaso. El vino no devolvió el sosiego así que me serví otro, pero no cesó el fino temblor de los dedos. Volví a intentarlo. Me acerqué a los cuévanos y puse dos botones... No quedaron perfectos pero valían. No insistí. Era mejor acabar el conjunto, porque así sin boca y con medio

tabique nasal, los ojos centraban mi atención y cualquier diferencia se hacía en exceso ostensible ¡En efecto! Cuando terminé las luces de las mejillas el conjunto restó importancia a las pupilas y apenas se diferenciaban de las originales. Las medidas seguían siendo idénticas. Entre las aletas nasales y el final del mentón tenía que situar esa vaguedad de carmín que hacía de labios. Mojé el meñique en la pintura y como si estuviera humedeciendo una boca real deslicé el pigmento con suavidad... Me sentí orgulloso. Era la única forma de reproducir esas manchas sin líneas. Sólo quedaban los últimos retoques. Dos brillos sobre las córneas y un sutil naranja en el labio inferior.

Me separé unos pasos... Contemplé original y copia... Sentí pavor ¡Eran similares pero no iguales! El “verdadero” parecía un sillón usado y el mío uno recién salido de la tapicería. Tragué mas vino y pensé en la derrota ¿Qué le sobraba a uno? O mejor... ¿Qué le faltaba al otro? Enseguida lo supe pero me resistía a admitirlo. La pintura de mi cuadro estaba demasiado delimitada. No había fundido el color... Debía eliminar los contornos por sutiles que fueran, pero... ¿Y si no estaba en lo cierto? Al hacerlo modificaría el parecido debiendo empezar de nuevo. Limpiar el lienzo me llevaría horas, además, no tendría arrestos para intentarlo otra vez...

Me sudaba la frente. Quise rellenar el vaso pero había acabado con la segunda botella. La decisión debía ser rápida. Si dejaba actuar al secativo no habría ninguna oportunidad... “¡Esfumato!”... “¡Esfumato!”

Caminé por el estudio con la cabeza adelantada y maldije mis pasos. Lo recorrí nervioso dos, tres veces... Sólo repetía “¡Esfumato!”... ¡Dios mío! “¡Esfumato!” ¡Venga! ¡Ten cojones! Tomé un pincel plano, fundí los límites sin emborronar el color y difuminé las cejas hasta que casi desaparecieron.

La boca no era necesario retocarla. El promontorio nasal se confundió nebuloso con el tabique y evaporé el mentón contra el cuello...

¡Funcionó! Cuando no pude distinguir copia de original cerré los puños...

¡De puta madre! ¡Lo has conseguido!

Retiré el lienzo para la probatinas y cuando los otros dos quedaron solos, confirmé que eran idénticos.

Las cuatro de la madrugada. Me sentí feliz. Sabía que al día siguiente el parecido iba a ser mayor porque el brillo de la pintura menguaría al secarse. Quedaba para este menester todo el domingo y medio lunes.

Y llegó el lunes. La dama plateada fue puntual. Me miró con ansiedad y desde la puerta inquirió.

-¿Y bien? ¿Ha podido usted...?

-Pase y compruébelo -añadí satisfecho-

Con ella venía el silencioso caballero ya conocido y otro, más bajito, llevando un maletín de madera. Me llamó la atención su aspecto. Melena blanca hasta los hombros, gafas de grueso vidrio y un rictus de asco continuo. Parecía un intelectual defenestrado y por más que le miré, no me lo presentaron.

Esta vez había dispuesto un escenario adecuado. Escogí dos caballetes similares, los limpié y coloqué sobre ellos los lienzos debidamente iluminados. La mujer se plantó delante con los brazos cruzados y al cabo de un instante exclamó.

-¡Perfecto!

-¡Genial! -replicó el gafudo que llevaba el maletín-

-¡Buen trabajo! Asintieron los dos a la vez. (El conocido no abrió la boca.)

¡Era verdad! La copia había secado y era indistinguible del original. La dama, con cara de satisfacción, tuvo que mirarlos por detrás para asegurar cuál llevaba la firma.

-¡Perfecto! -repitió-

Luego abrió el bolso y extrajo un manojito billetes fajado con dos gomas.

-Aquí están. ¡Ciento veinte mil! Acordamos eso ¿No?

-¡Pues no! -Contesté- Quedamos en ciento cincuenta y como me anticipó usted una parte... Sólo me debe cien. ¿Recuerda?

-¡Es igual! ¡Acéptelos! El trabajo bien hecho merece recompensa... Es usted verdaderamente hábil.

Sintiéndome halagado comenté que si precisaba nuevos trabajos estaba a su disposición.

-¡Descuide! ¡Descuide! No me ha defraudado. Contaré con usted.

El dinero era importante pero me satisfizo más que una de mis obras recibiera tan dulce crítica ¿Obra mía? ¡No hombre! ¡No! Era sólo una copia. ¡Es igual! Aunque no tuviera genio creativo debía admitir esa lisonja hacia mi habilidad técnica.

-Un favor debo pedirle -Comentó la cliente- ¿Sería tan amable de permitirnos trabajar un momento en su estudio?

-¿Trabajar en mi estudio?

-Sí. En realidad no es preciso que se ausente. No hay nada que ocultar. Puede usted observarnos... Es que la imitación debe ser perfecta ¿Sabe? Nuestro cliente es muy exigente...

-¡Claro! ¡Claro! ¡Cómo no!

El acompañante de pelo blanco se dirigió a la puerta y metió un tablero que había dejado en el rellano ¿Tan convencida estaba la mujer de mi amabilidad que ya había mandado subirlo hasta allí? La propina cobraba

sentido...

El tablero estaba horadado por dos rectángulos. Lo colocaron sobre unas tijeras y encajaron los cuadros con las superficies pintadas mirando al suelo. Formaron así una mesa que permitía acceder de forma simultánea al envés de los lienzos. El gafudo puso el maletín en una silla y lo abrió. El interior, forrado de terciopelo rojo, estaba cuarteado en múltiples compartimientos que contenían botecillos de cristal, plumillas y hojas de bisturí. Extrajo un círculo de cuero y se lo acopló alrededor de la frente. De su extremo colgó una lupa que situó sobre el ojo derecho y curvándose, acercó la nariz hasta la inscripción original. Parecía un loro con el pico clavado en el pecho. Estuvo así unos minutos y cuando terminó se volvió hacia la dama arrugando la frente...

-Va a ser más difícil de lo que pensaba...

La mujer insertó un cigarrillo en la boquilla.

-¿Cuánto de difícil?

-No sé... Tres... Tal vez cuatro horas...

El humo haciendo círculos y las pulseras tintineando me obligaron a intervenir.

-Por mí pueden estar el tiempo que deseen.

-¿De verdad no le importa? -añadió educadamente la mujer-

-No claro...

-Entonces ¡Adelante!

El búho se puso a trabajar. Midió la inscripción con una regla micrométrica, mezcló el contenido de algunos recipientes y probó luego el color sobre un trozo de madera. Lo que al principio parecía una lechuza se convirtió en un buitre de cabeza roja. ¡Cómo sudaba! Los demás permanecimos oyendo nuestras respiraciones hasta que, aburrido, me retiré

al otro cuarto.

¡Falsificación! ¡Falsificación! -Volvió a repicarme un oído-

¡Ciento setenta! ¡Ciento setenta! -Respondió el otro mientras contaba los billetes-

¡Callaos! Ordenó el cerebro... Y me puse a leer.

Habían pasado dos horas cuando volví al escenario de trabajo. El acompañante silencioso estaba en la postura en que le había dejado. La dama, ahora sentada, había llenado el cenicero de colillas y el carroñero, sin chaqueta, pasaba un pequeño ventilador a dos palmos de la madera. Con el pelo revuelto y la camisa empapada lo movía como si fuera un amplio abanico.

-Ya casi hemos terminado -Comentó-

Al cabo de unos instantes paró el ventilador y graznó satisfecho...

-¡Ya está! ¡Ya está!

Nos acercamos al tablero y vimos el milagro. ¡Qué tío! Ahora, los cuadros eran idénticos, por delante y por detrás eran idénticos. El de la derecha el original y el de la izquierda el falso... O ¿Era al revés?

Al cerrarles la puerta me invadió una sensación placentera. Palpé el bolsillo y extraje el billetero para meterlo en la caja de puros.(*). Pero... La tranquilidad duró tres días ¡Tres! Ese número cabalístico fue el tiempo que duró mi felicidad...

(*) Nota del recopilador. Por supuesto no he encontrado esa caja de puros.

El jueves, a las diez de la mañana, alguien golpeó la puerta con los nudillos. Dos hombres trajeados esperaban en el rellano. El más alto pronunció mi nombre de forma interrogativa y cuando asentí, el segundo dejó de apoyarse en la barandilla. Me lo tragué. Eran dos policías. Nunca había visto una placa tan de cerca y tuve el presagio de que su brillo no iba a traer nada agradable. Cuando me pidieron que les acompañara el presagio se tornó en realidad...

-¿Acompañarles? ¿Sucedo algo? -Musité-

-Rutina, sólo rutina. -Contestaron al unísono-

Entonces sí que me cagué. La palabra “rutina” es la peor que te puede soltar un “poli” cuando te visita. No entraron en casa. Me dejaron coger una chaqueta y cuando, en broma, extendí las muñecas para que me esposaran volvieron a insistir... -Rutina... Es sólo rutina.

¡Al menos no estaba detenido! Subí al coche y me dio la impresión de que todos los ojos del barrio me miraban. Ocupé el centro del asiento posterior y no abrimos la boca en todo el trayecto, excepto el conductor que bostezó.

Cuando llegamos a comisaría me introdujeron en un despacho y tras un ¡Siéntese! Los dos morlacos desaparecieron.

El cuarto contenía dos mesas metálicas enfrentadas. Sobre ellas, sendas máquinas de escribir, carpetas, muchos folios revueltos, tres ceniceros repletos y algunos vasos de plástico con café coagulado. No me moví.

¿Por qué estaba allí? ¡Falsificación...! ¡Falsificación...! Buscando otra razón apareció la cara del Amaro, pero aquello era asunto pasado, además, doña Marga confesó que ella firmaba los pagarés... No hijo ¡No! ¡Ya verás! ¡Falsificación...! ¡Falsificación...!

En el reloj saltaban las saetas inexorables. Pasaron veinte minutos y seguía sentado en la misma postura. Un bigotito oficial con su Laureada no dejaba de vigilarme desde la pared. Crucé las piernas y le saqué la lengua... ¡Qué susto! De repente la puerta vidriada se abrió. Como si huyera de un león entró un gordo con un puro apagado en la boca y sin dar tiempo a que me levantara bramó...

-¡Siéntese!

¡Otro siéntese imperativo! -Pensé- Me ponen enfermo, suenan a “muérase”, a “púdrase”. pero... Seguí sentado ¡Claro! El obeso se colocó frente a mí, cogió un vaso de plástico, apuró su contenido y aplastándolo entre los dedos lo encestó en la papelera.

-¿Hace un café?

-No gracias, pero... ¿Si usted quiere?

-¡Hombre! Tiene que querer usted ¿No?

-Claro, claro...

La verdad es que algo acojonado ya estaba. Aunque me hubiera ofrecido té lo hubiera tragado con gusto.

-¿Es usted pintor?

-Sí... Sí señor.

-¿Lleva encima el D.N.I.?

Saqué la cartera, rebusqué nervioso entre las orejuelas pero no lo encontraba. El policía tamboreó con los dedos sobre la mesa y chupó del puro sin lograr iluminar la punta. Tras unos instantes ¡Por fin apareció!

-¡Aquí está!

Miró la foto, me repasó de frente a mentón y dio vuelta al carné añadiendo...

-¿Este es su domicilio habitual?

-En efecto...

-¡Está bien! ¡Guárdelo!

El hecho me infundió valor. A los detenidos se lo quitan. Aliviado momentáneamente inquirí con altanería...

-¿Puede usted decirme la razón de este?...

No acabé...

-¡Cállese! ¡Y hable cuando le pregunte!

El hombre levantó algunos papeles y tras varios intentos encontró un mechero. Lo aplicó al extremo ceniciento y antes de que volviera a apagarse exhaló una bocanada pestilente.

-¿Acaso desconoce usted por qué está aquí?

-Pues... La verdad. ¡Sí!

Otra fumarola y podía vomitar...

-No lo sabe ¡Eh!

-¡No señor! -respondí-

El comisario se recostó contra el respaldo y volvió a succionar pero no salió humo. Cuando iba a dirigirse a mí otra vez la puerta crujió...

-¡Jefe! ¡Jefe! Han localizado al “Rana”

-¡No jodas! ¿Cuándo?

-Hace unos minutos.

-¡Voy echando leches!

Y salió sin decir nada. Volví a quedarme solo. El círculo minutado siguió su oficio y me pareció que el “General” se reía de mí. El seboso volvió a los quince minutos.

-¿Estábamos? ¡Ah sí! ¿De veras no sabe la razón?...

-¡No! La desconozco, nadie me ha dicho nada.

-¡Ya!

-¿Estoy detenido? -Decidí aventurarme-

-¿Detenido? ¿Hay alguna razón para eso?

-No. Que yo sepa, ninguna.

-¿Entonces?

El diálogo recordaba a las confesiones que de crío soportaba antes de ir a comulgar. “*Padre he mentado, he desobedecido... he...*” y el cura preguntaba con morbo *¿Nada más hijo? ¿Está seguro hijo? ¿No comete actos impuros hijo?*

Aplastó la colilla en el cenicero y la miró con nostalgia. (En ese momento un Montecristo me hubiera venido bien.)

-¡Vamos a ver! ¿No es menos cierto que usted ha pintado recientemente un cuadro para Doña Margarita Robledo?

-¿Para quién?

-Para Doña Margarita Robledo de Cifuentes.

-¡No sé! Yo pinto cuadros pero no conozco a esa señora.

-Tiene que recordarla. ¿Acaso le pagan quinientas mil pesetas por todos los encargos?

-¿Medio millón? Yo no he cobrado nunca medio millón. Se han equivocado de pintor.

-¿Reconoce esta cara?

El comisario me enseñó una foto en la que aparecía la dama de las pulseras.

- Sí. Yo he pintado un cuadro para esta señora pero ignoraba su nombre... Además, no cobré medio millón.

-¿Cuánto cobró?

-Ciento veinte... ¡Bueno!...Ciento cincuenta mil...

-¿Tan poco pagan por una falsificación?

¡Lo tenía claro! Intenté hacer de mi palidez un sonrojo y “muriendo

palante” levanté la voz...

-¿Falsificación? ¡Yo señor mío hice una copia, no una falsificación!

Al cabrón se le inyectaron los ojos.

-¡Sin chillar! ¡Eh! ¡Sin chillar que le...!

Tuve suerte. Antes de escupir la amenaza volvió a entornarse la puerta y entró la cabeza de antes vociferando...

-¡Le han cogido Jefe! ¡Le han cogido!

El comisario saltó del sillón.

-¡Cojonudo! ¡No me lo pierdo!

Iba a dejarme otra vez pero antes de esfumarse miro el reloj y dijo...

-¡Anda qué tarde! Mete al “Rembrandt en la “provisional” que luego sigo con él.

Y se fue. Sentí un mareo. ¡Iba a ir a la cárcel! En mi mente se mezclaron las recriminaciones de don Simón... *“¡Sigue! ¡Sigue así! Acabarás en la cárcel”* *”Muchacho... Eres pasto de caponera”*... Todos mis antiguos compañeros aparecieron afirmando con la cabeza... *“Lo ves, lo ves... ¡A chirona! ¡A la trena! ¡A la gayola!... ¡Pasto de caponera!* Sin saber la razón me puse a tararear. No quería hacerlo pero sólo me salió tararear... *“¡Parapám, parapam-pampám, parapám param-pampám!”* Canturreaba esa música que suena cuando los buenos persiguen a los raptos de la “chica”... *“¡Parapám, parapam-pampám, parapám param-pampám!”* Y así seguí a pesar de que el guardia repitiera que era una detención preventiva, que como mucho podía durar 24 horas, que... ¡Era igual! La orquesta ganaba maestros y cuando los barrotes vibraron a mi espalda me hice un ovillo en la esquina de la celda para seguir el concierto... *“¡Parapám, parapam-pampám, parapám param-pampám!”*

Tuvieron que pasar varios minutos hasta darme cuenta de que no estaba

solo en palacio. En la jaula había otros “canarios”. Exactamente dos, un tostado y uno rubio. En la litera superior yacía un negro y en la inferior un joven de veinte a treinta años que escuchaba mis evoluciones musicales enternecido. El de arriba sin mover una oreja preguntó...

-“¿Po qué tan trincao?”

Yo seguí... “*¡Parapám,? parapam-pampám, parapám param-pampám!*”

-“Vale leño. Si no quíe hablá, no hable. Pero como no deje de cantá te corto lo cojone? ¿Te paece?”

Mi carga militar no cejaba “*¡Parapám, parapam-pampám, parapám param-pampám!*”

-“¡Odé! ¡No pueo aguantá! ¿Te calla tú? ¿Te calla?”

Y elevé a mala leche el volumen... “*¡Parapám, parapam-pampám, parapám param-pampám!*”

Dándose la vuelta se enroscó la almohada en la cabeza y volvió a gritar...

-“¡No pueo! ¡No pueo aguantá! ¡Te mato si no calla!”

Pensé que jamás volvería al estudio, que me iban a caer cuarenta años, que saldría del penal en una caja de pino... El joven rubio recriminó las amenazas al negro y se me acercó. Pasó su brazo por mi hombro. En condiciones normales le hubiera dado una hostia pero en ese momento agradecí su contacto. Con voz suave dijo...

-Mira amigo, contar las penas hace bien. Las palabras desahogan más que los tambores ¡Anda! Recítanos tus cuitas y nosotros te diremos si en verdad necesitas la música...

Se llamaba Javier. Comentó que también era víctima del funcionariado y que comprendía mi actitud porque, la primera vez, él también había montado un recital. Silencié la ópera y le separé el brazo.

-¿Has reflexionado por qué te lamentas? ¿Sufres por arrepentimiento o por

vergüenza?

Seguí en silencio.

-El arrepentimiento no tiene sentido. Lo hecho... ¡Hecho está!

Le miré sin hablar.

-¿Es por vergüenza?... ¡Ay! La vergüenza no te tiene como objetivo. La vergüenza nace del temor a lo que opinen los demás. ¿Te importan los demás? ¿Sí? Entonces piensa que con toda seguridad también les importas a ellos y, por tanto, te quieren... ¡No sientas vergüenza! Dinos compañero... ¿Qué sientes? ¿Arrepentimiento o vergüenza?

¿Quién era ese individuo? ¿El cura de la celda? ¿El psiquiatra? Volví a recorrerlo con la vista y aprecié su porte refinado. Olía a tomillo y vestía un pantalón de pana marrón con jersey de lana a tono. Su cara tenía rasgos nobles, no como los de ese negro zumbón que había amenazado con cortarme los huevos. Sin embargo... Aunque no arqueara la muñequita... ¡Uy, Uy! Lo cierto es que dejé de hipar.

-¡Ven! Siéntate a mi lado. ¿Sabes por qué estoy aquí? ¿Quieres saberlo?

Negué con la cabeza.

-Por romper farolas.

-¿Por qué? -Pregunté sorprendido-

-¡Hombre, por fin hablas! ¡Sí! Por romper farolas...

De repente sonó un pedo ¡Dios! Fue un pedo gigante. Creí que el negro se había reventado y volví la cabeza mirándolo con asco...

-Me cargué tres farolas con la misma piedra. Me apeteció... ¿Sabes? No pienses que había bebido ¡No! Sólo me apeteció y las reventé...

Sonó otra traca y nos quedamos en silencio. Esperamos disculpas pero no llegaron. El guarro ni se inmutó.

-Ya ves... O las pago o me quedo aquí veinticuatro horas. Pero... ¡No más!...

Tienen que soltarme. Luego ya vendrá el juicio.

Me sentí otra vez reconfortado. Yo no había roto nada... ¿En realidad...?

Hasta ese momento no había reflexionado pero... ¡No había hecho nada!

-¿Y tú? ¿Por qué estás aquí?

Conté lo sucedido y antes de que Javier diera su opinión el ventoso giró el cuerpo gritando...

-“¡Odé! ¿Y po eso está tú nevioso? ¡Ere un tonto cabró!”

Estuve a punto de levantarme pero, esos ojos amarillos que parecían salir de un túnel, me infundieron paciencia...

Javier sonrió enseñando unos dientes uniformemente blancos.

-No te enfades. El moreno tiene razón. Ni siquiera tendrías que estar aquí, de hecho, si yo fuera tú les pondría una denuncia. Han cometido arresto indebido.

-¿Denunciarlos? ¿A ellos? ¿A la policía?

-Pues claro. ¡Vamos a ver! ¿Te han acusado de algo?

-No.

-¿Te han tomado declaración por escrito?

-No.

-Lo ves. ¡Demándalos!

Volvió a pasar su brazo por mi hombro y lo tensó presionándome el cuello. Reflejamente me aparté pero no queriendo ser arisco, lo hice simulando que necesitaba aire. Luego me hinché como un globo y di varias vueltas al recinto.

-“¡Odé! ¡Odé! ¡Denuncia esos bodes! ¡Denuncia! ¡Tu ere blanco!” -añadió el “africano” levantándose del catre-

-“¿Sabe tú po que yo estoy? ¿Sabe?”

Lo ignoraba pero cuando se acercó advertí que era todo músculo varicoso.

Me alegré de mi continencia de carácter...

-“¿No sabe? ¡Eh! ¿No sabe?... Pué po dogas...”

-¿Po dogas? -repetí-

- ¡Zi! ¡Po dogas...!

-Quiere decir por tráfico de drogas... -Aclaró Javier-

-“¡Zi! ¡Zi! Medio kilo en culo. Medio kilo de hachí bueno...”

No pude contener la risa. Eso explicaba el volumen de sus pedos. Si le cabía medio kilo sólido en el culo, ¿Cuánto gas podría contener?... Pero, al “labios carnosos” no le parecieron bien mis carcajadas.

-“¿De que ríe tú? ¡Eh! ¿De que ríe?”

-De nada, de nada...

El ofendido volvió a tumbarse haciendo chirriar el jergón.

-“¡Poca compasió tiene con negrito! ¡Odé! ¡A ve si te rajo el cuepo!”

Javier terció.

-No temas, “Chocolate” es buena persona. No raja ni una sandía...

-“Zi pero que no ría ¡Eh! Que no ría de chocolate...”

-Perdona hombre no me río de ti...-Me disculpé-

Tras un breve silencio Javier volvió a acercarse...

-¿Estás más tranquilo?

-Sí, gracias... Estoy mejor ¿Puedo fumar?

-¿Llevas tabaco? - exclamaron a la par-

-Claro...

-¡Echa un pito!

-“Chocolate también quie fumá” ¿Ez rubio?

-No. Es... “chocolate” -Me salió sin mala intención-.

Javier carcajeó.

-“¿Ya tú te bulas otra vez de mí?”

-¡No hombre! ¡No!

Y nos fumamos el cigarrillo de la paz.

-¿Así que eres pintor? ¿Y que tal se vive de eso?

-A ratos -contesté sincero-

-¿Y qué pintas?

-De todo.

-“¿Tú pintaz caras?”

-Sí claro, hago retrato...

-“¿Tú pintarás a Chocolate cuando salga?”

Me imaginé a chocolate enmarcado y se me pusieron los pelos de punta.

-¡Claro! Aunque... Los curas tendrán que vestir de rosa...

Javier volvió a reír y Chocolate a mosquearse.

-¿Ma risa? ¿Ma risa? ¡No entiendo! ¿Pero ma risa?

-¡Tranquilo choco! Nadie se burla de ti. Es un refrán español.

-¡Vale! Peo no ma risa ¡Eh!

-¿Y a mí? ¿Me harías un retrato? -añadió el rubio-

-Igual que a “Chocolate” ¡Claro!

-¿Qué pasa? ¿Conmigo los trigales serán siempre verdes...?

Por primera vez Javier dobló la muñeca y se curvó apoyando la mano en la cadera...

-¡No hombre! No tienes la cabeza tan grande...

A las dos horas vinieron por mí. El comisario ya había cazado al “Rana”, me despedí y antes de abandonar la celda les ofrecí el paquete de cigarrillos. Chocolate no se movió. Extendí la mano y Javier abarcó la mía delicadamente, sin hacer apenas presión.

-Gracias por el tabaco y por ofrecerme tus pinceles pero... No sé dónde

vives...

-Perdona, tienes razón.

Y en el paquete escribí mi dirección intentando que no la viera el negro. No me gustan los pedorros. Cuando dieron vuelta a la llave, ya detrás de los barrotes, me despedí del tumbado...

-“¡Adió mi niño! Sé bueno Si negrito mete más kilos en culo no saldrá... Y no podé pintalo!”

Javier volvió a mostrar sus dientes insalivados y Chocolate se revolvió...

-“¡No! Negrito no más doga en culo ¡No!

El juicio salió y contra toda norma en un mes. Resultó que, en efecto, la señora de negro había vendido mi copia pero, según ella, sin pretender que fuera el original. El caso es que los compradores habían denunciado el hecho y la presunta timadora no se avino a devolver el dinero.

Cuando entré en la sala crujió la tarima. Allí estaba mi patrona, dándome la espalda, con el cuello recto y la barbilla elevada. Su pose era digna; todo lo contrario que la del “búho-grafista”. El pobre limpiaba continuamente los vidrios de las gafas con la expresión de no creer lo que estaba pasando. Recordé mi experiencia en el calabozo y sentí pena por él. El caballero de mediana edad, el silencioso que siempre acompañaba a la dama, no estaba en el banquillo. Se sentó en los bancos posteriores porque la audiencia fue pública. Miré a la derecha y observé a los demandantes; un matrimonio elegantemente vestido que había cometido la torpeza de pagar por mi cuadro casi tres millones de pesetas. Y ¡Allí estaba yo! Era mi primera (y hasta hoy única) experiencia frente a la “lex”.

La Justicia, hecha carne en tres senectos de aspecto bonachón, era flanqueada por un abogado defensor a la diestra y por el fiscal a la siniestra. El defensor, moreno, delgado y espigado. El fiscal, calvo, cebón y bajito. ¡Eso sí! todos de negro, muy serios, macabramente serios, porque ya se sabe la Justicia es muy seria... Aunque a mí, esa gravedad ritual de togas azabache, esos amaneramientos lingüísticos me parecieron una farsa ridícula, una comedia en la que hasta yo, tenía que interpretar un papel aunque fuera con monosílabos...

-¿Pintó usted ese cuadro?

-Sí.

-¿Lo hizo por encargo de esa señora?

-Sí.

-¿Fue usted remunerado por ello?

-¡En efecto! (Añadí una morcilla por no repetir la afirmación.)

-¿A cuánto ascendió el caudal pecuniario que recibió?

-”¿Cuálo?” (Había entendido la pregunta pero la tragedia debía tener una pincelada de comedia)

-¿Que cuánto cobró?

-Cien mil pesetas.

-¿Cuánto?

-Ciento veinte mil...

-¿Está seguro?

-Ciento cincuenta mil... ¡Se lo juro!

-Ya ha jurado usted. No hace falta que lo haga dos veces... Que conste en acta que la acusada afirmó en su día haber retribuido al autor con un millón quinientas mil pesetas.

¡Divino! -pensé- El comisario medio millón, éste un millón y medio... Al

final llegaremos a cinco...

Sin hacer más preguntas, el “siniestro” se retiró a su guarida. Al sentarse plisó su toga, como hacen las beatas antes del sermón, y luego, apoyando la cabeza sobre el puño pareció provocar a su colega con un...”*¡Chúpate esa!*”
 ¡Estaba harto! Si debía ir a la cárcel que fuera cuanto antes. Quería acabar pronto. Hasta traía el dinero para devolverlo pero... Curiosamente, no volví a actuar, nadie volvió a interesarse por mí. El defensor repetía una y otra vez que la dama había vendido una obra pero que en ningún momento estuvo en su ánimo significar que fuera un Bagüés original.

-“La obra es bella Señoría y de calidad... ¡Admírela!” Su precio es una suma “racional” ¿Quién pone precio al arte sino el que desea comprarlo?... Mi representada pidió esa suma y los demandantes, libre y voluntariamente aceptaron la compra ¿Dónde está el engaño Señoría?

El grafista sudoroso se defendió comentando que jamás había intentado copiar la firma sino “hacerla muy parecida” y, además, que él había reproducido la frase sin saber el destino de su trabajo...

¡Total! Cuando llegó la hora de comer, las abstracciones hicieron crujir los estómagos y el estrado se pronunció...

-“Bla...bla...bla...” y “Bla, bla, bla”... Debemos resolver y resolvemos que...

La dama fue obligada a reintegrar lo cobrado quedando la copia en su propiedad. El grafista fue exculpado y al pintor, al pobre pintor... ¡A ése ni se le nombró!

Un golpe de mazo vació la sala y el público desfiló defraudado ante la parquedad de la sentencia. ¿Eso era todo? ¿Para esto tantas leches?

Inocentemente me acerqué al abogado defensor y le comenté si tenía que

devolver el dinero. Éste, mientras cerraba la cartera, contestó...”

-Señor mío... ¿No ha escuchado usted que mi defendida vendió ese cuadro sin ánimo de hacer creer que era verdadero?

-Sí claro.

-¿Usted lo pintó con el mismo convencimiento?

-¡Por supuesto!

-¿Fijó usted los honorarios en esos términos?

-Sí.

-¿Los aceptó ella?

-También...

-Ergo... El dinero es suyo... ¡Amigo mío!

El telón cayó. La función había terminado. La venta no había sido fraude ni había existido falsificación; incluso el juez podría haber dictado que no existía “caso”, de no ser porque la dama de las pulseras rechazó un trato con los demandantes. Había preferido jugarse el resto y ahora tenía que pagar las costas. Maldije la angustia que había marcado las horas del calabozo. Ni tan siquiera había participado como acusado; me dirigí hacia la dama para decirle que ¡Nunca más! Pero cuando acudí ya había desaparecido.

Lo curioso es que mi pintura fuera nominada en público como “Obra bella, de calidad” y que supuestamente alcanzara su más alta cotización. ¡Un millón quinientas mil pesetas! Reflexioné. Me alegré de no haber encontrado a la mujer. Si esa señora volvía a pedirme que copiara un Modigliani, a ese precio y con esa magnanimidad legislativa, lo haría, y no sólo un Modigliani, también un Rubens, un Picasso o un Goya. ¡No te jode!

Hojas de la 181 a la 191. La letra es minúscula y se aprovecha todo el folio. En alguno de ellos las líneas se escriben verticales sobre los renglones. Existen varios diálogos intercalados pero sólo se transcriben los coherentes con la línea argumental.

De las bolsas de papel marrón sobresalían hojas de lechuga, barras de pan y dos cuellos de botella. Casi no le reconocí pero cuando me enseñó los dientes me acordé del que me había consolado en el calabozo.

- ¡Javier! ¡Qué sorpresa! ¿Viene contigo el negro?

-No preguntes y ayuda... Que se me caen.

-Apoya... Apoya aquí... ¿Dónde vas tan cargado?

-Es para ti

-¿Para mí?

-Bueno... Para los dos... Ya te cuento ¿Puedo pasar?

Cogí un paquete y guiándole hasta la zona que hace de cocina lo deposité sobre la mesa. Javier soltó un bufido, se miró los dedos, los tenía mellados y como si quisiera consolarlos los usó para alisarse el pelo.

-¿Recuerdas lo de las farolas? -Preguntó-

-¡Claro! ¿Qué pasó al final?

-Pues el asunto se complicó un poco pero... ¡Aquí estoy! No sabía con quién cenar y recordando tu dirección me he dicho... ¡Venga! ¿Hay mejor celebración que el banquete al lado de un amigo?

¿Amigo? -pensé- ¿Ya somos amigos? Yo en tantos años no he hecho uno y éste, por unas horas de calabozo, ¿Me considera su amigo...? Pero no quise ser grosero y disimulé...

-¡Me parece bien! Y dime ¿Cuántos días estuviste en la jaula?

-¿En el calabozo? Uno más que tú... Pero luego en la cárcel quince...

-¿Quince?

-¡Sí! Le llevé la contraria al juez y se puso como un grifón. El viejo quería que pagara ochenta papeles por cada farola y me declaré insolvente.

-¿Y por qué no llamaste? Yo hubiera...

-¡Bah! La cárcel no me disgusta. Es como mi casa... Siempre que sea por poco tiempo es como mi casa. Allí tengo de todo, además, saludo a los amigos...

-¿No me digas que has estado muchas veces en la cárcel?

-Digamos que alguna pero siempre por pequeñeces. ¡No temas! No soy un asesino... ¡Ji! ¡Ji!

Acercó la mano para pellizcarme la barbilla pero me retiré reflejamente. Él apreció el gesto y sin darle importancia comenzó a vaciar las bolsas con la alegría de un crío que rebusca en el interior de una piñata.

-¡Ves! Pan, vino, lechuga, carne...

-Ya veo, ya veo... Has traído comida para cinco batallones. Por cierto ¿Qué fue del el negro del calabozo?

-No sé. Le soltaron pronto. Creo que le deportaron.

-¡Que se joda! -Añadí sin meditar-

Javier estiró el cuello apuntando un gesto de desaprobación...

-¿Era amigo tuyo?

-No. Pero los “tostaos” lo tienen muy jodido. Vienen al paraíso para vivir como los blancos y siempre fracasan porque su piel es un tono más oscura que la de un granadino... ¿Entiendes? ¡En fin! Dejemos el tema... Su error fue traer las divisas metidas en el culo... ¿Oye? ¿Sabes cocinar?

-Poco ¿Y tú?

-¡Claro que sé cocinar!

-¡Perfecto! Entonces yo haré las salsas. -Añadí-

-¡De eso nada! Las salsas son la firma de un plato, y yo siempre firmo mis

creaciones ¡También las haré yo!

-Te entiendo, te entiendo... No discutiré. Ahí tienes la cacharrería... Como si estuvieras en tu casa.

-Necesitaré un plato grande, una ensaladera, una... Pero dime antes ¿Qué quieres para cenar?

-¿Cualquier cena?

-¡Claro!

-Entonces... Langosta a la plancha...

-¡De acuerdo! Pero como no la saques tú...

-Pues si no hay langosta querré... Acelgas con patatas y filete a la plancha.

-¡Perfecto! Eso está hecho, pero antes un poco de vinito... ¿Hace?

Me chocó la elegancia con la que descorchó la botella. Evitó moverla en exceso, eliminó en vaso aparte los restos de corcho y sirvió dos copas hasta la mitad. Canteó la suya para observar el tono del caldo, lo olfateó y luego lo llevó a los carrillos bañándolo antes de deglutirlo. Hizo esto con gestos sobrios, sin posturas, como si fueran actos imprescindibles, como obligatorios...

-Te gusta el vino ¿Eh? -pregunté-

-Más que las mujeres... ¡Ji! ¡Ji!

Volví a envidiar esos incisivos perfectos pero advertí en su gesto un coqueteo amanerado... ¡Se confirmaba la plumita del cocinero!...

-¿Qué vino prefieres el joven o el viejo? -Preguntó-

-Todos, todos tienen su sitio, pero si me haces elegir, prefiero el viejo.

-¡Claro! “*Vieja madera para arder, viejo vino para beber y viejos autores para leer...*”--Añadió con seguridad-

-¿Acaso me llamas viejo?

-No hombre ¡No! Es que sobre el vino sé pocas citas.

-¿De quién es?

-Ni idea...

-Escucha ésta: *“El vino alegra el corazón del hombre”* ¿Qué te parece?

-Pues no es que sea muy original ni tampoco ingeniosa.

-¿No quieres saber de quién es?

-Por su estructura e insipidez no puede provenir sino de algún libro sagrado.

-La conocías ¿verdad?

-No.

-Pues... En efecto, es de los Salmos.

-Lo intuía... ¡No me gusta! ¿Es que el vino sólo alegra el corazón de los hombres? ¿Y el de las mujeres? ¿Y el de los demás?...

-¿Tu crees que las mujeres tienen corazón?

-¡Ja! ¡Claro! ¿Por qué no han de tener corazón las mujeres? ¡Escucha ésta! Es mejor que la tuya... *“El amigo nuevo es como el vino joven: envejecerá y lo beberás suave, suavemente... muy suavemente...”*

Javier blandió la copa contra la luz y sonrió con picardía. No sé por qué pero me sentí incómodo.

-¿Tampoco sabes de quién es? -pregunté-

-Tampoco.

-¿Te aprendes de memoria las frases y tanto te cuesta recordar al autor?

-Los autores no importan. Lo vital es el mensaje ¿No crees?

-Puede...

Y levantamos las copas. Quiso mirarme de frente pero desvió los ojos hacia la carne que se retorcía en el aceite.

-Una pregunta indiscreta ¿Puedo? -Rompió Javier el silencio-

-Dime...

-¿Vives solo?

-¿No lo ves?

-¿Eres viudo?

-No.

-¿Soltero?

-No.

-Separado.

-¡En efecto!

-¡Que pena!

-¿Dices eso porque piensas que vivir solo es una desgracia o porque te gustaría que estuviera con alguien?

-¡No! Lo digo porque si me respondes otra vez con un “No” me hubieras alegrado la noche...

Tardé en percatarme de las posibilidades que quedaban de haber contestado con otro “no” y acepté la primera andanada. Si seguía así, Javier no cenaba en casa y él debió captar mi pensamiento porque cambió radicalmente de actitud...

-¿Y hace mucho tiempo que te separaste?

-Ni me acuerdo. Cuando tenía veinte años cometí la felonía de casarme pero mi esposa fue inteligente, presumió dónde se había metido y eligió algo más sólido...

-¿Estabas recién casado y no tenías nada sólido? Ji, Ji...

-¿Oye? ¿Te han dicho que eres ocurrente?

-¿Acaso te molestan mis bromas?

-No, pero si no te importa preferiría hablar de otro tema...

-Como quieras, como quieras... Necesito un plato hondo ¡Gracias! Pero

lávalo si no te importa...

-¿Está sucio?

-¿Sucio? ¡Está marrano! Límpialo por favor.

Obedecí pero a mí el plato me parecía una patena.

-¿Y desde entonces has vivido con alguien?

-A temporadas pero las mujeres no aguantaban la prueba de Otelo.

-¿Qué?

-Sí; las someto a la prueba de Otelo, aunque...

-¿A la prueba de Otelo?

Me quedé en silencio a mala leche...

-¿Qué prueba es ésa?

-¡Déjalo! Es una tontería...

-¡Cuenta! ¡Cuenta! ¿Qué prueba es ésa?

-¡Bah! Una sandez...

-Venga no te hagas de rogar ¿Más vino?

-Está bien, si me sobornas con vino no puedo resistirme ¿Qué debía contarte?

-¡Hombre! Lo de la prueba de Otelo...

-¡Ah! ¡Ya!... ¡Ponme otra copa!

Permanecí unos segundos deglutiendo y Javier no pudo disimular la impaciencia.

-¿Arrancas o no ¡Capador!

-¿Qué me has llamado? -Amenacé en falsete-

-Senador... Te he llamado “Senador” Pero cuenta... ¡Venga! Cuenta...

- Si lo pides así... Verás... Si alguna vez he metido una mujer en mi cama ¿Sabes cómo lo he logrado?

-No.

-Pues por medio de la adulación. ¡Claro!

- Pero eso pasa con todas ¿No?

-Pero en mi caso más porque nunca fui un adonis y de “pasta” siempre he ido flojo. ¡Sí! Las adulaba, les hacía ver que eran ángeles acorpóreos, que si respiran era porque la naturaleza había pactado ese gesto soez para permitir que su belleza subsistiera... ¿Entiendes?

-Sí y No -contestó Javier esperando más aclaraciones-

-¡Está claro! Les decía que yo había sido diseñado para adorarlas, para que siguieran siendo sutiles rastros de estrellas, para...

-¡Ya! ¡La seducción mentirosa!

-¡Exacto! Al principio todo va bien... Les gusta, les gusta mucho. Ellas lo llamaban “*sentirse mujer*” ¿Pero sabes que pasa luego? Una vez que se sienten mujeres ejercen como tales e intentan clavar la bandera en el terreno conquistado. Te has preguntado ¿Por qué las mujeres no pueden amarnos sin poseernos?

-Tal vez porque el amor sin posesión se llama amistad... ¿No? -contestó Javier interrumpiendo-

-Puede... Pero yo cuando percibía el peligro, cuando intuía que mi libertad estaba en juego, entonces les solicitaba una licencia amatoria especial... ¡Y todo se arreglaba...!

-¿Dónde guardas el vinagre?

-En el segundo armario.

Esperé unos segundos y la curiosidad reinició el relato.

-¿Y qué les pedías? Alguna guarrada ¡Seguro!

-¿Que va! Les pedía que me dejaran apretarles el cuello cuando surgía el momento del placer supremo...

-¡No fastidies!

-¡Sí! Entonces sus ojitos se abrían con sorpresa, pero siempre cedían “*Como tú quieras amor...*” Al principio lo hacía con suavidad... ¡Uiggg...! A la noche siguiente más fuerte.... ¡Agggg...! A la quinta sacaban la lengua como las vacas cuando comen paja.

-¡Qué bestia!

-¡Sí! Y como se me antojaba que me estaban haciendo la burla, yo también sacaba la mía y no veas el babeo que se organizaba...

-¿Y ellas? ¿Qué decían?

-Supongo que sintiendo cada vez más cercana la posibilidad real de convertirse en “ánimas etéreas” pasaban miedo. El caso es que siempre funcionaba. Todas salían por piernas. Ninguna se quedó diciéndome “*¡Mátame! ¡Mátame amor mío!*” Y eso que mis dedos nunca se juntaron por detrás de sus nuca... ¡Sí! Todas se levantaban gritando *¡Bruto! ¡Animal! ¡Onagro!* Y yo tenía que morder la almohada para que no me delatara la risa. Alguna volvió remisa a la cama pero cuando notaba que se arrebujaba otra vez entre las sábanas; entonces le susurraba a la oreja... ¿Repetimos amor? ¡Y no fallaba! Se vestía y se iba.

Javier atendía esbozando una sonrisa.

-¿Que sólo me gustaba para un polvo? La estrangulaba la primera noche. ¿Que merecía tres? Entonces, poquito a poquito, pero siempre terminaba solo...

-¡Qué cerdo! ¡Ji! ¡Ji! ¿Es cierto?

Javier reía chirriando. Parecía un conejo en plena cópula. Me hizo gracia esa risa nasal y me contagié. Reímos los dos y cuando logramos ponernos serios añadí...

-Era cojonudo. Unas veces usaba pañuelos, otras una cinta de envolver regalos, incluso lo intenté con los pies...

-¿Con los pies? ¡Como los monos! ¡Ji! ¡Ji!

-Sí, como los monos... La que atacó con los pies ni siquiera llegó a desnudarse ¡Era muy fea!

-¡Ji! ¡Ji! ¿Y nunca topaste con una masoquista?

-¡Claro, claro! ¿Acaso crees que esta táctica me la inventé yo?

-Lo ignoro pero admito que es la manera más prosaica que he conocido de librarse de las mujeres -asintió Javier- ¿Es que no tienes otra menos cruel para arreglar tus cuitas de amor? ¡Ji! ¡Ji!

-No. No he encontrado otra mejor. Verás... Si les decía la verdad luego me remordía la conciencia. No tenía cojones para soltarles... *“Mira nena sólo quería follar contigo”* ¡Además! Así se sentían burladas, lloraban, y yo me convertía en un gusano. Con este truco eran ellas las que se escapaban. De este modo se liberaban, me dejaban, me despreciaban y cuando se levantaban gritando *“¡Monstruo! ¡Que te aguante tu madre...!”* Salían con su amor propio incólume ¿No te parece? Hasta las más educadas se permitían desaparecer gritando un *¡Ahí te jodas...!”*

-¡Ji! ¡Ji! ¡Anda! Alcánzame un cuchillo ¡Farsante...!

-¿Farsante? Te he dicho la verdad y, además, ya te he comentado que no soy dueño de la idea. El truco me lo enseñó precisamente un *“Ángel de escarcha”* *“Una mariposilla de polen”*.

Descansé un instante pero Javier, además del cuchillo, me pidió que continuara.

- Si no me cuentas lo que falta dejo que se quemen los ajos...

-¡Ya sigo! ¡Ya sigo! Pero no dejes que se quemen ¡Por favor! No me gustan los ajos socarrados.

-Pues sigue cuentista...

-Verás... Una noche, tras varios escauceos contra unas piernas remisas a

disociarse, me quedé desparramado sobre el colchón. Aún tenía el sabor dulzón de sus labios cuando me dije... “Esta chica es guapa, culta, huele bien y si lo consigo chillará cuando llegue al orgasmo...” ¿Qué más quiero? Le propondré que pase un tiempo conmigo... Y así fue, pero no había manera de hacerla gozar hasta que, a la cuarta noche, el querubín amado, se tendió sobre mi pecho cuchicheándome al oído... “*Cierra los ojos y abandónate amor mío...*”

-¿Y qué hiciste?

-¿Qué iba a hacer? Me abandoné y cerré los ojos.

-¿Y? ...

-¡Cuida los ajos que se están quemando!

-¡Ya los saco, ya los saco!... ¡Sigue!

-Pues que volví a abrirlos cuando noté que algo me recorría el cuello.

Hice otro silencio para sorber de la copa.

-¿Y qué? ¿Qué pasó?

-¿Qué pasó? Pues que ella era muy feliz. Su orgasmo se alongaba por segundos pero yo no había practicado el submarinismo ¡Me ahogaba! Intenté aflojar el lazo pero no pude. Grité pero no sirvió de nada. La guapa estaba en otro planeta. Con los ojos cerrados sólo repetía ¡Así...! ¡Así...! ¡Así...! Y “*Así*” era que me estaba muriendo viendo estrellitas pero no precisamente de placer. Forcejeé, logré darle un puñetazo, pero no me soltaba. Seguía asfixiándome y ella gozando... Desesperado pataleé hasta lograr descabalarla. ¡Uffff! Cuando llegué al grifo casi me lo bebo... Luego me miré en el espejo y vi que tenía los labios morados.

Javier lagrimeaba.

-¡Ríete! Pero casi me mata. Eso sí, pidió perdón, juró que jamás volvería a pasar; que había sido un accidente, que lo entendiera... Pero desde

entonces, cada vez que me proponía una noche de placer, me veía subiendo al patíbulo.

-¡Ji! ¡Ji!

-¡No te rías coño! Esa “boquita de Cupido” era un diablo que me acercaba al Juicio Final.

-¡Ji! ¡Ji!

-El caso es que si no cedía a esa maniobra la cosa no funcionaba ¡Total! Mi sonrisa inicial se volvió labio horizontal y luego se curvó hacia abajo. ¡No sé! Empecé a imaginarla con una sogá, con una maroma, con un cable... Al final ¡La eché!

-¡Ji! ¡Ji! ¡Ji! ¿La dejaste?

-¡No! No la dejé ¡La eché! ¿Qué te parece? No pude aguantar. Me entró complejo de perro esperando la correa para pasear tras la cena... *“¿Te importa cariño? Es que de otra forma no disfruto... ¿Acaso no deseas que goce? ¡Anda será la última vez cariño!”*

Algo me decía que aquello no iba tener buen puerto, y no lo tuvo...

-¡Dame la sal! ¡Mentiroso!

-Cógela. Está en el cajón de la mesa ¿No me crees?

-¡No! No me creo nada.

-Como quieras... Pero aprendí de ella muchas cosas y sobre todo que el amor, para que sea verdadero, debe resistir el envite de la horca ¡Sí! *“El amor que no aguanta la cuerda no es amor sino cerca...”*

-¡Ji! ¡Ji! ¿Y esa cita de quién es?

-No sé. Apúntamela si quieres.

-¡Ji, Ji, Ji!

El cocinero sonaba como un cuchillo cortando el mármol. Se frotó la mejilla y apuntó...

-¿Y no había otra solución?

-¡Qué va! Cuando la obligué a que fuera al médico me reprochó que ella no estaba enferma, que yo era un egoísta, un clásico en la cama, que no la quería... Y como me negué a seguir jugando...

-¿Pero la querías?

-¡Yo qué sé! Lo cierto es que ella iluminó la idea. Me dije: “Si tú no pudiste aguantar esa tortura, sólo una mujer que te quiera pasará la misma prueba...” Y ya ves, hasta hoy, ninguna lo ha conseguido... Esa es la prueba de Otelo.

Javier volvió a rellenar las copas. Se sentó extenuado y tras varios suspiros intentó dar un giro serio a la conversación.

-Con razón llamaba Lorca al orgasmo “*La pequeña muerte*” Pero... ¡No! No me creo nada.

-Allá tú.

-Anda... Cuéntame la verdad.

-¿La verdad?

-¡Sí! La verdad.

-Es muy sosa. ¿No te vale justificar mi celibato con la prueba de Otelo?

-¡No!

-¡Entiendo! ¿Quieres la verdad?... La verdad es que no he vivido con una mujer desde que me separé pero... ¡Insisto! Lo del ligue que me ahogaba es cierto... ¡Te lo juro!

-Me lo creo, me lo creo... Si tú me lo dices, lo creo, e incluso pienso que te gustaba ¿A qué sí?

-¡Bueno! Digamos que al principio no me mortificaba. Era una experiencia nueva y, además, cuando aprendí a poner los dedos entre el pañuelo y mi piel, la verdad es que sus convulsiones me producían más placer que mi

propio calambrín...

-Eso os pasa a todos los hombres ¿No te lo has planteado? Os cuesta poseerlas, os cuesta prometerles fidelidad y cuando bajáis a la arena, vuestro orgasmo es anémico y el de ellas mayúsculo.

-Tienes razón, pero la cosa está así. Siempre ha sido así. Lo que más me jode es que nos hacen sentir superiores.

-¿Cierto! Viven más, gozan más, son más intuitivas y vosotros os arrogáis la primacía del mundo ¿Sois unos...!

-¿Perdona! Son... Yo sé de qué va la guerra.

-¿En fin! Tú debes ser como todos. De hecho eres casto desde entonces ¿Eres casto? ¡Ji!

-¿No! Casto del todo no. Cuando barrito ante una falda... ¡Me voy de putas!

-¿No me digas que pagas por eso...?

-¿Claro! ¿Acaso no es lo más cómodo? Cuando se estropea la nevera ¿A quién llamas? A un profesional ¿No? Viene, hace su trabajo y no tienes que cenar con él. Pues lo mismo hago cuando las hormonas me pinchan.

-¿Otra mentira! ¡No me lo creo!

-Hablo en serio. ¿Sabes las vueltas que tengo que dar hasta echarme un polvo legal? ¡Claro! Tú eres guapo y a lo mejor tienes éxito con las mujeres.

-Repíteme lo de guapo ¡Anda! -Añadió Javier con voz de falsete-

-Lo retiro -añadí molesto- Puede que tú tengas éxito con las mujeres...

-¿No! ¡Te juro que no! No tengo mucho éxito con ellas...

-¿Bueno! Pero lo tendrías si te lo propusieras. En cambio yo... ¡Que si a cenar...! ¡Que si mira la luna de abril...! ¡Que si cuánto me gustan tus ojos...! ¡Puaff! Créeme, estos ligues salen más caros que un servicio directo. No hay mujeres sinceras que digan ¿Follamos o no? Si existieran las putas se morirían de hambre y digo yo que tienen derecho a comer ¿No?

-¿Y todo esto es una queja o es que te desayunas ahora?

-¡Que va! Ya sé que las mujeres precisan amor para amar. Las mujeres necesitan excusas anímicas para follar y me parece biológicamente normal. Es la ley del cortejo... Claro que... Podrían tener una deferencia y distinguir más a menudo entre carne y amor... Porque una cosa es enamorarse y otra folgar, pero el amor nunca pasó por mi puerta...

-¿Esa es otra cita?

-No.

-¿Acaso no te casaste enamorado?

-Me casé joven y cuando uno es joven todo parece amor. La juventud te hace impaciente, crees que la vida va a durar un segundo y tienes prisa. La naturaleza sabe que en esos momentos tu esperma es fértil, sabe que tienes suficiente fortaleza para cazar y alimentar a tu prole; por eso llama al instinto y le ordena que te repita... “¡Reprodúcete... Reprodúcete..!” Luego, la organización social, te dice. “¡Eh! ¡Cásate antes capullo!” Y ¡Por fin! Aparece la religión añadiendo...“Hijo mío eres algo más que semen... Eres amor...” ¡Y una mierda! ¿Sabes quién maneja todo esto? ¿Sabes quién ha dispuesto estas patrañas?

-Ni idea...

-¡Los genes! ¡Sí! ¡Los genes! Esos son los únicos que existen. El amor es la artimaña que usan los genes para que colaboremos en su multiplicación. Ellos son los que quieren perpetuarse. Tú mueres, ellos continúan. ¿Te has dado cuenta de que el ser humano no es más que un estuche diseñado para guardar los genes? Ellos son la justificación de la vida y aunque nos resistamos estamos a su servicio...

-¡Hombre! Visto así... La verdad es que no lo había pensado. Yo creía que mis genes eran míos.

-Pues estás equivocado. Tú eres de tus genes y ellos son los que ordenan a las mujeres que se aseguren de quién les introduce sus complementarios. ¿Entiendes? Ellos saben que si se aparean con camaradas sin futuro no podrán asegurarse otra generación y a esa seguridad, las mujeres la llaman “amor”

-Había oído definiciones del amor pero ésta...

-Pues así es, y el que no les complace es condenado a desaparecer con ellos. Se esfuma, su rastro de vida se evapora... Y no creas que desvarío... ¿Sabes cómo llama Dalí al amor...?

-¿Ese cretino...? No lo sé...

-¿No te gusta Dalí?

-Es un payaso y, además, soso.

-A mí tampoco me gusta pero Dalí dice que el amor es *“algo que entra por los ojos y sale por la punta de la polla”*.

-Muy Daliniano, muy Daliniano. Y ¿Te parece ingenioso?

-Ingenioso no sé, pero me parece sincero... ¡Piénsalo!

Hacía tiempo que no hablaba así. Había estado grosero, creo que intencionadamente grosero. Como queriendo poner un contrapunto entre la delicadeza de Javier y mi supuesta rudeza.

-¿A qué viene todo esto? -Comenté-

-Yo sólo te había preguntado si te casaste enamorado.

-¡Ya! La verdad es que no podría responderte. Vamos a dejarlo ¿Cenamos?

Íbamos por la mitad de la botella y la otra temblaba intuyendo su cercano destino. El vino estaba verdaderamente bueno y también la carne y la

ensalada.

-¿Y tus padres? -volvió Javier a la carga-

-Mis padres murieron.

-¿Los dos?

¡Claro! Sólo tenía dos... Padre y madre.

-¿Y hermanos? ¿Tíos sobrinos o demás familia?

-¿Oye? ¿Siempre que te invitan a cenar interrogas de esta forma?

-Lo siento ¿Te molesta?

-No, es igual, pero lléname la copa, soy más locuaz cuando bebo.

Javier se inclinó y vertió vino hasta que no cupo más.

-¿Tienes amigos? -Continuó el cuestionario-

-¿A qué llamas amigos?

-No sé, un amigo es alguien con el que puedes pensar en voz alta sin que se marche.

-Entonces ¡No! No tengo amigos. Tenía uno pero murió.

Javier torció el gesto y lo hizo de una forma que me pareció exagerada.

Luego, no se atrevió a preguntar más.

-Se ahorcó. -Añadí sin esperar otra interrogación -

-¿No me digas que se acostó con tu exnovia?

La broma no me hizo gracia pero Javier ignoraba lo de Alfredo y no le hice reproches. Me callé y él lo entendió enseguida.

-He metido la pata ¿Verdad? He dicho algo que te ha dolido.

-Sí.

-Lo siento ¿Querías mucho a tu amigo?

-Sí. Se llamaba Alfredo.

-¿Estabas enamorado de él?

-¿Qué? ¿De Alfredo? ¡Perdona! Yo no soy...!

- ¿Maricón? ¿Eso ibas a decir...? ¡Suéltalo! No me hieres. Llevas toda la noche haciéndote el macho.

-No quería decirlo así...

El ambiente se hizo repentinamente denso. Me recordó ese cielo de montaña que se vuelve tormentoso en segundos pero Javier continuó...

-Has notado en mí algo especial ¿Verdad? Desde que me conociste llevas la duda en tus ojos, pero no has tenido valor para preguntarme directamente ¿Quieres hacerlo ahora? ¡Hazlo! ¡Sé valiente! No soy maricón, soy homosexual ¡Ya ves! Estoy respaldando tu teoría de los genes.

-¿Qué tiene que ver mi teoría con tus tendencias?

-Mucho. Como bien dices soy esclavo de los genes, sólo que los míos están equivocados y me condenan a la extinción sin remedio ¿No es así?

-¡No! Mi teoría se aplica sólo a las mujeres no a los...

-¿A los “maricones”?

-Iba a decir ¡A los hombres! Sean homosexuales o no. Yo no soy homosexual y tampoco tengo descendencia así que, en posibilidades de extinción, estamos iguales. ¡Además! La homosexualidad no supone la ausencia de progenie.

-¡Uy! ¡Qué complejo se pone esto! Dime la verdad. Desde que has abierto la puerta te has sentido incómodo ¿Cierto?

No contesté.

-¡Claro! Los homosexuales somos promiscuos yo he venido para seducirte ¿No?

Seguí en silencio

-Si no fuera ridículo diría lo de... ¡Todos los hombres sois unos

presuntuosos! Pero si lo digo igual te partes. ¡Respóndeme! ¿Has pensado en algún momento que venía por eso?

-Pues ¡Sí! La verdad es que sí... Y también es cierto que en algún momento me he sentido incómodo.

-Puedes estar tranquilo. No eres mi tipo, además, aunque no lo creas, los maricones somos en ese aspecto muy parecidos a las mujeres ¿Ves? Vuelvo a apoyar tu teoría, yo, como ellas, necesito amor para amar.

-No lo dudo.

-¿De verdad no intuyes por qué he venido a cenar contigo?

-No -Respondí secamente-

-Pues muy sencillo, he venido porque, como tú, estoy solo y vencido.

-¿Y qué te hace suponer que yo, además de solo estoy vencido?

-No lo supongo. Lo sé. En el calabozo destilabas soledad. A los solitarios, cuando nos acosan, se nos vuelve el agua hielo y entonces rezumamos el desamparo.

-¿Estás seguro? A mí me han acosado mucho en la vida y hasta ahora me las he arreglado bien.

-¿Lo crees o deseas creerlo?

-Simplemente es así, es la verdad...

-No te engañes. Eres como yo. Vivir solo es más cómodo que compartir pero en ocasiones necesitamos a alguien y entonces lo buscamos, lo usamos y cuando nos hastía lo apartamos de nuestra vida.

-¿Has venido entonces para usarme y tirarme luego?

-He venido porque no tenía dónde ir. Porque soy un solitario en crisis. Pero yo sé por qué lo estoy, no como tú. Por eso te voy a hacer otra vez la pregunta y no te enfades... ¿Estabas enamorado de tu amigo?

-¡No! ¡Joder! ¡No!

-¡Vale! Admitiré que he vuelto a meter la pata, aunque no suelo equivocarme. Entonces dime ¿Por qué se suicidó? ¿Estaba enfermo?

-No! Era pintor que es peor ¡Y vale por favor! ¿Te apetece algo dulce?

-Si tienes algo en ti que sea dulce...

-¡Te he dicho que ya está bien!

Saqué unos bombones y cuando desaparecieron hice un ademán de cansancio. Javier lo aceptó. Intentó recoger la mesa pero no le dejé.

-¿Puedo venir otro día?

-¡Claro! Ha sobrado mucha comida.

-Entonces te tomo la palabra. ¿Te has enfadado conmigo?

-¡No por Dios!

-Me alegro. Gracias por esta noche y hasta pronto.

Cuando se fue reflexioné. Admití que Javier podía tener razón en cuanto a la soledad pero... ¡No te jode! ¡Preguntarme si estaba enamorado de Alfredo! Si él nos oye baja del cielo o sube del infierno y nos capa... También pensé que Javier, a pesar de sus falsas intuiciones, era agradable y en extremo sensible. Me habían molestado sus “intentos seductores” pero, admitir que existían era presunción por mi parte. Me miré el abdomen y eructé. Después terminé de recoger la mesa y fregué los platos.

¡No te jode! ¡Enamorado de Alfredo! ...

El destino repica burlón. Ya no es una escalera. Me han propuesto pintar una fachada ¡Sí! La fachada de una casa de cinco pisos y con buhardilla.

Dados mis antecedentes el contrato ha sido claro... *“Color crema, liso y nada de angelotes, caballos o cuadrigas.”*

¡Señor! ¿Por qué me castigas así? ¿Qué te he hecho?

Al menos los andamios me los montan y no tengo fecha de entrega. Lo haré a mi marcha...

¡Ríete! Es mejor que llorar ¿Qué hago? Pues a pintar ¿Qué puedo hacer?

Me han traído tres bidones de pintura blanca y uno de marrón. Quieren que los mezcle en plan industrial para que obtenga el crema...

¿Y el mezclador? ¿Dónde las brochas? ¿Cuántos trabajarán con usted?

Lo tienen claro. ¿No me dejan dar rienda suelta a mis instintos creadores? Entonces... La obra durará toda la primavera. Querían que limpiara y reparara la superficie pero me he negado. Soy pintor no yesaire. Mañana empezaré. Tengo miedo a las alturas pero me aguantaré, además, no queda más remedio que hacerlo así, de arriba abajo, la gravedad chorrea hacia la acera.

Estos días, cuando vuelvo a casa, no noto los dedos. Arriba el viento sopla frío y es que en la calle no vale eso de que el calor asciende. Los

ladridos parecen ronquidos lejanos y cuando miro al suelo todos los caminantes parecen curas tonsurados. No sabía que hubiera tantos calvos.

Subir el cubo me deshace los riñones pero cuando mojo la brocha siento el ridículo placer de ir cambiando la vieja suciedad por luz nueva. Cada palmo que cubro me produce un regustillo extraño. Si se lo contara a alguien se reiría pero tengo la sensación de que hago algo que vale la pena.

¿Consuelo al desconsuelo? No sé, es difícil de explicar... Placer estético no es
¡Claro! Pero sí es... ¡No sé!

Si confiaran en mí resaltaría los quicios de los balcones con azulete pero...
“Crema liso ¡Ya sabe! Crema liso...” ¡Que se jodan!.

En la fachada de la buhardilla, que es ciega, podría haber pintado tres o cuatro ventanas con efectos de profundidad... Quedaría precioso pero...
“Crema liso ¡ya sabe! crema liso...” ¡Pues nada! ¡Crema liso!

Javier volvió. Vino a medianoche y tras pedir excusas me saludó diciendo...

-Tengo que pedirte un favor.

-Tú dirás.

-Me he quedado en la calle. Estoy buscando apartamento y creo que necesitaré tu hospitalidad pero no temas, no serán más de cinco días.

-¿Cinco días?

Me aparté ligeramente ¡Mi adorada soledad en peligro! No me apetecía la compañía de nadie y menos ahora, que volvía reventado a casa por culpa de la fachada; pero estaba en deuda con él, no había olvidado cómo diluyó mi angustia cuando estaba entre barrotes así que disimulé como pude, adelanté la pierna derecha para hacer una torpe reverencia y compuse un gesto ridículo de sumisión...

-¡Señor marqués! Mi casa y todo lo que hay en ella está a vuestra disposición ¡Aunque sea sólo durante cinco días! -Recalqué-

-¡La acepto señor conde! -respondió imitándome- Le prometo que si puedo serán menos, pero... ¿Está usted seguro de que todo, todo, está a mi disposición?

Empezaban otra vez los escarceos...

-¡Casi todo! -Continué la broma- Sepa “voecencia” que tengo bajo mis dominios un sofá y una cama. Le recomiendo el primero porque soy más pedorro que el negro del calabozo...

Javier sonrió.

-¿Has cenado?

-Sí gracias.

Entró con una pequeña maleta. Acerqué una silla para que la depositara encima y mientras la deshacía saqué unas sábanas limpias que extendí sobre el sofá.

-No tendrás frío. Por las noches aquí no hace frío. El retrete ya sabes donde está ¿Necesitas una toalla?

-No. Traigo las mías. Gracias

-¿Seguro que no quieres comer nada?

-Seguro.

-Pues entonces mañana hablaremos. Estoy muerto. ¿Sabes qué estoy pintando ahora?

-No lo sé... Pero por las pintas que llevas debe ser un mural.

-Algo así. ¡Una fachada!

-¡No jodas!

-Seguro que no. Aunque quisiera no podría, me duelen hasta las pestañas.

Le deseé buenas noches y antes de acostarme le advertí que, siendo el día siguiente sábado, los “artistas” no teníamos horario de diana. Cuando apagué la luz Javier gritó desde el otro cuarto.

-¡Excelencia! Por si vale de algo sepa que le estoy muy agradecido.

Tumbado en la cama puse los brazos en cruz y dejaron de dolerme. Estaba a punto de dormirme cuando Javier entró en la pieza donde está mi dormitorio.

-Perdona ¿Puedo ir a...?

-Sí claro... Cuando salgas apaga la luz.

Al salir del retrete pasó por delante de mí sin decir nada. Debió pensar que estaba dormido. Cuando presumí que había llegado al sofá me levanté y eché el pestillo pero antes de volver a la cama, lo levanté sin hacer ruido. Era absurdo. Si venía le daba dos hostias...

A la mañana siguiente me despertó un olor poco habitual. Al despegar los párpados me encontré una bandeja frente al ombligo con dos tostadas repletas de mermelada, un café humeante y una flor entre los pliegues de la servilleta. Se había puesto mi delantal y sentado a mi lado comentó con sorna.

-¿El señor leerá la prensa o pasará al saloncito?

Me desperecé bostezando y añadí como una princesita mimada.

-Leeré el diario en el baño, como todos los días. Porque... Estará preparado el baño ¿Verdad?

Javier se levantó y cuando se alejaba observé que bajo el delantal sólo llevaba unos calzoncillos largos salpicados por patitos multicolores.

-¿Vas de fiesta o es que te gustan los patitos? -Pregunté-

-Es que he lavado los únicos pantalones que tengo y los he colgado. Por cierto aproveché el jabón y también he lavado tu ropa.

-¿Incluida la interior?

-¡Claro!

-¡Jodo! La última vez que alguien hizo eso por mí quería casarse...

-No temas, “amor” no quiero atarme a nadie. Además, tu me usarías de chacha.

Sorbí el café y Javier siguió contra los platos de no sé cuántas noches anteriores.

-¿Es que nunca los lavas? -Recriminó-

-Sólo cuando todos están sucios.

-¡Guarro!

Me reí.

-¡Jolín si hay mierda en esta casa! -volvió a protestar-

-Te estás comportando como una verdadera ama. ¡Qué más da! Se usan los

platos, los vasos y los cubiertos y cuando están sucios se lavan en plan industrial, además, así se ahorra agua.

-Excusas de porcachón.

-¡No hagas de *dueñamadre*! No lo aguanto. -grité irritado-

A Javier no debió agradarle el tono pero siguió enjabonando sin decir más. La verdad es que fui poco afortunado. Estaba teniendo el detalle de limpiar lustros de suciedad y aun se lo recriminaba.

-Deja ya de fregar ¿Vale? Luego seguiré yo.

-¡No amito! Negrito quié ganó el pan... -Respondió burlón-

-¡Haz lo que quieras!

Y siguió frotando con la cadera inclinada. Me levanté y busqué unos calzoncillos que hacía tiempo no usaba. Eran horrorosos. También largos pero salpicados de corazones rojos. Me los puse y sigilosamente me situé detrás de él.

-¿Estos tampoco están mal? ¡Eh! ¿Te gustan?

Javier se volvió.

-¡Payaso! Más te valdría hacer gimnasia. Estás gordo y fofo.

-¿Más gimnasia de la que hago ahora?

-Entonces deberías ponerte a régimen.

-Lo dicho. Te comportas como una dueña.

-¡Vale! Disculpa ¿Por cierto? ¿Tienes un secador?

-¿Para los platos?

-¡No hombre! Para los pantalones. Tengo que salir y aún están mojados.

-Sal a la calle así. Seguro que se llena de cazadores tras tus patitos.

-¿Tienes o no?

-Pues no.

Le hubiera ofrecido unos pantalones míos pero nuestras cinturas se

parecían igual que la de Negrete y la Callas. Así que, se me ocurrió encender la estufa y colgarlos frente a ella.

-¡Buena idea! Estás gordo pero no eres tonto. -Comentó-

-Es lo menos que puedo hacer por ti. Estás acabando con el rastro de cien cenas...

-¿Tienes una bayeta?

-¿No me digas que también el suelo entra en tus proyectos...?

-Alguien tendrá que hacerlo ¿No?

-Como quieras. Si te gusta limpiar...

Me volví a meter en la cama y saboreé la agradable sensación de que alguien haga tu trabajo ¡Sí! Oír el agua saliendo por el grifo, oler a distancia el jabón, escuchar el cubo golpeando contra el suelo eran sucesos que siempre vivía en primera persona. Hacía tiempo que nadie me los regalaba. Me relajé, ladeé la cabeza y con la sensación confortable de estar protegido me quedé dormido.

Cuando desperté Javier había salido. Sobre la cocina, un puchero dejaba escapar vaporcillos olorosos. Me acerqué, levanté la tapa y descubrí que ese día, mi inquilino había pensado hacer lentejas. Sobre la mesa una nota...

“Además de ser un desagradable... Roncas” Luego vuelvo.

Regresó puntual a las dos. Yo había hecho algo que casi no recordaba ¡Había puesto la mesa! Un mantel azul, servilletas a juego, vasos limpios y cubiertos colocados como mandan las normas. El toque final lo trajo Javier, un ramo de flores que colocó en el centro empleando el jarrón donde guardaba los lápices gastados.

-Esas lentejas piden a gritos dueño. ¿Nos sentamos?

-Cuando quieras.

La mesa era pequeña y tuve que quitar el jarrón.

¿No te gustan las flores?

-Si están bien guisadas... -Respondí con brusquedad premeditada-

-¡Bruto! Para ser artista tiene menos sensibilidad que un callo.

-¡Un momento! ¡Un momento! No soy artista. Soy pintor.

-¿Y no es lo mismo?

-¡No! Como decía Zuloaga la pintura no es cosa de sensibilidad sino de cojones.

-¿De cojones? Será de cojones sensibles...

-¡Vale! Pero de cojones. La pintura es cosa de hombres.

-¡Ya estamos! No seas simple. El arte no tiene sexo. Lo que pasa es que los artistas siempre han necesitado buena intendencia y para satisfacer sus necesidades materiales han usado a las mujeres.

-¡Oh! Muy bonito pero no estás en una campaña electoral ¿Acaso conoces alguna pintora notable?

-¡Sí!

-¿Sí? Dime una...

-Morisot, por ejemplo.

-¡Bah! Imitadora de Monet. Además cuando tenía la regla no podía pintar.

¿Quién más? ¡Dime otra!

-Pues...

-¡Lo ves! Lo mismo pasa con la música. Nómbrame un músico célebre.

-No sé...¿Alma Mhaler?

-¿Y Otra?

-¡Vete a la mierda!

-¡Ja! ¡Ja!

Lo había logrado. Javier estaba tocado. Era el turno de machacar. Sorbí las

lentejas haciendo ruido y el comensal sonrió. Era una situación agradable ¡Había comido tanto tiempo solo! Cuando la broma se agotó guardé silencio y Javier lo rompió otra vez.

-¿Sabes? Esta mañana he mirado varios pisos pero temo que me costará algún tiempo encontrar algo adecuado a mis ingresos.

-¿Quieres decirme algo?

-Pues... Que tal vez, mis entradas y salidas importunen tu actividad.

-No te preocupes. Me marchó pronto al andamio y no vuelvo hasta la tarde.

-Por eso lo digo. Los pisos no los enseñan hasta mitad de la mañana... Ahora que si quieres puedo irme a una pensión.

-Como prefieras pero te prometí cobijo durante cinco días y yo cumplo mi palabra.

-¿Seguro que no soy un intruso?

-¡No hombre! Te conozco desde hace poco tiempo, pero no eres un intruso. Excepto por tus calzoncillos, me agrada tu presencia. Además, siempre que sea por ...

-Ya sé ¡Cinco días! Ese es el tope y si te molestan mis calzoncillos me los quito.

-¡No jodas! Prefiero los patos a las olivillas.

Javier volvió a reír. Retiré los platos y llevé fruta a la mesa. Cada hora que pasaba me sorprendía con algo nuevo. Esta vez observé la elegancia con la que mi comensal peló la manzana. Sus movimientos parecían los de un hábil cirujano. Sin levantarla de la loza separó la piel haciendo una espiral larga; luego, con tajos certeros la cuarteó en trozos idénticos. Me gustaba como masticaba, con los labios cerrados, saboreando lentamente, deglutiendo sin ruido. Yo me comí la manzana de otra forma. La cogí entre los dedos y mordiendo con ruido la descuarticé con los incisivos. Cuando

sólo quedaba el corazón arañado Javier apuntó con los párpados entornados.

-Comes así a mala leche ¿Verdad?

-Sí

-¿Qué cabronazo! ¿Qué pretendes molestarme o hacerte el duro? Tu no eres así de grosero.

-Ninguna de las dos cosas, así es como devoro la fruta.

-Está bien ¿Hago café?

Hubiera debido recoger la mesa pero no lo hice. Me levanté, cogí un puro, lo encendí y volví a sentarme.

-¿Sabes cuánto me jode pintar fachadas? -pregunté-

Javier no respondió.

-¿No te parece un sarcasmo?

Siguió en silencio.

-Yo que siempre he querido hacer arte termino pintando fachadas.

Javier se acercó y llenó mi taza hasta la mitad.

- Sí supongo que debe ser duro pero... ¿No decías que el arte es cosa de cojones? Pues para pintar una fachada hacen falta cojones.

-¡Muy gracioso! -añadí-

-Bueno. No te ofendas todos tenemos que hacer cosas que nos desagradan ¿No crees?

Volví a chupar el puro y me dispuse al ataque.

-¿Y tú? ¿En qué trabajas? ¿Vives del aire? ¿Eres contrabandista...? ¿En fin! No sé nada de ti.

-Soy soltero mozo y honrado...-contestó-

-¿Con qué te ganas la vida... O mejor dime ¿Cómo te ganas la vida?

-¡Buena pregunta! ¿Te has dado cuenta? Me dices por instinto “con qué”

Luego rectificas y añades “cómo”. Desde luego con lo que piensas ¡No! Soy dependiente.

-¿Dependiente? ¿De quién dependes?

-Quiero decir comerciante. ¡Queda más fino! Soy vendedor de ropa interior femenina.

No pude contenerme. Del intestino me salió una carcajada que asumí excesiva.

-¿De qué te ríes?

-De nada, de nada... Y dime... ¿Desde cuando eres, eres...

-¿Qué?

-Desde cuando eres...

-¿Dependiente? Desde hace un año. He sido de todo, fontanero, lector impenitente, jardinero... Pero dependiente desde hace un año. ¿Alguna pregunta más?

-Sí, que desde cuando...

-¡Dilo! ¿No tienes valor? ¿Quieres saber desde cuando soy maricón? ¿No?

-¡Hombre! Maricón... ¡No!

-¡Ya! Digamos homosexual... Pues creo que desde siempre. No finjo, no lo oculto y tampoco soy un bicho ¿Sabes? Amo, tengo sentimientos, como, sudo, meo...

-Por mí... Puedes ser lo que quieras. Ya te he contado que las mujeres tampoco son en exceso de mi devoción, es más, si no fuera por el triángulo de la perdición. Además, cada uno puede hacer con su (iba a decir culo pero me pareció ofensivo) con su vida lo que quiera.

-Así debería ser pero hacemos con nuestras vidas lo que nos dejan y no lo que queremos.

-¡Ya! ¿Y ahora tienes trabajo?

-No. Ya ves, además de casa busco tienda.

Javier acercó el café humeante a sus labios pero sin sorberlo. Parecía dispuesto a soportar el resto del interrogatorio.

-¿Y tu familia?

-Mi familia renegó hace tiempo de mí. Cuando les presenté a mi primer novio me echaron de casa.

-¡Que modernos!

-No lo soportaron. Además de marica tuve la poca suerte de nacer de un padre fortachón que en lugar de respirar comía aire.

-¿Y hermanos o hermanas?

-Sólo dos hermanos pero siempre ganaban los concursos de levantar mulas.

-¿Y tu madre?

En ese momento los ojos de Javier se enrojecieron.

-¿Mi madre? Mi madre siempre deseó una hija pero sin que le creciera la barba.

-¡Bueno! Tú no tienes mucha.

-¡Vete a la mierda! ¡Mira! Agradezco tu ayuda, algún día te la devolveré pero, no admito, no soporto...

Y se puso a llorar. No lo había dicho aposta. Permanecí quieto sin saber qué hacer y sólo se me ocurrió decir que no había sido mi intención herirle. Luego se levantó y tras pedir perdón se quedó mirando a la pared. Pasaron unos segundos y continuó...

-¡No puedo más! ¿Es que nadie se da cuenta de que mi vida sería más cómoda si me gustaran los coños? Soy así... ¿Sabes tú porque soy maricón? Yo no. ¿Lo sabe alguien? Todos me dicen que soy una desviación. Hasta la mujer que me hizo se avergonzaba de mí, de esta nuez plana, de mi voz atiplada. Un día le dije... *¡Mamá voy a pedirle a Dios una voz más ronca para*

así poder blasfemar con más rudeza!. Y ella... Ella me abofeteó. ¡Ya ves! Me gustaría tener pelo en la nariz y escupir y... Pero no sé, no puedo...

Seguí en silencio hasta que gritando otro “perdona” salió corriendo hacia la puerta de la escalera.

Este hombre, marica o lo que fuera me caía bien. Era enigmático, educado, culto (no todos saben que Morisot existió) prudente y en ocasiones refinado. A su lado se diluían los malos augurios. Mi ego se quejaba de tener que pintar fachadas pero el de Javier debía estar destrozado. Tenía que ser muy desgraciado. Una isla entre la incompreensión de todos, además, no era culpable de nada. No le retuve porque nunca retengo a nadie pero deseaba su vuelta para decirle que a mí me importaba poco lo que fuera.

Regresó entrada la noche y como si nada hubiera sucedido se puso de nuevo a limpiar. Yo seguí pintando y no abrí la boca. Cuando acabó de pulir la casa se acercó a los discos, eligió uno y ocupó el sillón que siempre había sido mi territorio ¡Fue curioso! A otro le hubiera levantado de las orejas pero no dije nada; observé cómo miraba absorto el techo mientras Mozart le acomodaba la nuca y permaneció así toda la pieza. Luego abrió el sempiterno Ulises y yo me fui a la cama ¡No me molestaba! Era más molesta su ausencia que su presencia. Cuando dibujaba, cuando mezclaba colores, cuando limpiaba los pinceles, Javier parecía no estar, no existir, sin embargo, estaba allí mirando, sin preguntar, como un perfecto espectador de ajedrez. Javier no era como los otros mirones. No decía “para qué haces eso” o “para qué sirve esto” Sólo miraba, y como mucho, alguna vez, con la barbilla por encima de mi hombro tenía la osadía de disculparse con algún
¿Molesto?

Hojas 201 a la 206.

Otro día comiendo bien. No tener que preparar la verdura, la carne y el postre se nota en mi salud y en mi trabajo. La superficie sucia de la fachada mengua y me canso menos. Duermo mejor y estoy menos irritado. Cuando subo al andamio sus barras me parecen menos altas. Javier ha ampliado el plazo de permanencia y ya va para diez días. Ayer volvió a sorprenderme con una petición.

-Si no te importa sería más cómodo para los dos que tuviera una llave ¿No?

-¿Una llave? ¿No has encontrado apartamento?

-Casi, casi... Pero igual se alarga un poco. Además, como vuelves por la tarde, no puedo salir a comprar...

-Está bien, pero... ¿Buscas piso? ¿Verdad?

Javier no respondió.

-Debo tener una copia por aquí...

Había hecho otra vez la comida, había recogido la mesa, había sacado el polvo... Si debía de quedarse unos días no era preciso que hiciera de cacha, aunque... ¡Es tan cómodo llegar a mesa puesta!

Esa misma tarde me hizo otra petición. Quería pintar.

-¿A lo mejor soy un artista ignorado? -Dijo-

Le puse un caballete, le di unas pinturas y monté un bodegón compuesto por tres manzanas, un vaso, una botella, un limón y un cuchillo, todo sobre un mantel blanco al que le hice varios pliegues. Me dio la impresión de estar entreteniéndolo a un crío aburrido.

-Ahí está. ¡Todo tuyo! ¡El desafío te espera! Coge los óleos que necesites pero no me des la murga. Estaré leyendo en el otro cuarto.

A las cuatro horas me llamó.

-¿Te importaría mirar esto?

Cerré el libro y me acerqué sin mostrar sorpresa. Observé el cuadro y no dije nada. Tras unos instantes inquirió...

-¡Bien! ¿Qué te parece?

-¿Quieres la verdad o la verdad amable? -Respondí-

-Quiero tu opinión sincera.

- Me parece... ¡Malo! ¡Muy malo!

Javier se incomodó. Sufría el mal del primerizo. Cuando se pinta por primera vez lo que sale es tan nuestro que parece imposible que pueda ser malo. Dejó la paleta y buscó un punto de vista más alejado para descubrir los defectos que justificaban tan rotunda afirmación.

-¿Te disgusta mi opinión?

-¡No! Pero debes explicarla.

-¿Hace falta?

-Sí. ¡Claro! Destruir es sencillo pero las críticas deben basarse en fundamentos racionales y sobre todo...

Estaba ofendido. Me recordó mis primeros tiempos, cuando las estatuas que copiaba al carboncillo me parecían sublimes y el profesor ordenaba que las borrara. Siempre creí que lo hacía por hundirme pero al juzgarlas, pasado el tiempo, admití que eran execrables.

-O sea, que... No te vale que diga “Me gusta” “No me gusta” -Añadí-

-¡Sí! Eso sí vale. Pero tú no has dicho “me gusta, no me gusta” Tú has dicho...¡Es malo!

-He dicho que me parece malo... Y es normal ¿No? O es que el primer cuadro debe ser bueno.

-Está bien, está bien, pero explica el porqué...

Su petición sonó a orden y no la admití. Le miré fijamente y con rapidez

añadió un “por favor”

-Correcto. Lo intentaré...

Crucé los brazos, adopté la postura del guardia que espera una buena excusa e inspiré...

-En primer lugar has cometido el error de todos los principiantes. El cuadro es “lechoso” El color se aclara y se oscurece con amarillo o carmín, no con blanco y negro. Con ellos sólo obtienes grises muertos. ¿Vale? Pero esto es igual, los trucos se aprenden en pocos días. Lo malo es que tu cuadro no tiene vida y eso no se enseña, eso... Surge o no surge.

-¿Surge? ¿A todo los pintores le surge vida en los cuadros y en apenas cuatro horas?

-Ese es otro error -Repliqué- Nadie te va a preguntar cuánto tiempo has invertido en hacer un cuadro. Si es bueno, vale una vida entera, si es malo da igual que lo hayas hecho en dos minutos o en seis meses. ¿Entiendes?

-Si tú lo dices...

-¡Claro que lo digo! Tú has intentado que esa botella sea una botella y que las manzanas sean tres manzanas...

-¿Y qué?

-¡Atiende y no me interrumpas! Lo mismo te digo del limón y del cuchillo. Podrías pintarlos obteniendo un parecido fotográfico y aun así no habría cuadro.

-No entiendo...

-¿Te has preguntado por qué los he puesto juntos? ¿Crees que por el mero hecho de estar juntos hacen una composición?

-Sigo sin entender.

-¡Sí hombre! Los he dispuesto así para que hagan un cuadro pero, tal como los has pintado, cada uno podría serlo sin necesidad del otro...

-¡Por supuesto! Mi botella es una botella, mí cuchillo es un cuchillo y juntos hacen un bodegón ¿No? Pues eso he pintado...

-¡No! A eso me refiero. Cinco objetos cercanos no hacen un bodegón. El bodegón surge de la relación de esos cinco cuerpos... ¿Lo entiendes ahora? Quedamos en silencio.

-¿Lo entiendes? -Repetí-

-¡No! La verdad es que no.

- Intentaré aclararlo. El vino rojo que has pintado parece vino y el amarillo del limón remeda al amarillo limón pero hubiera sido mejor que el vino fuera azul y el limón verde si eso hacía vibrar la tela...

-Si tú lo dices...

-Además ¿No crees que ese vidrio debería tener parte de todos los colores que le rodean? ¡Y esas manzanas! ¿No deberían apoyar su sombra en el color que se les escapa...?

-¡No me humilles! Es sólo un bodegón...

-¡Un momento! Si quieres me reservo la opinión pero me has pedido que explique por qué opino que tu pintura es mala.

-Está bien, está bien... Sigue.

-Básicamente el error está en haber intentado hacer un bodegón y no un cuadro...

-¡Ah sí! Pues... ¡Enséñame! ¿Tú el primer día lo hiciste mejor?

-No sé, hace mucho tiempo de eso... Además estamos hablando de ti y no de mí. Tal vez lo hice fatal pero nadie estuvo a mi lado para decirme lo que ahora te estoy regalando. Me costó muchos años llegar a entenderlo y tú, con el orgullo maltrecho, desprecias mis enseñanzas concentradas.

-Perdona... Tienes razón. Lo que pasa es que... Quería sorprenderte... Si yo fuera un buen pintor trabajaríamos a medias, ganaríamos dinero,

viajaríamos juntos...

-¿Quieres ser pintor? No lo permitiré.

-¡Enséñame!

Javier extendió la mano ofreciéndome el pincel.

-¡Te lo ruego! ¡Enséñame!

-¡No! Yo no soy quién para enseñar. Yo lo hago a mi manera...

-¡Enséñame! ¡Por favor!

-Está bien, pero no necesito el pincel.

Con los dedos fui añadiendo azul a las sombras, borré los perfiles de todos los elementos y luego, con la mano mojada en aguarrás diluí el blanco del mantel dejando que desde el fondo surgiera el lienzo pelado. Raspé por zonas y a uñadas añadí rosas pálidos y verdes hasta volver a vestir los huecos.

El resultado pulsaba. No era un bodegón, era un cuadro vivo... ¡Tenía vida! Las manzanas no contenían carmín, ni el limón amarillo pero palpitaban al recibir la luz del cuchillo reflejado en la botella ¡Sí! Era un cuadro que invitaba a ser recorrido, un cuadro con mil matices que no aburría. Javier se limpió las manos y mientras lo hacía dijo en voz baja.

-No seré nunca pintor...

-¿Eso piensas? A mí me llaman pintor y lo dudo todos los días. Pintar es dudar, titubear, temblar... Éste me ha salido así porque tenía que nacer, porque ha querido nacer. Podría haber sido un desastre pero necesitaba vivir y él solo ha respirado.

Cuando estaba enjabonándome pude disimular el navajazo. Desde el retrato de Marina ¡Jamás había pintado algo tan bueno! Mi vida empeñada en buscar algo así y había surgido ahora, al lado de Javier, al lado de un

marica que, acercándose por la espalda, aprovechó la ocupación de mis manos para besarme en la nuca diciendo...“*Eres maravilloso*”

No me quedé parado. Mi brazo, como un resorte, le soltó un golpe que lo lanzó contra la pared. Vi que sangraba por los labios y cuando me acerqué para levantarle se escapó gritando.

-¡Bestia! ¡Bestia!

Cuando desperté no había regresado. El sofá estaba sin arrugas. Le esperé para comer pero tampoco acudió. No vino a cenar ni a dormir y esa noche me sentí culpable de su ausencia ¿Había sido para tanto? Javier tenía que entenderlo, el macho que late en mí se había rebelado y era normal. Lo más curioso es que me consideré abandonado. Por la noche aumentó mi ansiedad ¿Dónde se habría alojado? Mentalmente preparé una excusa, le comentaría las veces que había estado bañado en la mediocridad, que había tenido alguna relación dolorosa, que me había asustado... Pero ningún argumento me pareció sólido. Había perdido los papeles y sólo cabía pedir perdón.

No era posible dormir. Me levanté y miré de nuevo el bodegón. Las manzanas seguían vivas, es más, estaba convencido de que permanecerían así, junto al limón y la botella borrosa, latiendo siempre. Volví a tumbarme y de nuevo ensayé las frases con las que le iba a confesar el placer estético que sentía frente a esa tela. Le diría que esta satisfacción, sólo sentida frente al retrato de Marina, había brotado gracias a él. También le diría que mis restos de ánimo no habían caído como un tabique de adobe, que los pinceles, los óleos y los trapos, no iban a terminar en el arcón vacío. ¡Otra vez deseaba pintar! ¡Sólo pintar! Gracias a él deseaba seguir pintando y ahora tenía otra vez el camino trazado ¡Sí! El incidente del cuadro había

sido determinante. En cierto modo él había contribuido a mi resurrección. Quería decirle que él había corrido las cortinas... ¿Cómo no lo había visto antes? Yo, obcecado en triunfar también pintaba las manzanas para que fueran manzanas y los limones para que sólo fueran amarillos. Mi pintura no había sido la explicación de mi interior sino el intento de satisfacer los gustos ajenos para que la compraran, por eso, sólo por eso, todo lo que salía de mis manos era ordinario como ese bodegón antes de hacerlo mío. Nunca me habían presentado la verdad en bandeja tan plateada y se lo debía a Javier. Volvía el deseo de plasmar el interior de extenderme sobre la tela por encima de todo, aunque eso significara morir de hambre... Cuando volviera le iba a decir que, sin querer, me había trazado la única manera de seguir, la de saciar mis voces profundas, sin atender las ajenas. Era su regalo, aunque no lo supiera era su regalo, pero temí que por mi culpa jamás podría saberlo... ¡Le había echado! ¡Le había golpeado!

Pasaron cuatro noches y no regresó. Un codazo tampoco es para tanto... -Me dije-

Metí el mantel en el cajón y volví a comer en una bandeja. De nuevo fregaba cuando toda la vajilla estaba sucia y de nuevo el estudio, a pesar de su amplitud, me ahogaba.

¿Por qué añoraba a un maricón que había conocido en el calabozo...?

¡Vuelve! Al menos déjame pedirte disculpas...

Hojas 207

Han pasado veinte días. Javier no ha vuelto. Tiene que volver. No me atrevo a husmear en su maleta, algún día vendrá por ella.

Pronto acabaré la fachada. El contratista está nervioso. No cree que pueda cumplir en el plazo fijado pero yo sí.

Estoy mejor. Pero la maleta me molesta. Si la abro y vuelve me recriminará haberlo hecho. Si no regresa jamás ¿Qué hago con ella?

No acabaré la fachada a tiempo. Ha estado lloviendo durante tres días. Le dije al contratista que se pegara un tiro con un plátano. Me importa un huevo.

La maleta de Javier sigue en el mismo sitio. (*)

(*) Nota del recopilador: Aunque esta hoja quede vacua, así estaba entre las encontradas y como tal se pagina.

Hojas 208 a 215. En el original la letra parece convulsa y las líneas desencajadas. Las vocales semejan la escritura incipiente de un niño o la caligrafía temblorosa de un anciano. Los renglones conforman párrafos descendentes y, en ocasiones, el grafito apenas hace signos legibles.

Ahora puedo sujetar el papel y escribo los peores momentos de mi jodida vida. Los dedos que oprimen el lápiz están conmigo de milagro, o al menos están de milagro moviéndose conmigo.

Estaba pintando la maldita fachada. De repente dos espirales monocromas giraron sobre mis ojos. Vi el suelo acercándose y tras un sonido seco presentí la muerte penetrándome por la nariz. Un extraño frío ascendió desde las baldosas tiñiéndome con su mancha gomosa. Los músculos tiraron de las costillas pero eran de gelatina, el pecho se volvió de piedra. Luego, las piernas se movieron solas y un olor especial me invitó a volar contra una luz. Oí gritos y tras una nausea se hizo todo negro.

Cuando la neblina se alzó allí estaba Javier. Tardé unos minutos en recordar. No podía creerlo. Recordé el suelo avanzando contra mí. Me había caído del andamio.

-¡Que suerte estar pintando el tercero! ¿No? -Dijo Javier-

Intenté sonreír pero mil agujas me hicieron desistir.

-¡No! No te muevas. Te has roto la mandíbula; la mandíbula y otros cuarenta huesos. Podrías haber caído de culo ¡Total!... Lo usas como cabeza ¿Por qué no te ataste al andamio?

Otra vez los alfileres evitaron que levantara los labios.

Logré soltar un silbido espumante y cerré los ojos para sentir el placer de

no esforzarme en mantenerlos abiertos. Con la oscuridad volvía el recuerdo del suelo cada vez más cercano y de nuevo los abrí.

-¿Recuerdas cómo pudiste resbalar?

Ladear el cuello producía dolor...

-¡Déjalo! Dicen que unos críos movieron el andamio. ¿Te acuerdas de algo? ¡Es igual! Te pondrás bien pero vas a estar más feo que antes. Cuando sueldes los huesos te harán pruebas para saber si te pasa algo por dentro. Ahora dicen que hasta que no estén seguros de que sobrevives no merece la pena... ¡Ji! Tienes que estabilizarte, pero les he comentado que eso te hubiera venido mejor cuando estabas allá arriba... ¡Ji! ¡Ji!

Le hubiera dado una hostia, una hostia y un abrazo pero no podía moverme.

-Pareces un Picasso. ¡Ji!

Sonó un timbre y Javier dijo que tenía que marcharse. Intenté mirarme las manos pero era imposible. Tras un esfuerzo susurré...

-“*Manos... Manos...*”

-¿Qué? ¡Ah! ¿Las manos? Machacadas pero las conservas. ¡Tranquilo! Podrás seguir emborronando telas.

Quería seguir preguntando por los “pies, los dedos, las orejas...” pero no pude.

-¡Te dejo! Mañana volveré. No te marches... ¡Ji!

Cuando Javier desapareció miré al techo y dos goteras amarillas me parecieron nubes de tormenta. Fueron catorce semanas, catorce sobre un lecho flanqueado por seis a la izquierda y otros tantos a la derecha. Los primeros días mi campo de visión se reducía al techo goteroso y en él imaginé paisajes, prados y colinas. Toser era una acción temeraria que

originaba un dolor viajero desde la frente a los tobillos (Los pies no los sentía). Cuando pude girar el cuello gocé de la luz que atravesaba la vidriera. Con los rayos horizontales aparecía, día tras día, el cortejo multicolor de San José, el asno, y la Virgen... Era como una película, foto a foto, que terminaba cuando en letras góticas aparecía... *“huida a Egipto”* Aunque no podía ver otros episodios intuía que la historia debía seguir en los reflejos de la ventana lejana. A las doce aparecía el cortejo de batas blancas. Primero el viejo barbudo, luego el médico de la perilla, detrás la monja y al final, cargando con los historiales, el aprendiz barbilampiño. Me divertía verlos diseñar el destino de los cuerpos tendidos.

-*“Éste no pasa de hoy” “ Más dosis de tal...”*

-*“A éste hay que retirarle el vendaje”*

-*“El de allá sigue con tembleques... No sé... No sé...”*

Al llegar a mí siempre hacían los mismos comentarios. El sabio miraba al segundón y éste al tercero.

-*¿Ya está estable?*

-*No. Aún no lo sabemos...*

-*¿Le ponemos más analgesia? -añadía la monjita-*

-*No. No hace falta*

-*¡Cabrón! -Ampliaba yo con el pensamiento. -¡Si te doliera a ti!*

-*¿Qué opina usted?*

-*Dentro de unos días valoraremos...*

-*Correcto... Cuando esté mejor le haremos más pruebas...*

Luego, antes de que desaparecieran, dejaban que el mulillo de las historias se dignara comentarme...

-*Usted tranquilo, todo va bien, todo va bien...*

Más calmantes, más calmantes... -*Pensaba yo- Pero se iban...*

Los dos primeros meses me pusieron un tubo de plástico y no precisé ayuda para orinar, luego me lo quitaron (¡Qué descanso!) A partir de ese día alguien tenía que embocarla hasta el contenedor y como no podía hablar, cuando la necesidad apremiaba, silbaba. Piuuuuu... Piu.... Algunas enfermeras me llamaban la "Tetera"... *¿Ya hierve otra vez el agua? ¿Es la hora del té...?* Entonces la monjita les recriminaba la burla y con paciencia, sin rubor, me ponía la cola en el sitio adecuado. Como por no molestar aguantaba lo que podía las sesiones de vaciado eran largas... Alguna vez temí que no fuera suficiente una botella. Cuando terminaba llamaba otra vez... *Piuuuuu... Piu....*

-¿Ya está el té...? ¡Dios mío! Hoy hay para todas...

Prefería que esta maniobra la hiciera sor Leonor, la más vieja. Todas lo hacían bien pero siempre he sido vergonzoso... Aunque la verdad no era vergüenza ¡No sé! Es que... Con Sor Leonor se hacía más tranquilo. Con la enfermera joven era más complejo. Me ofendía que unas manos femeninas cogieran "eso" con una actitud tan profesional... Tan "despreciativamente profesional"... Y es que no poder cogérsela es un gran martirio. Sólo se sabe cuando te pasa. Pero lo peor venía con las aguas mayores. Lo pasaba mal, muy mal. Al principio era un querer y no poder. Sin embargo, cuando observé que los vecinos no tenían ningún recato en vaciarse, les imité. Yo aguantaba sus ruidos, de justicia era que escucharan los míos.

Fuera de bromas admiré a esas personas cuyo trabajo incluye atender, sin importarles sus funciones más rastreras, a los cuerpos. Son admirables, son dioses y diosas puestos en vida para acicalar la miseria humana. La verdad es que sentía más apuro por ellas que por mí...

Cuando atardecía la vidriera se apagaba y la huida a Egipto cobraba tonos

opacos. Encendían las bombillas tocadas por sombreros chinos y su luz, lejos de ahuyentar el miedo, llenaba la sala de angustia. Las sombras solidificaban el dolor y se convertía en quejidos llamando a la madre. Era cuando más sufría pero jamás llamé a la de guardia, había enfermos más jodidos que yo.

La monjita que trabajaba de noche era más joven que sor Leonor. Tenía una sonrisa bondadosa flanqueada por dos carrillos sonrosados. Cuando terminaba la ronda dejaba entrar a Javier aunque sólo fueran cinco minutos y él, era mi única conexión con la ciudad que murmuraba lejos ajena a mi suerte. Javier me ponía a escondidas un cigarrillo en los labios, e incluso llegó a limpiarme cuando el vientre traidor me dejó en mal lugar. Javier leía para mí, y... Me arrepentí recordando otra vez que le había dado un codazo... Por entonces ya podía hablar pero no sabía cómo pedirle perdón, no sabía cómo decirle que le necesitaba y temí que en esos momentos mis palabras sonaran a oportunismo; por eso callé.

-¿Cómo están hoy los derribos?

-Ummm...

-¿Sabes? He tenido suerte. He encontrado piso ¿Te alegras?

No me alegraba y fingí cuanto pude.

-Tienes que verlo. Es pequeño pero caliente y no está lejos de tu estudio. Cuando te repongas iré a recoger mi maleta y haremos una fiesta de apertura... ¡Ji! ¡Ji! Es bonito. Exterior y con dos balcones. No te preocupes, en la maleta no había nada insustituible. ¡Ah! Casi se me olvida. También tengo trabajo por eso solo puedo venir a estas horas.

¿Estás cansado?

Afirmé con la cabeza.

-Pues no sé de qué. Holgazán... Todo el día tumbado.

Y deseaba que no llegara el irremediable...

-¡Está bien! Me voy que la monja se juega el puesto por dejarme entrar.

Cuando Javier se marchaba venía amenazante el sueño y los días no eran sino las cuentas trenzadas de un mismo collar, siempre iguales...”*Apertura de ojos. Nueva huida a Egipto. Cortejo de batas, comer, volver a mear y fin de la función en los cristales plomados...* “

Lo único que valía la pena eran los domingos. Mi vida era una espiral rutinaria que sólo variaba con la llegada de los domingos. Ese día la sala se llenaba de visitantes. La estancia gris, que olía toda la semana a yodo, se colmaba de risas y aromas inusitados. Color de los vestidos estampados, aroma de las flores que manchaban con su alegría la pintura desconchada... Aunque a los pies de mi cama nadie se detenía todos me parecían parientes. El vecino de la izquierda, un tosedor henchido de tuberculosis, lloraba cuando su nieto le besaba la barba de dos días. El hombre le sacaba caramelos de la oreja y el crío se los guardaba en el bolsillo, uno tras otro, esperando que el milagro fuera interminable.

El de la derecha, al que una carreta le había dejado sin pierna, hacía planes con su mujer para montar un estanco con la indemnización. El de enfrente comía embutido a escondidas. Su mujer, o quien fuera, tapaba el chorizo con la servilleta y cuando veía a la monja lejos se lo endosaba en la boca. ¡Cómo lo engullía!

También aparecían algunas jóvenes atractivas. Las miraba pero ellas no miraban a nadie. Se notaba que venían a cumplir con la visita y estaban incómodas. Ese cúmulo de cuerpos tendidos les dañaba... No iba con ellas el dolor. La juventud y la salud no admiten la existencia de la enfermedad.

Cuando de nuevo se hacía el silencio nos mirábamos con miedo pero nunca hablábamos. El mutilado salió pero al de la izquierda le sacaron. Se murió de noche y me di cuenta. Se lo llevaron envuelto en la sábana como los caramelos que le daba al nieto. ¡Sí! Las caras variaban con tanta frecuencia que nadie se atrevía a intimar con los recién llegados ¿Para qué? ¿Era todo tan provisional! ¿Para sufrir al día siguiente si moría o era dado de alta? Vidriera encendida, vidriera apagada, luz amarilla y quejidos... Y así un día y otro y otro... Hasta hacerme lamentar no haber caído del quinto.

Una mañana, el equipo glauco decidió que había llegado la hora de retirar el armazón que me apresaba. Poco a poco gané autonomía y cuando llegué a sostenérmela en el retrete, aunque fuera apoyado sobre dos muletas, supe que me estaba recuperando ¡Qué placer mear de pie!

Pasadas tres semanas pedí el alta voluntaria. Querían hacerme las pruebas pero pensé que a buenas horas mangas verdes, que para más adelante.

No me despedí. Quise hacerlo de sor Leonor pero tenía el día libre. A nadie le importó mi marcha. Mi cama, la 22, era un lecho que pronto acogería otros huesos rotos, otros pulmones ensangrentados...

Javier me llevó a casa en un taxi y encontré el estudio más limpio que nunca. Me acerqué hasta el bote de aguarrás e inspiré su perfume, allí estaban mis lienzos, los años de trabajo, mis ganas de pintar. Por ese aroma tan deseado penetró otra vez el recuerdo de Alfredo, el dulce sabor del fracaso y mi patio oliendo a huevos fritos...

Le pedí que esa noche no me dejara y me contestó que no había pensado hacerlo. Entonces, me acerqué a ese pelo rubio y fui yo quien sujetó su

mentón para besarle. Le besé con todo el amor que tenía atesorado, le besé con el amor que no había gastado en tanto tiempo y olvidé la tiranía del sexo. No me importaban sus dictados. Quise luego extender mis deseos a la piel pero fui torpe. Le dije que allí estaba, pero que no sabía cómo hacerlo... Javier me desnudó. Ayudó a que me tumbara en la cama y luego me cubrió con una manta. ¡Le hubiera dicho tantas cosas! Pero él, sellando mis labios con el índice, comentó con suavidad...
-¡Duerme!... Que no tienes el culo para músicas.